
La carga
de la hija
LILY BOURNE

Esta edición es una traducción de la siguiente obra, realizada con Kindle Translate, el servicio de traducción de libros basado en inteligencia artificial de Amazon:

Obra original: The Daughter's Burden
Autor: Lily Bourne
Fecha de publicación original: Septiembre, 2024

La obra original ha sido traducida íntegramente. Los materiales complementarios, incluyendo prólogos, avisos de derechos de autor, reseñas y agradecimientos, han sido traducidos fielmente y pueden contener referencias específicas a la edición original en inglés.

LA CARGA DE LA HIJA



LILY BOURNE

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23

CAPÍTULO 1



Matilda Bennett aún podía oír el grito de su madre. Había sonado tan extraño y fuera de lugar en aquella solemne sala del tribunal.

Como si todo allí debiera ser sereno y formal, y sin embargo aquel grito desgarrador rasgó el aire sin contemplaciones.

Recordaba haber mirado a papá; parecía encogerse ante sus ojos en el instante en que las palabras brotaron de los labios del juez: «Lleven a este hombre a la prisión de Fleet y dispongan lo necesario con los alguaciles».

Hasta entonces, había parecido intocable, tan competente y seguro de sí mismo. Papá siempre sabía qué hacer en cualquier situación.

El padre de Matilda había sido enviado a la cárcel de deudores. Sus dos barcos mercantes habían tenido problemas en el viaje de regreso desde la India, y tanto las tripulaciones como la carga se habían perdido.

Cuando el señor Bennett acudió a los hombres que le habían vendido el seguro marítimo, descubrió que eran estafadores y que la póliza era falsa.

Este hecho no sirvió de consuelo a las familias de los hombres que habían perdido la vida y que merecían una compensación por tal

sacrificio, ni tampoco a las autoridades, cuando descubrieron que el señor Bennett no podía indemnizarlos.

Ahora Matilda estaba sentada en la habitación que compartía con sus hermanas menores, Josephina y Kitty. En el suelo de la estancia, ya vacía, descansaba una pequeña maleta con unas pocas pertenencias esenciales.

Matilda se miró los zapatos. Eran sus favoritos, de cuero rojo, con una pequeña hebilla de perlas. Los consideraba una de las cosas más hermosas que poseía.

Se preguntó cuándo, si es que alguna vez, volvería a tener algo tan hermoso.

Un fuerte lamento la sacó de sus pensamientos: una niña regordeta de cuatro años, con rizos castaños y ojos azules brillantes, irrumpió en la habitación.

—Matty, Matty, Josie me ha pellizcado en el brazo. ¡Mira, mira las marcas rojas!

Tras ella llegó Josephina, una niña esbelta de diez años con el cabello castaño completamente liso y una mueca permanente en el rostro.

—Kitty, no puedes coger mis cosas así como así. Le ha quitado la cinta a mi muñeca para su estúpido pelo. Siempre consigue lo que quiere, ¡qué niña más mimada!

Matilda tomó el bracito regordete de Kitty y acarició suavemente las marcas del pellizco, murmurándole palabras tranquilizadoras.

Kitty frunció el ceño, a punto de estallar en otra queja ruidosa, pero antes de que pudiera hacerlo, Matilda le hizo cosquillas bajo los brazos y logró ver esos dulces hoyuelos en las mejillas que tanto adoraba.

Como hermana mayor, Matilda a menudo tenía que hacer de mediadora entre las dos pequeñas.

Josephina se quedó atrás, mirándolas con rencor. ¿Por qué Matty siempre se ponía de su lado? ¿Y por qué Kitty se portaba tan bien con ella?

—¡Siempre te pones de su lado! —gritó Josie, con las mejillas cada vez más encendidas.

—Es solo una niña pequeña, Phina —dijo Matilda, intentando mantener la calma.

—Tiene cuatro años, mamá ha dicho que ya no hay que mimarla como a un bebé. Y no me llames Phina, sabes que lo odio.

El pesado sonido de varias botas en el piso de abajo interrumpió la discusión. Kitty se acurrucó bajo el brazo de Matilda, con el pulgar en la boca, buscando consuelo.

—Matty, ¿por qué están aquí esos hombres? ¿Por qué hacen llorar a mamá? ¿No pueden irse sin más?

Matilda suspiró y deseó tener la inocencia de una niña de cuatro años.

Sabía que el juez había ordenado a los alguaciles que visitaran la casa y se llevaran cualquier cosa de valor que pudiera venderse para pagar las deudas del señor Bennett. Pero nunca había comprendido del todo lo que eso significaba hasta ahora.

Significaba abrigos de lana y caballitos mecedores de madera, adornos de plata y libros queridos, las joyas de mamá y todo aquello que significara hogar. Todo amontonado en el carro del alguacil, para no volver a verlo jamás.

Atrajo a las dos niñas hacia sí.

—Las cosas van a cambiar por un tiempo, hasta que papá lo arregle todo. Cuando esto se aclare, volveremos a casa y todo será como antes. Hasta entonces, tenemos que ser valientes.

El lamento de mamá, cada vez más fuerte, interrumpió sus palabras tranquilizadoras. De fondo se oía la voz de un hombre.

—La señora Bennett, ¿hay algún otro adulto en la casa? La señora Bennett, tiene que firmar esto.

Mamá solo gimió más fuerte como respuesta.

Matilda se levantó despacio; sentía un peso en el pecho y la boca seca. Se volvió hacia sus hermanas y les dedicó una sonrisa valiente.

—Vuelvo enseguida. Quedaos aquí y no os peleéis más, ¿vale?

Sus rostros solemnes la miraron, e incluso Josephina parecía dispuesta a obedecer, por una vez.

Sentía el corazón latirle con fuerza en el pecho mientras bajaba las escaleras. La escena que la recibió era de caos y tristeza. Los

alguaciles habían recorrido la casa como buitres, anotando cada objeto, mientras su madre sollozaba en silencio en un rincón.

—La señora Bennett, necesitamos su firma aquí —dijo uno de los alguaciles, tendiéndole un papel y una pluma. Mamá se encogió aún más en el rincón, con su frágil figura sacudida por los sollozos.

Matilda se irguió todo lo que pudo y adoptó un aire de confianza que desde luego no sentía.

—Me temo que mi madre está indispuesta en este momento, señor. ¿Puedo ayudarle?

El alguacil se volvió hacia ella, alzando sus pobladas cejas negras con sorpresa al ver a la joven plantada frente a él. La miró de arriba abajo, fijándose en el cabello cuidadosamente cepillado y los zapatos elegantes.

A Matilda le entró el pánico. No le quitaría los zapatos de los pies, ¿verdad?

—¿Cuántos años tienes, niña?

—Tengo catorce años, señor. Cumpliré quince en primavera.

—¿Y no hay ningún otro adulto en la casa? —preguntó, mirando hacia las escaleras.

Matilda miró a su madre con pesar. Tenía la vista clavada en las tablas del suelo, con expresión ausente.

Deseó que volviera en sí, que dijera algo, lo que fuera, que fuera la adulta que tan desesperadamente necesitaba en aquel momento.

Pero su madre no reaccionó.

Se armó de valor y respondió, aunque el temblor de su voz delataba sus verdaderos sentimientos.

—Estaré encantada de ayudarle, señor. ¿Qué necesita?

El alguacil miró a su compañero, que estaba apoyado en el marco de la puerta y echaba vistazos impacientes calle arriba y calle abajo.

—Tenemos que irnos, Bert. Aún nos quedan tres visitas más hoy, no podemos perder el tiempo.

Bert se encogió de hombros y le ofreció a Matilda el papel y la pluma.

Ella garabateó al pie del papel, y los hombres se marcharon, llevándose consigo todo lo que le era familiar.

Se apresuró hacia Mamá y se arrodilló a su lado.

—Mamá, ya no podemos quedarnos aquí. ¿Qué vamos a hacer?

No hubo respuesta.

—Mamá, ¿quieres que busque ayuda? ¿Llamo a la señora Higgins?

La señora Higgins era el ama de llaves de la casa de al lado, y todos la consideraban la máxima autoridad del vecindario en enfermedades, partos y todo tipo de dolencias.

La sola idea de que alguien presenciara su vergüenza hizo que su madre saliera del trance, y agarró el brazo de Matilda con brusquedad.

—No, Matty, ¿qué dices? Todo está bien, Papá ha dicho que volveremos aquí en un abrir y cerrar de ojos. Mientras tanto, se ocupó de nosotras antes de que se lo llevaran. Tiene pagado el alquiler de una casa nueva, y mira, me dejó esto.

La señora Bennett se levantó las faldas y Matty vio una bolsita de seda cosida a las enaguas, con un pequeño fajo de billetes y unas monedas dentro.

Se levantó del suelo, se alisó las faldas, sacó el pañuelo y se secó la cara.

—Ve a buscar a las niñas y vuestras cosas, debemos instalarnos en nuestra nueva casa.

Matty respiró aliviada. Sabía que Papá no las abandonaría a su suerte.

Subió las escaleras corriendo y entró en el dormitorio, donde las niñas estaban sentadas en el suelo, revolviendo el contenido de la maleta que había preparado.

—Phina, esa maleta estaba bien ordenada. ¿Siempre tienes que revolverlo todo?

—¿Por qué siempre me echas la culpa a mí? —replicó—. ¿Y por qué hay tantas cosas para Kitty aquí y no para mí? ¡Yo también necesito mi ropa y mis juguetes!

—¡Mira a tu alrededor! ¿Ves nuestras cosas listas para meterlas en la maleta? No, ¡porque se lo han llevado todo!

Además, Kitty es más pequeña y hay que tenerla entretenida. Esperaba que lo entendieras.

Josephina miró a Matty con feroz resentimiento. —Esto es culpa tuya —siseó—. Nos dijiste que el tribunal vería a Papá como el hombre honorable que es.

Pero no fue así, nos lo quitaron. Dijiste que no pasaría. Nos mentiste. —La voz de Josephina se elevaba y sus ojos azules se oscurecían con cada reproche.

Cuando abrió la boca para seguir, Matilda la cortó.

—No tenemos tiempo para peleas ahora, tenemos que irnos. ¡Papá nos ha conseguido una casa nueva! ¿Ves? Te dije que todo iba a salir bien.

Las dos niñas parecieron calmarse con la noticia, así que Matilda metió a toda prisa lo que quedaba en la maleta y bajó con las niñas.

Cuando la familia salió al umbral de su casa, Matilda vio cómo se movían las cortinas de encaje en las ventanas de los vecinos.

Sabía que eran el tema de los cotilleos del vecindario, pero Mamá parecía ajena a todo.

Charlaba emocionada sobre su nuevo hogar. Aunque solo fuera temporal, hasta que regresaran allí, Mamá le aseguró que sería igual de bueno. Papá se habría encargado de eso.

El traqueteo de los cascos contra los adoquines anunció la llegada del coche de punto.

El cochero bajó para cargar las dos maletas en el coche y ayudarlas a subir.

—¿Adónde vamos, señora?

—A Whitechapel, por favor —dijo la señora Bennett.

Cuando el coche arrancó con una suave sacudida, Matilda miró con nostalgia hacia atrás, hacia el único hogar que había conocido.

En el fondo de su corazón sabía que, a pesar de lo que Mamá aseguraba, nunca volvería a verlo.

CAPÍTULO 2



Matilda alzó la vista hacia el edificio, estupefacta. El conductor del coche de punto les había asegurado que era la dirección correcta; Mamá le había pedido que lo comprobara varias veces, muy a su pesar.

Ahora las cuatro estaban en la calle; Mamá se retorcía las manos con desesperación y miraba a su alrededor con expresión de pánico, como si esperara que una casa elegante se materializara de la nada.

La casa de huéspedes era la última de la hilera en la estrecha calle adoquinada, con amplios canalones por los que corría agua sucia a ambos lados.

Su fachada era un mosaico de ladrillos desgastados y mugre. Con sus tres pisos de altura, el edificio se inclinaba ligeramente hacia un lado, como si el peso de años de pena y penuria lo hubiera hecho ceder.

Las pequeñas ventanas estaban veladas por la suciedad, y tiras de periódico asomaban por los cristales agrietados de dos de las ventanas del primer piso. Un cartel descolorido descansaba apoyado contra el interior de la ventana de la planta baja: «Habitaciones Disponibles».

—¿Qué es ese olor? —Kitty tiró de la mano de Matilda, con la nariz arrugada de asco. El aire olía a humedad, con algún que otro tufo acre a humo de carbón mezclado con aguas fecales.

—No me gusta esto, Matty, quiero irme a casa —Kitty rompió a llorar con gemidos largos y desgarradores.

La Señora Bennett se volvió bruscamente.

—¡Cállate, niña! ¿No ves que estoy intentando pensar?

Antes de que pudiera regañarla de nuevo, la puerta frente a ellas se abrió de golpe y una mujer rolliza, de mejillas sonrosadas y amplio delantal ajado, salió al escalón.

—¿Señora Bennett? Soy la señora Parker, la casera —sus ojos perspicaces captaron el contraste entre la ropa elegante y los rostros pálidos y cansados.

La Señora Bennett la miró fijamente, con los ojos vidriosos y ausentes.

—Querida, ¿se encuentra usted bien?

La Señora Bennett se recompuso.

—Sí, disculpe, buscaba la casa. Mi esposo nos ha conseguido alojamiento mientras atravesamos algunas dificultades temporales.

—Sí, es aquí, querida; el señor Bennett lo ha arreglado todo. La habitación cuesta cinco chelines a la semana, y él ha pagado los dos primeros meses.

—¿Nuestra habitación? —la Señora Bennett pareció marchitarse aún más.

—Sí, sé que tiene a estos tres querubines con usted, así que le he dado una de las habitaciones más grandes, en la parte delantera de la casa. Está todo listo para ustedes —sonrió de nuevo, preguntándose si la Señora Bennett tendría problemas de audición o, Dios no lo quisiera, sería corta de entendederas.

La comprensión se dibujó en el rostro de la Señora Bennett, que se recompuso rápidamente.

—Gracias, señora Parker. Haga el favor de mostrarnos nuestras habitaciones.

Matilda reconoció el tono que Mamá adoptaba cuando quería impresionar a la gente, aunque, por más que lo intentara, no alcanzaba a entender por qué alguien habría de impresionarse ante su situación actual.

A Josephina se le desencajó la mandíbula. No podía creer que Mamá fuera a entrar en la casa con aquella mujer. Seguro que era

un error. Papá jamás les permitiría vivir en un lugar así.

—Vamos, niñas, recoged vuestras cosas —dijo la Señora Bennett. Los hombros de las niñas se hundieron en señal de derrota al darse cuenta de que no era ningún error.

Todas entraron a regañadientes en la casa y se apretujaron en el estrecho pasillo. Pese a ser de día, el pasillo estaba en penumbra, apenas iluminado por una sola lámpara de gas que parpadeaba en la pared.

A medida que avanzaban por el pasillo, las tablas del suelo crujían ruidosamente a cada paso, y una extraña mezcla de olores —jabón de lejía, moho y humedad— les asaltaba las fosas nasales.

Las paredes estaban cubiertas de un papel pintado amarillento y descascarillado que en otro tiempo quizá tuvo un estampado floral, aunque resultaba difícil distinguirlo bajo la mugre.

El efecto de conjunto era de una claustrofobia abrumadora.

La señora Parker señaló a la izquierda.

—Este es el comedor, donde se sirven las comidas si así lo desean. El desayuno es a las siete de la mañana y la cena a las cinco de la tarde. Lo que hagan en medio es asunto suyo.

Matilda se asomó a la lúgubre estancia y se le cayó el alma a los pies. La habitación, aunque quizá en otro tiempo fue respetable, ahora mostraba las señales de años de desgaste y abandono. Los aromas persistentes de comidas pasadas —repollo hervido, carnes guisadas y pan rancio— flotaban en el aire.

Una gran mesa de comedor dominaba la estancia, con la superficie marcada y rayada por años de uso.

La madera, en otro tiempo pulida, estaba ahora opaca y astillada, y las sillas dispuestas sin orden a su alrededor eran dispares: a algunas les faltaban travesaños y otras tenían la tapicería rasgada, con el relleno a la vista.

—Y este de aquí es el salón; nada de niños después de las seis de la tarde, por favor.

Todas se asomaron por el marco de la puerta a otra estancia en penumbra, cuyo centro de atención era la chimenea.

La repisa de la chimenea estaba abarrotada: un viejo reloj que parecía perpetuamente parado en las dos y cuarto, unas cuantas

figuritas desportilladas y un candelabro cuya cera derretida lo había soldado al estante.

La estancia estaba ocupada por dos figuras muy distintas: una mujer alta y delgada, de cabello pelirrojo encendido, que lucía lo que Matty supuso que era colorete en las mejillas, sentada en un sillón desgastado frente al hogar vacío.

—Esta es la señora Riley —dijo la señora Parker, señalando a la mujer, que levantó la vista brevemente con ojos fríos, el rostro surcado por años de penalidades. Miró a las tres niñas y chasqueó la lengua.

—Y este es el señor Hawkins —continuó, señalando con la cabeza a un hombre de aspecto excéntrico que trasteaba con algún tipo de artilugio en una mesa arrinconada en la esquina.

El señor Hawkins tenía una mata de pelo gris alborotado y llevaba unas gafas de cristales gruesos.

El señor Hawkins les dedicó una amplia sonrisa.

—¡Bienvenidas, bienvenidas! Siempre es un placer ver caras nuevas por aquí.

Matty sonrió con educación, pero Josephina mantuvo su expresión hosca. Kitty se aferró a las faldas de Matty, con los ojos muy abiertos, absorbiéndolo todo.

—Venga, queridas, vamos a instalaros —dijo la señora Parker.

Subieron las escaleras arrastrando los pies, giraron a la izquierda, volvieron sobre sus pasos hacia la parte delantera de la casa y la señora Parker abrió la puerta de par en par.

—Esta es mi mejor habitación —anunció con orgullo.

Cuando el interior de la habitación quedó a la vista, a las niñas se les abrieron los ojos de par en par. La estancia estaba escasamente amueblada: dos camas estrechas, una junto a otra, cada una con un colchón hundido y un par de mantas raídas.

Matty tragó saliva, esforzándose por contener las lágrimas mientras intentaba imaginar cómo iban a conseguir dormir todas allí.

Kitty se aferró a su lado, tímida y silenciosa, mientras Josephina permanecía junto a la puerta, contemplando con el ceño fruncido aquel nuevo entorno.

A un lado había una pequeña cómoda con una silla. En la pared derecha se abría una chimenea, y en la esquina había una mesa rodeada de otras tres sillas de madera.

Las tablas del suelo estaban desnudas, salvo por una gran alfombra descolorida, tan gastada por años de ir y venir que dejaba entrever las polvorientas tablas de debajo.

Matilda se acercó a la ventana con la esperanza de abrirla de par en par y dejar entrar algo de aire en aquella sofocante habitación.

—Oh, me temo que los marcos están hinchados, querida. Completamente atascados. Le pediré al señor Hawkins que vea si puede moverlos, pero no tengo muchas esperanzas.

Las tres niñas miraron a su madre, sin saber cómo reaccionar ante aquel nuevo entorno.

La señora Bennett contemplaba la habitación con expresión ausente. Matilda pensó que mamá parecía, de repente, muy vieja.

Se hizo un silencio incómodo mientras la señora Parker miraba expectante a la señora Bennett, pero esta no dijo nada.

—Debéis de estar agotadas. Os dejo para que os instaléis. Estaré abajo por si necesitáis algo.

La señora Parker volvió a observar a las niñas, como si intentara encajar algo en su cabeza. Vaciló un momento y luego cerró la puerta con suavidad, dejando a las cuatro en medio de la habitación, completamente perdidas.

Matilda se acercó a la mesa y dejó encima la pequeña maleta. Abrió los cierres y empezó a sacar la ropa para guardarla con cuidado en los cajones de la cómoda.

Cogió la suave mantita de lana de Kitty y la extendió con cuidado sobre la cama, tratando de que la habitación pareciera más un hogar.

—Mamá, ¿te cojo la maleta? —Matilda alargó la mano, pero la señora Bennett soltó el asa y la maleta cayó al suelo.

Matilda miró a su madre, pero la expresión ausente seguía ahí.

—Ven, mamá, estás cansada. Siéntate.

Condujo a su madre hasta la silla de respaldo rígido frente a la cómoda, y esta se dejó caer pesadamente.

Kitty empezó a tirarle del vestido.

—Mamá, tengo hambre. ¿Cuándo estará lista la cena?

La señora Bennett pareció salir de su ensimismamiento y darse cuenta de que las niñas necesitaban comer.

Metió la mano bajo la enagua y sacó unas monedas del bolsito de seda que llevaba oculto.

Matty sintió cierto alivio al ver el pequeño fajo de billetes: habría dinero suficiente para alimentarlas a todas durante los próximos meses, mientras mamá ideaba un plan.

Josephina se sumó entonces a las peticiones de cena.

—Mamá, hace muchísimo que no comemos. ¿Dónde está la cena? ¿Y quién la va a preparar? —el tono de Josephina se volvió más exigente.

—Bajaremos enseguida, niñas, ya basta. Matty, lleva estas monedas a la señora Parker y trae leña y papel para el fuego.

Matilda cogió las monedas y bajó las escaleras con la cabeza llena de preocupaciones por su nueva situación. Al acercarse a la señora Parker, oyó una conversación que la hizo detenerse.

«...y con el precio del carbón por las nubes, no sé cómo nos las vamos a arreglar», se quejaba la señora Parker en voz alta ante alguien en la cocina.

A Matilda se le cayó el alma a los pies. Miró las monedas que tenía en la mano y tomó una decisión rápida. Entró en la cocina y se aclaró la garganta.

—¿Señora Parker? Mi madre me ha pedido que traiga leña y papel para el fuego, pero... ¿tendría usted algún trabajillo que hacer? Soy bastante mañosa y estaría encantada de ayudar a cambio de algo de carbón o comida.

La señora Parker pareció sorprendida, y luego pensativa.

—Bueno, ahora que lo dices, me vendría bien ayuda con los remiendos. ¿Sabes coser?

Matilda asintió con entusiasmo.

—Sí, señora. Sé coser.

Una sonrisa fue dibujándose poco a poco en el rostro de la señora Parker.

—Vaya, ¿no eres tú espabilada? Ven, a ver qué podemos arreglar.

Mientras seguía a la señora Parker, Matilda sintió una pequeña chispa de esperanza. Quizá pudiera hacer las cosas un poco más fáciles para su familia en aquellas extrañas circunstancias.

En la mesa, el ambiente era tan sombrío como la cena.

Josephina observaba con recelo el cuenco que tenía delante. Unos trozos de carne tostada flotaban en un caldo grasiento, rodeados de tiras de repollo y un par de patatas.

Matilda intentaba con paciencia dar de comer a Kitty, que se retorcía en su regazo y rechazaba cada cucharada.

El señor Hawkins le preguntó a Kitty qué le gustaba hacer, y a la niña le tembló el labio inferior al recordar su muñeca favorita, abandonada, con su bonito vestido verde y su cinta del pelo a juego.

—¿Una muñeca, dices? Pues eso tiene arreglo ahora mismo. Señora Parker, ¿podemos usar una de sus pinzas de la ropa? Y un poco de lana de su caja de costura nos vendría de perlas.

—Por supuesto, señor Hawkins, y seguro que tengo también algún retazo de tela para hacerle un bonito vestidito.

La señora Parker fue rauda al salón y volvió unos minutos después con todo lo necesario.

Josephina frunció el ceño.

—Yo ya soy mayor para jugar con muñecas —murmuró.

Matty se sintió mortificada y pidió disculpas al señor Hawkins.

—No pasa nada —respondió él con una sonrisa amable—. Cuesta un tiempo adaptarse a un sitio nuevo.

Después de cenar, la familia Bennett se retiró a su habitación. La señora Bennett se sentó en silencio en una de las camas, con la mirada perdida en la pared. Matilda se ocupó de preparar a Kitty para dormir, mientras Josephina se enfurruñaba en un rincón.

—Matty —susurró Kitty, abrazando su nueva muñequita—, tengo miedo. Este sitio no es como nuestra casa.

Matilda abrazó a su hermanita con fuerza.

—Lo sé, Kitty. Pero estamos todas juntas, y eso es lo que importa. ¿Quieres que te cuente un cuento para dormirte?

Kitty asintió entusiasmada, e incluso Josephina pareció animarse al oír hablar de un cuento.

Mientras Matilda empezaba a tejer un cuento de princesas y reinos mágicos, notó que los ojos de su madre se posaban en ella por primera vez en todo el día. Poco a poco, la expresión ausente de la señora Bennett se suavizó, y alargó la mano para acariciar el pelo de Kitty.

Cuando el cuento terminó, las niñas se metieron en la cama, Matilda en medio de sus hermanas. Mientras se quedaban dormidas, Matilda oyó a su madre susurrar:

—Gracias, mi niña valiente.

En la oscuridad, Matilda se permitió un pequeño suspiro de alivio. Habían sobrevivido a su primer día en este nuevo mundo. Mañana se enfrentaría a los desafíos que vinieran.

CAPÍTULO 3



Habían pasado tres meses desde que llegaron a la puerta de la pensión de la señora Parker, y todo había cambiado tanto.

Al principio, la señora Bennett parecía bastante jovial y salía a menudo de la habitación en busca de formas de mejorar su situación. Matty no sabía exactamente qué plan tenía, pero a menudo regresaba tarde por la noche, tan exhausta que dormía todo el día siguiente.

Ahora, sin embargo, su madre, antes tan vibrante, era una sombra de lo que había sido. Su cutis de porcelana y sus profundos ojos marrones habían dado paso a una palidez apagada y una mirada sin vida.

Parecía indiferente a todo lo que ocurría a su alrededor, y esto preocupaba profundamente a Matty. Tal era su desconexión de la vida cotidiana que ni se inmutaba cuando Matty le suplicaba que se levantara y se vistiera, o cuando sentaba a Kitty en la cama para que le contara emocionada lo que el señor Hawkins le había hecho a la niña.

A Matilda también le preocupaba la desaparición del fajo de billetes de la enagua de su mamá. Sabía que el pago que papá había hecho a la señora Parker se había agotado hacía tiempo, y que las conversaciones susurradas que su casera mantenía junto a la cama

de mamá eran, casi siempre, sobre el dinero del alojamiento y las comidas.

Todas necesitaban comer, y aunque la señora Parker no dejaría que las niñas pasaran hambre —a menudo les daba trozos de pan y sobras de cada comida—, su paciencia se estaba agotando.

Matilda la apaciguaba ayudando con las tareas: fregar el escalón de la entrada, barrer el pasillo, recoger los platos del comedor después de servir la cena.

Pero la responsabilidad de intentar tener contenta a la señora Parker, mientras mantenía a las niñas alimentadas y entretenidas, junto con sus continuos esfuerzos por sacar a mamá de su estupor, estaban empezando a hacer mella en Matty.

Contempló sus manos enrojecidas, arrugadas por el agua y el jabón áspero en el que parecían estar constantemente sumergidas, e intentó encontrar una solución.

Una andanada de gritos, un fuerte ruido de bofetada y una cacofonía de llantos interrumpieron bruscamente sus pensamientos.

Bajó corriendo las escaleras hasta el salón y encontró a Kitty boca abajo en el suelo, con la muñeca de pinza que le había hecho el señor Hawkins rota a su lado y una gran marca roja en forma de mano en la parte superior del muslo.

La señora Riley estaba sentada en el sillón de detrás, hojeando con indiferencia los restos de un periódico.

—Kitty, Kitty, ¿qué ha pasado, cariño?

La tomó en brazos y le apartó de los ojos el pelo enmarañado, húmedo por las lágrimas.

—¡Ella! —gimió, señalando con un dedito regordete a la señora Riley—. Rompió mi muñeca.

La señora Riley arqueó una ceja y miró desafiante a Matty.

—Esto no es una sala de juegos, ¿sabes? Vengo a sentarme en mi silla favorita y me llevo un buen susto en el trasero cuando me siento encima de eso.

Matilda sacó pecho.

—No golpee a mi hermana, señora Riley. ¡Es solo una niña!

La señora Riley se levantó de la silla, con las manos en las caderas, cerniéndose sobre Matty.

—¿Quién te crees que eres, pensando que eres mejor que el resto? ¿Y dónde está tu madre? Tumbada otra vez con el láudano, seguro. Ya ves, de nada te sirve darte esos aires, tu familia es igual que el resto de nosotros ahora.

Matilda llevó a Kitty de vuelta a su habitación, donde encontró a Josephina tumbada en la alfombra, comiendo una corteza de pan con mermelada.

—Phina, ¿dónde has estado? Te pedí que cuidaras de Kitty mientras yo hacía algunas tareas.

—¿Y de dónde has sacado ese pan?

—Dame un poco, Phina, por favor —sollozó Kitty, todavía dolorida por su encontronazo con la señora Riley.

Josephina se incorporó de golpe y rápidamente se metió el resto de la corteza en la boca, lo que hizo que Kitty volviera a llorar.

Matilda suspiró y se arrodilló para mirar a Josephina a los ojos.

—Phina, por favor. Tenemos que trabajar juntas.

Josephina frunció más el ceño.

—¿Por qué debería hacerte caso? Tú no eres mamá.

—Lo sé —dijo Matilda con suavidad—. Pero mamá no está bien, y tenemos que cuidarnos unas a otras.

—¡No es justo! —estalló Josephina de repente, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡No deberíamos estar aquí! ¡Papá debería venir a buscarnos!

Matilda sintió que sus propias lágrimas amenazaban con caer de nuevo, pero tragó saliva.

—Sé que no es justo, Phina. Pero ahora mismo solo nos tenemos la una a la otra. Necesito que me ayudes a cuidar de Kitty. Nos necesita a las dos.

Josephina vaciló y luego salió lentamente de debajo de la mesa. Miró a Kitty, todavía aferrada a Matilda, y su expresión se suavizó un poco.

—Está bien —murmuró—. Pero sigo sin que me guste.

Matilda logró esbozar una pequeña sonrisa.

—Gracias, Phina. Ahora, veamos qué podemos hacer para la cena.

Con Kitty ya calmada, Matty la estaba arropando en la cama cuando oyó voces alzadas en el pasillo. Lanzó una mirada a su madre, que parecía inquieta.

Matty se deslizó hasta el rellano y vio a la señora Parker discutiendo con un hombre de ojos oscuros que sostenía una bolsa de papel marrón.

—Esta es una casa respetable —dijo la señora Parker con firmeza —. No queremos problemas como los suyos aquí.

—Oh, pero vengo a ver a la señora Bennett, me prometió pagarme por este paquete —su voz era grave y hablaba despacio, con deliberación.

—Como ya le he dicho, la señora Bennett no puede recibir paquetes de este tipo aquí. Tendré que llamar a la policía si no se marcha.

Matilda sintió una brisa cuando las faldas de su madre pasaron junto a ella. Su madre bajó corriendo las escaleras y llegó a la puerta sin aliento.

—Ah, aquí está —dijo él—. Sabía que estaría aquí esperando esto, señora B. —añadió, golpeando el lateral del paquete con el dedo.

La señora Bennett miró nerviosamente a la señora Parker antes de extender la mano para tomar el paquete, que el hombre apartó con rapidez.

—Ah, ah, señora B, primero los peniques, por favor.

El hombre extendió la mano mugrienta para recibir las monedas, mientras ella se sonrojaba de vergüenza pero se las entregaba igualmente.

El hombre esbozó una sonrisa despectiva y le entregó la botella a la señora Bennett, que la tomó con manos temblorosas.

—Muy agradecido, señora B. Sin duda volveré a verla en un par de días.

Guiñó un ojo, se quitó el sombrero ante las dos mujeres y se alejó calle abajo con paso tranquilo, silbando una melodía mientras las monedas tintineaban en su bolsillo.

A Matty se le cayó el alma a los pies. Ahora sí que la señora Parker las pondría de patitas en la calle.

Con el corazón en un puño, subió las escaleras sigilosamente mientras la señora Parker daba un portazo, sin querer oír la discusión que estalló entre las dos mujeres y que se prolongó un buen rato.

De vuelta en la habitación, su madre quitó el envoltorio de la pequeña botella verde y le dio un buen trago.

—Mamá, por favor —suplicó Matty—. No podemos seguir así. Tienes que parar.

La señora Bennett la miró; sus ojos hundidos le daban un aire fantasmal.

—No tienes ni idea, Matilda. De este mundo ni de lo que te espera. Tu padre nos dejó una asignación miserable, y no estoy en condiciones de buscar trabajo. Pregúntale a él, niña.

Soltó un hondo suspiro y dio otro trago a la botella.

La desesperación de Matty fue en aumento, y con ella su rabia.

Se levantó de un salto del suelo y fue hacia la cama; en el último momento se deslizó debajo. Tras unos segundos de tintineos y golpeteos, salió con un montón de botellitas verdes con la palabra «Láudano» en la etiqueta roja.

—¿Y estas? —gritó—. ¿Esto es lo que la «miserable asignación» de papá le ha dado a su familia?

La señora Bennett retrocedió ante la mirada de Matilda. Si sentía vergüenza, ya no se le notaba en el rostro. Estaba perdida en su propio mundo, con los ojos vacíos y desenfocados.

Matilda se volvió hacia las niñas, que estaban acurrucadas juntas bajo la mesa, mudas de la impresión ante la escena que tenían delante.

—Niñas, mamá está enferma. Ahora estamos solas. Tenemos que mantenernos unidas.

Aunque Kitty no comprendía del todo sus palabras, salió de debajo de la mesa y le echó los brazos al cuello a Matty, enjugándole las lágrimas calientes que le caían por las mejillas.

Matty miró a Josephina, que seguía bajo la mesa, observándola con el ceño fruncido.

Aquella noche, después de que Kitty y Josephina se quedaran dormidas, Matilda se sentó junto a la ventana contemplando la calle

oscura allá abajo. Desde la cama le llegaba la respiración fatigosa de su madre, salpicada de gemidos ocasionales.

La cabeza le bullía de preocupación. Sabía que no podían seguir así, pero ¿qué opciones tenían? El poco dinero que les quedaba estaba a punto de acabarse, y la paciencia de la señora Parker llegaba a su límite.

Con un hondo suspiro, se acercó a la cama de su madre. El rostro de la señora Bennett estaba demacrado, la piel cetrina bajo la tenue luz de la lámpara. Matilda le tomó la mano con suavidad.

—Mamá —susurró—, por favor. Te necesitamos. Yo... ya no sé qué hacer.

Por un momento, los ojos de la señora Bennett parecieron enfocarse en el rostro de su hija. Un destello de reconocimiento, de la mujer que fue en otro tiempo, le cruzó las facciones. Pero enseguida se desvaneció, sustituido por la mirada vacía a la que Matilda ya se había acostumbrado.

Matilda sintió que se le hacía un nudo en la garganta. El peso de la responsabilidad hacia su familia le oprimía los hombros como una carga física.

Miró a sus hermanas dormidas, con sus rostros apacibles, ajenas a la precaria situación en que se encontraban. Matilda se hizo una promesa en silencio, a ellas y a sí misma: de un modo u otro, encontraría la forma de mantenerlas juntas y a salvo.

Al amanecer, Matilda empezó a trazar un plan. Iría al mercado ese día, a ver si había algún trabajo. Quizá pudiera encontrar la forma de ganar lo suficiente para que no las echaran a la calle, al menos un poco más de tiempo.

CAPÍTULO 4



Cuando la tenue luz grisácea del amanecer comenzó a filtrarse por la mugrienta ventana, Matty pasó con cuidado por encima de sus dos hermanas para salir de la cama.

Sus pies tocaron las frías tablas del suelo y se vistió a toda prisa. Echó un vistazo a la otra cama, donde su madre yacía inmóvil.

Se acercó de puntillas y colocó dos dedos sobre la muñeca de su madre para tomarle el pulso, como venía haciendo cada mañana desde hacía unos días.

Removió las cenizas de la chimenea para ver si quedaba algún trozo de madera o carbón que pudiera reavivar.

Al no conseguirlo, comprobó discretamente el bolsillo de su vestido, donde guardaba las pocas monedas que había ganado esa semana.

Habían pasado tres semanas desde que Matilda se había lanzado a las duras calles de Whitechapel. Estaba decidida a encontrar trabajo, y aunque no tenía experiencia ni muchas esperanzas, sabía que tenía que intentarlo.

La señora Parker había ido a visitar a mamá con frecuencia, y Matty sabía que era para intentar hablar de dinero. Aunque mamá rara vez salía de la cama últimamente, las niñas solían acercarse de puntillas al comedor a la hora de recoger, para ver qué sobras podía darles la señora Parker.

Tenía un corazón de oro, pero no podían vivir de su caridad por mucho más tiempo.

Los primeros intentos de Matty por encontrar trabajo habían sido desalentadores. Había probado en las fábricas textiles, pero la habían rechazado diciendo que era demasiado joven y menuda para trabajar en los telares. En las lavanderías no tuvo más suerte: alegaron que sus brazos no eran lo bastante fuertes para escurrir sábanas pesadas todo el día.

Pero si algo caracterizaba a Matty, era su tenacidad. Había recorrido las calles con los ojos y los oídos bien abiertos a cualquier oportunidad. Fue entonces cuando se topó con la tienda de empanadas del señor Sharp. El olor de las empanadas calientes y sabrosas le hizo rugir el estómago, recordándole tiempos más felices.

El señor Sharp, un hombre corpulento de cara rubicunda y ojos bondadosos, se había mostrado escéptico al principio.

—¿Una chiquilla como tú? ¿Vendiendo empanadas en las calles por la noche? No es seguro, muchacha.

Pero Matty había insistido con todas sus fuerzas, prometiendo ser ágil y encantadora con los clientes. Finalmente, el señor Sharp cedió, conmovido por la desesperación que vio en sus ojos.

Matty trabajaría unas horas al día vendiendo las empanadas calientes con una cesta. Empezaría a las seis de la tarde, visitaría tantas tabernas como pudiera y trabajaría hasta las diez de la noche, cuando el señor Sharp tomaría el relevo.

Ternera, cordero, a veces fruta, pero sobre todo anguilas rellenaban aquellas masas crujientes.

De vez en cuando, el señor Sharp le permitía llevarse a casa las empanadas rotas para las niñas, o ella renunciaba a parte de su paga a cambio de una de las empanadas de peor aspecto, o incluso una taza de sopa de guisantes.

Aún no se lo había confesado a la señora Parker, pues sabía que esta tendría algo que decir al respecto.

Bajó las escaleras en silencio y se detuvo tímidamente en la puerta de la cocina, donde la señora Parker ya estaba hirviendo agua y atareada con los preparativos del desayuno.

Se volvió y dio un respingo.

—¡Vaya, señorita Matty, ¿pretende darme un susto?

—Lo siento, señora Parker. Solo quería saber si podía ayudar.

La señora Parker se giró, limpiándose las manos en el delantal.

—¿Ayudar? ¿A estas horas? ¿Qué tramas, niña?

Matty jugueteó con el dobladillo de su vestido.

—Bueno, verá, señora Parker... He encontrado trabajo.

La señora Parker enarcó las cejas.

—¿Trabajo? ¿Qué clase de trabajo?

—Vendiendo empanadas para el señor Sharp. Por las tardes, por las tabernas —dijo Matty, casi en un susurro.

El rostro de la señora Parker se ensombreció.

—Oh, Matty. Las calles no son lugar para una niña por la noche. Es peligroso ahí fuera.

—Lo sé, señora Parker —dijo Matty, alzando ligeramente la barbilla—. Pero necesitamos el dinero. Mamá está... bueno, ya lo sabe. Y las niñas necesitan comer.

La señora Parker dejó escapar un hondo suspiro.

—Lo entiendo, niña. Pero prométeme que tendrás cuidado. Quédate en zonas bien iluminadas, y si alguien te causa problemas, vuelves corriendo aquí. ¿Me oyes?

Matty asintió con solemnidad.

—Lo haré, lo prometo. Pero... tengo miedo, señora Parker. ¿Y si no consigo vender las empanadas? ¿Y si me pierdo?

La expresión de la señora Parker se suavizó y estrechó a Matty en un cálido abrazo.

—Oh, querida mía. Eres más valiente de lo que crees. Recuerda que estás haciendo esto por tus hermanas. Piensa en eso cuando tengas miedo. Y un consejo: sonríe a los clientes, aunque no te apetezca. Una sonrisa abre muchas puertas en este mundo.

Matty logró esbozar una pequeña sonrisa.

—Gracias, señora Parker. Lo haré lo mejor posible.

Las farolas de gas parpadearon al encenderse mientras Matty salía a las calles empedradas, con la cesta de empanadas caliente pegada al costado. El aire del atardecer estaba cargado de olor a humo de carbón, mezclado con el hedor acre de las verduras

podridas de una alcantarilla cercana. A lo lejos, oía risas que escapaban de las tabernas, un sonido que la asustaba e intrigaba a partes iguales.

A Matty le latía el corazón con fuerza mientras se acercaba a sus primeros clientes potenciales: un grupo de obreros de fábrica, con las caras tiznadas de hollín, reunidos a la puerta de una taberna. Tragó saliva, recordando el consejo de la señora Parker sobre sonreír.

—¿Empanadas calientes, señor? —pregonó, con la voz algo temblorosa—. ¡Recién salidas del horno, solo dos peniques cada una!

Para su sorpresa y alivio, dos de los hombres compraron empanadas; el tintineo de las monedas en su bolsillo le supo a pequeña victoria. A medida que avanzaba la noche, Matty notó que su voz se hacía más firme, su pregón más seguro. Se adentró en el laberinto de calles estrechas y callejones, aprendiendo rápidamente qué zonas evitar y qué esquinas frecuentaban los clientes más hambrientos.

Lo que veía y oía en Whitechapel por la noche era a la vez aterrador y fascinante. Vio cosas que nunca había imaginado: mujeres con las caras pintadas apostadas en los portales, hombres desplomados e inconscientes en los callejones, pilluelos aún más jóvenes que ella escabulléndose entre las sombras.

A medida que avanzaba la noche, las calles se volvían más bulliciosas. Matty se apretó la cesta vacía contra el pecho, con el bolsillo cargado de las ganancias de la noche. Dobló por una calle más tranquila, ansiosa por llegar a casa, cuando oyó unos pasos que se aceleraban tras ella.

—¡Eh, tú! ¡La chica de las empanadas!

A Matty se le subió el corazón a la garganta cuando miró hacia atrás y vio a dos chicos, quizás unos años mayores que ella, que se acercaban a toda prisa. Aceleró el paso, pero sus piernas cansadas no podían seguirles el ritmo.

Unas manos ásperas la agarraron de los hombros y la hicieron girar. —¿Adónde crees que vas? —se burló el chico más alto.

—Por favor —jadeó Matty—, no quiero problemas. Solo intento llegar a casa.

El chico más bajo soltó una risa áspera y hueca. —¿Oyes eso, Tom? Que no quiere problemas. Bueno, nosotros tampoco queremos problemas, ¿verdad? Solo entréganos las monedas que llevas en el bolsillo y podrás seguir tu camino.

Matty se llevó la mano instintivamente al bolsillo y palpó las monedas ganadas con tanto esfuerzo. —No —susurró, y luego más alto—: ¡No! Esto es para mis hermanas. ¡Tenemos que comer!

El rostro de Tom se ensombreció. —Escucha, no estamos pidiendo permiso. —Y le echó mano al bolsillo.

Matty se retorció para apartarse, pero el otro chico estaba allí, con sus dedos mugrientos arañándole el vestido. Oyó cómo se rasgaba la tela, sintió las monedas que caían de su bolsillo. Desesperada, arremetió y le clavó las uñas en la mejilla a Tom.

Él gritó de dolor y luego le dio una bofetada con fuerza en la cara. Matty trastabilló mientras le estallaban estrellas en los ojos. Cuando recuperó el sentido, los chicos se habían ido, junto con cada penique que había ganado esa noche.

Las lágrimas le brotaron de los ojos mientras se levantaba de los adoquines fríos y húmedos. Le palpitaba la mejilla y podía saborear la sangre donde se le había partido el labio. Pero peor que el dolor físico era el peso aplastante del fracaso. ¿Cómo iba a enfrentarse ahora a sus hermanas?

Con el corazón encogido y las extremidades doloridas, Matty recorrió arrastrando los pies el resto del camino a casa; cada paso le sabía a derrota. Las calles de Whitechapel, que apenas unas horas antes habían parecido llenas de posibilidades, ahora se cernían oscuras y amenazantes a su alrededor. Había aprendido una dura lección sobre las realidades de su nuevo mundo, una que no olvidaría pronto.

La señora Parker estaba enjuagando los últimos platos de la cena y preparándose para acostarse cuando la puerta principal se cerró de golpe y oyó a alguien que tropezaba por el pasillo.

«Maldita señora Riley», pensó mientras miraba el reloj de la pared. «Apenas pasadas las diez y ya ha bebido suficiente ginebra

como para tambalearse por ahí como un marinero».

Salió apresuradamente al estrecho pasillo, pero las duras palabras murieron en sus labios cuando vio a Matty desplomada contra la pared, con lágrimas corriéndole por las mejillas y los hombros sacudidos por la fuerza de sus sollozos.

El ruido también había despertado a la señora Riley, que empezó a salir al pasillo, pero se retiró apresuradamente cuando apareció la señora Parker; dejó la puerta entreabierta para no perderse ningún chisme.

—Matty, ¿qué ha pasado? —La señora Parker se agachó para recoger a Matty. Vio los bolsillos rasgados y el escote del vestido y temió lo peor.

—Dime, niña, ¿quién te ha hecho daño? ¿Alguien... te... te forzó? —La señora Parker apenas podía pronunciar las palabras.

Matty respiró hondo varias veces, tratando de encontrar la voz. —No, eso no, los chicos... me quitaron el salario —logró decir entre sollozos.

—Ahora no tenemos dinero para leña, ni para un cuenco de gachas, nada. ¿Qué vamos a hacer? Las niñas tienen frío y hambre. Las he vuelto a decepcionar, señora Parker.

Los sollozos volvieron a apoderarse de ella y Matty no pudo parar.

—Lo intenté —confesó Matty con lágrimas corriéndole por el rostro—. Intenté mejorar las cosas, pero todo salió mal.

La señora Parker suspiró. —Estás haciendo lo que puedes, niña. Nadie puede pedirte más.

—¿Pero por qué? ¿Por qué tiene que depender todo de mí? Mamá no sirve de nada, me avergüenza decírselo, señora Parker, pero mamá se está gastando todo nuestro dinero en láudano. La mitad del tiempo ni siquiera sabe que estamos allí, y mucho menos nos presta atención o me aconseja sobre cómo cuidar de las niñas.

Y sé que miente cuando dice que papá volverá pronto en cuanto se aclare el malentendido. Estamos completamente solas, señora Parker: yo, Phina y Kitty, solas.

Se deshizo en lágrimas, totalmente inconsolable; los pocos meses de intentar mantenerlo todo unido se desmoronaban por fin de

forma espectacular.

La señora Parker la recogió, la llevó a la cocina y la sentó con cuidado en el banco junto a la mesa.

Llenó la tetera, la puso en el fogón y echó un poco de cacao en una taza.

—Gente como tu madre simplemente no está hecha para las pruebas y tribulaciones de este mundo. Lo lleva como puede, y es una lástima que eso signifique que no puede cuidar de vosotras.

Pero tú, Matilda, tú eres diferente. Tienes algo especial, eres fuerte y decidida. Recuérdalo cuando la vida te ponga a prueba, que lo hará. Seguro que habrá más.

Pero saldrás adelante, nunca he estado más segura de nada. Ahora sécate esas lágrimas y bébete el cacao. Seguro que tengo conocidos que tendrán algún trabajo, y espabilaremos a esa hermana tuya para que cuide de Kitty.

Déjame pensarlo y mañana nos preocupamos. Por ahora, a la cama. Estás agotada.

Matilda apuró la taza de cacao y subió las escaleras arrastrando los pies, agotada. La puerta de la señora Riley se cerró con un clic cuando pasó junto a ella y apagó el poco de luz que había en el pasillo. Siempre se acostaba tarde, según decía la señora Parker.

Cuando Matilda apoyó la cabeza en la almohada raída, con el estómago caliente por el cacao, rezó por un sueño sin pesadillas y por tener fuerzas para afrontar el día siguiente, convencida de que no podía ser peor que aquel.

CAPÍTULO 5



Habían pasado tres días desde que los chicos de la calle le robaron el salario a Matilda. No había podido reunir el valor para volver a salir a vender empanadas la noche siguiente. Sabía que volver sola a casa después de las diez hacía probable que aquello se repitiera, así que le había dicho al señor Sharp que necesitaba un par de días para cuidar de su madre enferma.

Él le había dicho que no podía prometerle guardarle el puesto, pero hoy se sentía con ánimos suficientes para acercarse al mercado y decirle que volvía a estar disponible.

Kitty se removió en la cama y buscó la mano de Matty.

—Matty, tengo hambre —murmuró. Matilda la subió a su regazo y hundió la nariz en el cabello de la niña, disfrutando del calorcito de su cuello y de saber que al menos una persona siempre tenía un poco de cariño para ella.

—Bueno, eso no puede ser, señorita Kitty. Déjame ver si la señora Parker puede prepararnos unas gachas. Sé buena y vístete, que seguro que estarán listas en un santiamén.

Kitty se bajó de su regazo y fue medio dormida hasta la cómoda a buscar su ropa.

Matilda bajó a la cocina a ayudar a la señora Parker a preparar las cosas del desayuno.

La cocina estaba cálida y acogedora; el vapor de la tetera y el calor de la estufa creaban una atmósfera agradable.

—Ahí estás, niña. Hazme el favor de traerme los cuencos y seca esas cucharas para poner la mesa, ¿quieres?

La señora Parker se había mostrado especialmente alegre con Matilda desde la noche del robo. Matty sabía que era para animarla ante las dificultades que se avecinaban, y agradecía que no volviera a sacar la conversación que habían tenido sobre la señora Bennett, que llevaba varios días sin levantarse de la cama.

Se puso a preparar la mesa mientras ensayaba mentalmente lo que podría decirle al señor Sharp para convencerlo de que le diera más turnos.

El señor Hawkins entró arrastrando los pies, con sus saludos alegres de siempre.

—A ver, señorita Matty, ¿dónde está esa hermana tuya? Ya casi le tengo lista una muñeca nueva.

Levantó una muñequita de pinza de madera con un extraño vestido de pana gris que a Matty le resultó familiar.

Bajó la vista hacia los pantalones del señor Hawkins y vio que había cortado un cuadrado de la parte de abajo para hacer el vestido de la muñeca.

Matty no pudo evitar reírse.

—Ay, señor Hawkins, no tenía por qué hacerlo. Va a echar en falta ese trocito de dobladillo cuando se le enfríen los tobillos en invierno.

—No te preocupes, me subiré los calcetines un poco más —dijo con un brillo pícaro en los ojos.

Los dos se echaron a reír cuando las niñas llegaron a la mesa.

—¡Kitty, mira lo que tiene el señor Hawkins para ti!

Le enseñó la muñeca y a Kitty se le iluminó la cara. La cogió tímidamente de sus manos.

Josephina miró el dobladillo del anciano y murmuró entre dientes:

—Está como una cabra.

—¡Josephina Bennett, modera esa lengua! Siéntate ahora mismo.

Una vez más, Matilda se sintió mortificada por el comportamiento de su hermana, cuando todos solo intentaban ser amables con ellas.

—¿Y tú quién te crees que eres, mi madre? Pues no lo eres. ¡Deja de darme órdenes!

—Venga, venga, niñas, venid a sentaros, que tengo una sorpresa para todos esta mañana —dijo la señora Parker, que había entrado con una cacerola grande bajo el brazo.

—Matty, trae las gachas.

Matilda volvió con cuencos de gachas para todos y los dejó sobre la mesa.

—El viejo señor Sykes me dio dos libras de manzanas por arreglarle el traje bueno, así que hoy tenéis una cucharadita de compota de manzana para las gachas.

Josephina y Kitty no daban crédito y atacaron sus gachas con renovado entusiasmo.

El señor Hawkins le guiñó un ojo a Matilda, e incluso la señora Riley se mostraba amable con ellas esa mañana.

Quizás el día no iba a salir tan mal después de todo.

—Señora Parker, ¿hay suficiente para mamá? Creo que unas gachas calientes con las manzanas dulces son justo lo que necesita para espabilarse hoy.

La señora Riley bufó.

—Hacen falta más que unas manzanas para sacarla de ese letargo, desde luego.

La señora Parker le lanzó una mirada de advertencia.

—Haga el favor de medir sus palabras en mi mesa, señora Riley. Sí, claro que sí, Matilda. Toma, coge un cuenco y se lo subes. Pero termínate el tuyo primero.

Matilda devoró sus gachas; la dulzura de las manzanas alimentaba su optimismo de que aquel día iba a ser diferente.

Mamá sentiría lo mismo, hoy se vestiría y quizá tendría fuerzas para cuidar de las niñas mientras ella iba a ver al señor Sharp y, con suerte, conseguía un turno para vender empanadas esa noche.

Su suerte había empeorado, desde luego, pero eso no significaba que no pudieran hacer frente a la situación lo mejor posible. Mamá también lo vería así.

Rebañó los últimos restos de gachas del cuenco, echó la silla hacia atrás, cogió las gachas de mamá y subió las escaleras con cuidado para que no se derramara ni una gota.

La habitación estaba fría y a oscuras cuando entró, pero pudo distinguir la silueta de mamá, vuelta hacia la pared.

Contempló su nuca, los rizos aplastados y sin forma, y recordó cuando bajaba las escaleras de casa como flotando, lista para una cena. Era tan hermosa, con el cabello perfectamente peinado, suave y esponjoso; todas las damas la envidiaban.

—Mamá, venga, incorpórate. La señora Parker nos ha dado gachas con compota de manzana. Está riquísimo, mamá, te sentirás mucho mejor cuando comas algo.

La señora Bennett no se movió. Matty dejó las gachas a un lado, le tocó el brazo y la zarandeó con suavidad.

—Ay, mamá, qué fría estás. Ven, te tapo con la manta de Kitty. Siéntate, que te ayudo con las gachas.

Seguía sin responder. A Matty se le aceleró el corazón y se le hizo un nudo en la garganta que apenas la dejaba hablar.

—Mamá, por favor. Las gachas se están enfriando.

Matilda tiró del brazo de su madre cada vez con más frenesí, hasta que finalmente esta se giró boca arriba, con los labios azules y los ojos vidriosos clavados en el techo.

Matilda emitió un sonido que jamás se había oído a sí misma. Empezó a golpear frenéticamente la mano de su madre, suplicándole que despertara, aunque en el fondo sabía la verdad. Mamá no volvería a despertar jamás.

Grandes sollozos le sacudían el cuerpo mientras intentaba desesperadamente respirar.

Varias pisadas subieron atropelladamente las escaleras de madera y oyó a lo lejos la voz de la señora Parker al entrar en la habitación, seguida de las niñas y la señora Riley.

—Matilda, pero qué es lo que… ¡oh! Dios nos ampare a todos. —El color desapareció del rostro de la señora Parker mientras examinaba la escena y reparaba en las botellas vacías de láudano que habían rodado bajo la cama.

Recobró la compostura rápidamente y gritó a la señora Riley: —Por favor, llévese a las niñas abajo ahora mismo.

Josephina se abrió paso junto a las faldas de la señora Parker y entró en la habitación. —No, ¿por qué tengo que bajar? Tengo tanto derecho como cualquiera a ver a mi mamá. No puede impedírmelo.

Apenas había llegado a la mitad de la habitación cuando se detuvo en seco.

—¿Mamá? ¡¿Mamá?! ¿Qué ha pasado? ¿Matty?

Matilda la miró desde donde yacía desplomada en el suelo; las mejillas manchadas de lágrimas le decían a Josephina todo lo que necesitaba saber.

—¡No! ¡Mamá no está muerta! No lo está. Matty, no la revisaste esta mañana porque estabas demasiado ocupada con Kitty. ¡Esto es culpa tuya!

Las palabras golpearon a Matty como una bofetada. Los sollozos se le hicieron más profundos y fuertes, y le costaba respirar.

La señora Parker giró sobre sus talones, con los ojos encendidos de tal furia que por una vez Josephina se calló y no replicó.

—Señora Riley, ¡por favor! Lleve a las niñas al salón y bajaré enseguida.

La señora Riley obedeció y salió de la habitación, arrastrando a las niñas de la mano.

La señora Parker cruzó la habitación y presionó suavemente los dedos contra la muñeca de la señora Bennett con la esperanza de encontrar un atisbo de vida, un pulso débil.

Pero no había nada.

Matilda seguía tendida en el suelo, sollozando, aunque ahora no le salía ningún sonido.

La señora Parker se agachó a su lado, le apartó suavemente el pelo húmedo de la cara y le secó las lágrimas con el borde del delantal.

—Vamos, niña. Tenemos que ver cómo están tus hermanas. —Matilda no se movió, aparentemente perdida en su propio mundo.

—Matilda, estás en estado de shock, y no te culpo ni por un momento. Pero esas niñas te necesitan ahora. Necesitan esa fuerza

y ese ingenio que has demostrado desde que enviaron a tu padre. Más que nunca.

—Pero ¿por qué, señora Parker? —logró decir entre la neblina de lágrimas—. ¿Por qué nos está pasando esto? ¿Qué hice para merecer esto? Me esforcé tanto por ayudar a mamá, por ocuparme de todo hasta que ella mejorara. Y fue en vano. Ahora estamos solas. No puedo hacerlo.

Se deshizo en otro ataque de lágrimas mientras la señora Parker buscaba las palabras reconfortantes que Matty necesitaba. Pero el consuelo no serviría de nada ante lo que se avecinaba, y ella lo sabía.

—Nadie sabe por qué nos envían estas dificultades, niña, pero tenemos dos opciones. Nos rendimos ante ellas, dejamos que se lleven lo mejor de nosotras, como hizo tu pobre mamá. O luchamos. Luchamos con cada gramo de fuerza que tenemos, cada día, hasta que no puedan desgastarnos.

Y ese es el camino que tienes que tomar ahora. Por ti, por tus hermanas. Os tenéis las unas a las otras, y eso os ayudará mucho.

Matty la miró con resignación. Sabía que la señora Parker tenía razón. No había más opción que seguir adelante.

Se puso de pie y siguió a la señora Parker escaleras abajo hasta el salón.

Las niñas la miraron al entrar en la habitación y sintió el peso de las expectativas sobre los hombros. No deseaba nada más que salir de allí y quedarse hecha un ovillo en el suelo.

Cruzó la mirada con la señora Parker, que asintió para darle ánimos.

—Phina, Kitty, mis niñas. Mamá se ha ido. —Las niñas la miraron.

—Pero yo estoy aquí. Y prometo cuidar de vosotras lo mejor que pueda. Prometo que siempre estaremos juntas, para hacer frente a lo que el mundo nos depare.

Mientras cerraba los ojos y abrazaba a sus hermanas, cada palabra salía del corazón.

CAPÍTULO 6



Habían pasado dos semanas desde que Mamá falleció y fue enterrada en una fosa común.

La señora Parker había accedido a dejarlas quedarse en la pensión, en una habitación más pequeña, con la condición de que Matty saliera a trabajar para ganar lo suficiente para pagar el hospedaje, y de que Josephina ayudara con las tareas domésticas.

Aunque no todos estaban contentos con este arreglo, sabían que era lo mejor que podían esperar dadas las circunstancias.

Matilda había convencido al señor Sharp de que le diera tres turnos por semana, así que conseguir empleo para los otros tres días se había convertido en su prioridad.

Por suerte, el señor Hawkins y Kitty se habían hecho muy amigos, así que él solía vigilarla mientras Matilda salía a buscar trabajo y Josephina se ocupaba de las tareas, quejándose sin parar.

—Matilda, ¿por qué no puedo salir a trabajar yo también? Tú te llevas toda la diversión, saliendo por ahí, conociendo gente nueva, mientras me tienes encerrada aquí como a una criada.

Matilda miró a su hermana con recelo mientras se preparaba para ir a trabajar al puesto del señor Sharp.

—Te aseguro, Phina, que cargar una cesta pesada de pub en pub con el frío y la oscuridad no es nada divertido. Y tenemos mucha suerte de que la señora Parker nos haya dejado quedarnos aquí, y

una de las condiciones es que ayudemos con las tareas. ¿Es que no quieres contribuir a esta familia?

Josephina abrió la boca para protestar de nuevo, pero antes de que pudiera hacerlo, se oyó un fuerte golpe en la puerta.

La señora Parker salió apresurada de la cocina, secándose las manos en el delantal.

—Pero ¿quién demonios será ahora? —dijo.

Las niñas corrieron al comedor de la parte delantera de la casa, desde donde podían ver la entrada a través de la ventana mugrienta.

Matilda se asomó por la ventana y vio a un hombre con aspecto de funcionario y a una mujer de pie en el escalón, con un carro cubierto aparcado junto a la casa.

La mujer, vestida con sus mejores galas, llevaba unas gafas negras que daban a su rostro afilado un aspecto aún más mezquino.

—¿Quién es, Matilda? ¿Ves algo? —preguntó el señor Hawkins.

—No se preocupe, el señor Hawkins, seguro que pronto lo averiguamos todos. —La señora Riley parecía extrañamente interesada en lo que ocurría, cuando normalmente tenía la nariz metida en el periódico, más para evitar a los demás que por verdadero interés en la política o las noticias.

Matilda se acercó sigilosamente al pasillo para intentar enterarse de algo, y se quedó helada al oír las preguntas del hombre trajeado.

—¿Así que la señora Bennett falleció recientemente? Y tengo entendido que tenía tres hijas consigo, ¿no es así? —preguntó el hombre.

El pánico se reflejó en el rostro de la señora Parker.

—Bueno, sí, pero sin ánimo de parecer grosera, ¿a usted qué le importa?

—Soy el Sr. Fallow y estoy aquí para investigar una denuncia sobre unas niñas sin tutor. Ha habido quejas de que son una molestia.

Matilda lanzó una mirada preocupada hacia sus hermanas y pilló a la señora Riley levantando la vista del periódico con expresión culpable.

Para entonces, Josephina también estaba escuchando la conversación, y cayó en la cuenta al mismo tiempo que Matilda.

—¡Usted! —gritó, levantándose de un salto del suelo y abalanzándose hacia la silla de la señora Riley.

—Nos ha odiado desde el principio, vieja bruja asquerosa. —Una sonrisa cruel se dibujó en los labios de la señora Riley.

Matilda corrió junto a Josephina, desesperada por evitar que su hermana hiciera algo terrible, pero también incapaz de controlar su propia rabia.

—¿Qué ha hecho? ¿Por qué? No le hicimos ningún daño. —La voz de Matilda era apenas un susurro, pero ya era demasiado tarde.

Kitty se puso a gimotear, sin entender del todo la situación, pero encantada de tener una excusa para lanzar unos cuantos berridos contra la señora Riley después del incidente con su muñeca.

Josephina, incapaz de contenerse más, se abalanzó sobre la señora Riley con todas sus fuerzas, mordiendo y arañando, tirando de la mata de rizos pelirrojos de la que la señora Riley siempre estaba tan orgullosa.

El ruido había atraído la atención del hombre que estaba fuera, que entró en la habitación.

—¿Son estas las niñas, la señora Parker?

—Bueno, sí, pero no dan ningún problema, es evidente que solo están alteradas.

—Ya veo que no están dando muy buena imagen de sí mismas. Está claro que están fuera de control; creo que hemos llegado justo a tiempo.

Matilda contempló la escena que se desplegaba ante ella. ¿Cómo había llegado a esto? Hacía apenas unos meses, Papá había traído a casa aquellos zapatos rojos relucientes que ahora la miraban, burlándose de ella por haber deseado algo tan poco práctico.

Unos pocos meses, y cuánto había cambiado su suerte.

La señora Parker sollozaba y suplicaba al Sr. Fallow, pero no había nada que hacer.

—Niñas, esta es la señorita Welter, del Asilo de Huérfanas de Lambeth. Recojan sus cosas y váyanse con ella.

La señorita Welter se adentró en la habitación. Era una mujer delgada, de rasgos afilados, como de pájaro.

Examinó la escena: Josephina con el rostro enrojecido y los ojos desorbitados tras su enfrentamiento con la señora Riley, Kitty golpeando el suelo con los puños y gritando a pleno pulmón, y Matilda desplomada en el suelo, hecha un ovillo de resignación.

—Bueno, ya veo que aquí hay mucho trabajo por hacer. Por favor, vayan a recoger sus cosas, es hora de marcharse.

La señora Parker estrechó a las niñas entre sus brazos.

—Lo siento mucho, niñas. Quiero que se queden, pero no soy pariente de sangre. Pero les prometo que veré si se puede hacer algo. No están solas. Vamos, las ayudaré a hacer el equipaje.

Se irguió cuan alta era y lanzó una mirada hacia la señora Riley.

—Y le agradecería que también recogiera sus cosas, la señora Riley. Ya no es bienvenida aquí.

La señora Riley también se puso de pie.

—No lo dice en serio. Mi dinero vale tanto como el de cualquier otro, y bien que lo necesitan aquí, a juzgar por el estado del lugar.

—Todas sabemos de dónde viene su dinero, señora Riley, y desde luego no lo necesitamos aquí. Recoja sus cosas y márchese.

La señora Parker giró sobre sus talones y acompañó a las niñas escaleras arriba a recoger sus pertenencias.

Diez minutos después, iban en el carruaje camino del orfanato. Matty contemplaba el paisaje con melancolía a través de la ventanilla. Pese a las promesas de la señora Parker, sabía que difícilmente volvería a verla.

Miró a sus hermanas, con lágrimas en los ojos, completamente abatidas. ¿Cómo iban a sobrevivir a esto? Al menos estaban juntas; Matilda estaba segura de que, teniéndose las unas a las otras, podrían salir adelante.

Al cabo de un rato, el traqueteo de los cascos aminoró y una sacudida del carruaje despertó a las niñas de su inquieto duermevela.

Matilda se inclinó hacia delante para ver mejor. Tras las verjas de hierro forjado se alzaba un imponente edificio de piedra, coronado por una torre con reloj sobre la entrada.

Al bajar del carruaje, aferrándose a sus escasas pertenencias, la oscura fachada se cernía imponente sobre ellas; las ventanas, estrechas y enrejadas, quedaban ocultas de la calle por numerosos árboles.

Con la niebla londinense cerrándose a su alrededor, el conjunto resultaba sombrío y lúgubre.

La señorita Welter las hizo subir aprisa por los escalones de piedra y entrar en el vestíbulo. La pesada puerta de madera se abrió con un chirrido, y una mujer de rostro severo, vestida con sencillez, las recibió.

—¿Más ingresos, señorita Welter?

—Me temo que sí, señora Bunce. No sé adónde va a parar el mundo. Pronto nos veremos desbordadas.

Matilda se aferró con fuerza a las manos de las dos niñas mientras las hacían pasar.

El aire se volvió gélido de inmediato; la puerta se cerró tras ellas con un golpe rotundo y definitivo.

Las paredes del vestíbulo estaban cubiertas de descoloridos retratos religiosos, y un tenue olor a desinfectante mezclado con el tufo rancio de la humedad les asaltó las narices.

Kitty rompió a gimotear.

—Matty, no me gusta este sitio. Por favor, ¿no podemos volver? El señor Hawkins tiene otra muñeca para mí.

La señora Bunce se volvió y le propinó a Kitty un golpe seco en las piernas, rápido y fuerte, que la dejó muda de la impresión.

—Aquí no toleramos el ruido ni la desobediencia. ¿Nadie te ha enseñado que los niños han de verse pero no oírse?

Las lágrimas de Kitty caían ahora en silencio, y Matilda se las secaba disimuladamente con un pañuelo mientras seguían a la señora Bunce por los pasillos.

Llegaron a un gran dormitorio, una estancia lúgubre con hileras de camas de hierro. Cada una tenía un colchón delgado y una áspera manta de lana.

Señaló dos camas vacías al fondo de la habitación y una tercera enfrente.

—Esas serán las vuestras —dijo secamente—. Podéis guardar vuestras cosas en el baúl a los pies de la cama.

Josephina corrió hacia la cama de enfrente, encantada con la idea de dormir separada de sus hermanas. Kitty siguió a regañadientes a Matilda hasta las otras dos camas, bajo la mirada atenta de tres niñas que ya estaban acostadas.

La cama estaba fría y resultaba poco acogedora; ahora Matilda apreciaba el marcado contraste con la calidez del hogar de la señora Parker que habían dejado atrás.

—Guardad vuestras cosas más tarde, es hora de cenar. Seguidme —dijo la señora Bunce—. Vosotras tres, no. Esto es lo que os ganáis por portaros mal.

Se dirigía a las tres niñas que ya estaban acostadas, cuyos rostros se ensombrecieron al instante.

El comedor era un espacio cavernoso repleto de largas mesas y bancos de madera. El olor a col hervida flotaba denso en el aire, y a Matty se le revolvió el estómago.

A lo largo de las mesas, los niños comían en silencio sus escasas raciones. El tintineo de los platos de hojalata llenaba la estancia, pero no se oía una risa alegre ni se veía una sonrisa, tan solo el murmullo quedo de palabras furtivas.

—Comeréis aquí —dijo la señora Bunce—. Las comidas son a las seis de la mañana, al mediodía y a las seis de la tarde. Sonará la campana; no lleguéis tarde o os quedaréis sin comer.

Las niñas se adentraron nerviosas en el comedor, buscando un hueco en los bancos entre los demás niños, que las observaban con recelo.

Matilda tuvo el presentimiento de que las cosas estaban a punto de empeorar.

Los dos días siguientes transcurrieron como en una nebulosa, y los venideros se antojaban desalentadores, llenos de tareas, clases y una lucha constante por encontrar calidez y amabilidad en un lugar donde ambas escaseaban.

Las manos de Matilda ya estaban rojas y doloridas de fregar el suelo del gran vestíbulo, y a Josephina le habían asignado limpiar los

lavabos del baño, tarea de la que se quejaba sin cesar, aunque por lo bajo, para no provocar la ira de la señora Bunce.

Solo Kitty se había librado del trabajo duro; además, le daban comida extra. Matilda suponía que al menos la trataban mejor por ser pequeña.

Al tercer día, tras la comida del mediodía, la señora Bunce vino a buscar a Kitty y se la llevó a una «lección especial».

Matilda había pedido acompañarla para ayudarla a adaptarse a un aula desconocida, pero la señora Bunce no quiso ni oír hablar de ello.

—La niña se adaptará enseguida, no hay que mimarla.

Matilda le soltó la mano a regañadientes, susurrándole que todo iría bien y que volverían a verse a la hora de la cena.

Mientras recogían los platos, Josephina y Matty especulaban sobre las lecciones de Kitty.

—No entiendo por qué no puede sentarse con nosotras —dijo Josephina—. Ayer vi a unas cuantas niñas pequeñas en mi clase; no podían ser mucho mayores que Kitty.

Matilda frunció el ceño.

—Supongo que así es como hacen las cosas aquí.

Una de las niñas que iban detrás intervino:

—La señora Bunce se la lleva para ponerla guapa. Las pequeñas siempre van primero.

Josephina se volvió bruscamente.

—¿Qué se supone que significa eso? —exigió saber.

Las otras niñas se rieron tapándose la boca con las manos y se pusieron a cuchichear.

—¡Basta! Contádmelo ahora mismo.

—Vaya, la señorita fina no sabe ná de eso. Pa qué te lo vamos a contar, ¿no?, mejor te lo enseñamos. Venga.

Las niñas subieron atropelladamente por el pasillo y las escaleras hasta la gran ventana bajo la torre del reloj. Desde allí se dominaba toda la entrada hasta la calle: el lugar perfecto para ver las idas y venidas.

Matty se asomó por encima de las otras niñas y vio un carruaje muy elegante tirado por los caballos negros más hermosos.

—Anda, le ha tocao uno fino —dijo la niña alta—. Las pequeñas tienen toa la suerte.

—¿Qué está pasando? —La voz de Kitty sonaba ya desesperada.

—Ya lo verás —dijo la chica alta, y se volvió para guiñarles un ojo a las demás, que seguían con la mirada clavada en la ventana.

Justo cuando Matilda iba a exigir una explicación, la ventana tembló al abrirse de golpe la gran puerta.

La señorita Welter acompañó escaleras abajo a una joven pareja bien vestida, deshecha en reverencias y zalamerías como si recibiera a la mismísima Reina.

Charlaron junto al carruaje unos minutos y luego ella llamó con un gesto a alguien en la entrada.

Para horror de Matilda, asomaron los dulces rizos castaños de Kitty. Se los habían lavado y cepillado, y la niña llevaba un vestido de terciopelo verde con una cinta a juego en el pelo.

En la mano aferraba la muñequita de madera que el señor Hawkins le había hecho, y avanzaba tímidamente hacia la señorita Welter.

La dama se agachó para hablar con Kitty y la animó con suavidad a darle la mano, mientras la señorita Welter le empujaba con firmeza la espalda para que avanzara.

Kitty miró hacia atrás, a la entrada, sin saber qué hacer.

Matilda temió lo peor y se puso a golpear furiosamente el cristal. La señorita Welter alzó la vista de golpe e hizo una seña a la señora Bunce, que estaba en la entrada.

Se lanzó escaleras abajo y corrió por el pasillo. La puerta principal aún estaba entreabierta, y llegó justo a tiempo de ver al distinguido caballero coger a Kitty en brazos y meterla en el carruaje.

La señora Bunce cerró la puerta de un portazo, ocultando la triste escena, y atrapó a Matilda cuando esta patinó y fue a chocar contra ella.

—Ni se te ocurra, jovencita. ¿Cómo puedes ser tan egoísta? ¿Por qué ibas a querer estropearle las cosas a tu hermana y a la magnífica familia que tiene ahora?

Matilda apenas podía articular palabra entre sollozos.

—Pero le prometí que siempre estaríamos juntas. Nos necesitamos la una a la otra, es tan pequeña...

—Pues eso te enseñará a no hacer promesas que no puedes cumplir —la señora Bunce metió la mano en el bolsillo del delantal, sacó una cuchara de madera y se puso a golpear a Matilda en las piernas.

—Y esto hará que la lección te entre mejor, ya lo creo. Y ahora, ¡a la cama! Esta noche te quedas sin cenar.

CAPÍTULO 7



Matilda se levantó de la cama y miró con pesar la de al lado, donde antes solía descansar el dulce rostro de Kitty sobre la almohada.

Se preguntaba dónde estaría Kitty ahora, quiénes serían aquella elegante dama y aquel caballero, y si la tratarían bien.

Habían pasado dos meses y temía que, si no encontraba pronto a Kitty, su hermana acabara olvidándose de ella por completo.

La separación le había destrozado el corazón, y sentía que había fallado a sus hermanas de la peor manera posible.

Pero escapar del orfanato había resultado imposible. La interminable sucesión de tareas tediosas y lecciones aún más tediosas, junto con la vigilancia constante de la señora Bunce, se habían encargado de ello.

Hacía todo lo posible por pasar desapercibida y seguir las reglas, con la esperanza de que, si se portaba bien, encontraría la manera de reunirse con Kitty.

Josephina se estaba adaptando al nuevo entorno de una manera muy distinta. Dos chicos, Archie y Ezra, de una banda de carteristas, eran los que mandaban allí, y ella se había hecho amiga de ellos en cuanto vio el botín de sus fechorías.

Robar comida extra, esconderse cuando tocaba hacer las tareas y acosar a los demás niños le habían valido ser aceptada con los

brazos abiertos en la banda.

Eso también le había acarreado la ira de la señora Bunce en más de una ocasión, y tenía los verdugones en la espalda para demostrarlo.

Matilda le había suplicado que se portara bien, pero sus súplicas cayeron en oídos sordos. Josephina intentaba distanciarse de su hermana todo lo posible, y Matilda sentía que aquello era un castigo por haber roto su promesa de mantenerlas a todas juntas.

La campana del desayuno la arrancó de sus pensamientos, y se vistió con desgana para comenzar el día.

Mientras caminaba por el pasillo, Josephina, Archie y Ezra aparecieron a la vuelta de la esquina con aire de suficiencia.

—¿Qué andas tramando ahora, señorita creída? —se burló Ezra.

Josephina se rio, convencida de que era una descripción acertada de su hermana.

—Tengo que fregar los lavabos. ¿Por qué? ¿Qué estáis tramando vosotros? —Matilda los miró con recelo.

Todos lucían unas sonrisas de lo más extrañas, y sin duda habían estado haciendo de las suyas.

Josephina sacó un trozo de papel doblado de detrás de la espalda.

—¿Qué me das por esto?

—Es solo un trozo de papel, ¿para qué iba a quererlo? —preguntó Matilda.

Archie le quitó el papel a Josephina y lo hizo girar entre los dedos mientras bailoteaba alrededor de Matilda con aire burlón.

—Ah, pero es que este no es un papel cualquiera. Hemos estao en el despacho de la señorita Welter y tu listilla hermana ha escrito algo aquí. Algo que vas a querer, pero primero tienes que decirnos qué nos vas a dar a cambio.

Matilda sintió crecer su irritación.

—Phina, ¿qué está pasando? ¿Por qué has entrado en el despacho de la señorita Welter? Sabes que se va a enterar.

—Como si me importara. Que la vieja arpía haga lo que quiera. Y ahora, ¿cuánto vale esto para ti? —Josephina le arrebató el papel a Archie y se lo agitó en la cara a Matilda.

—No tengo tiempo para esto, Phina. Tengo tareas que hacer.

Matilda pasó de largo junto a su hermana y echó a andar por el pasillo hacia los aseos.

—Allá tú. Total, ya has roto tu promesa, así que supongo que no te interesa saber la nueva dirección de Kitty —le gritó Josephina a su espalda.

Matilda se quedó paralizada, con el corazón en un puño.

—¿Sabes dónde está Kitty?

—Pues claro que sí. Y si quieres saberlo, tendrás que hacer algo por nosotros.

El corazón de Matilda se aceleró mientras sopesaba la propuesta de Josephina. Sabía que estaba mal negociar por información sobre su hermana, pero la desesperación pudo más que la sensatez.

—¿Qué quieres, Phina? —preguntó en un hilo de voz.

Los ojos de Josephina brillaron con malicia.

—Quiero tus zapatos rojos. Los que te regaló papá antes de... antes de que todo cambiara.

A Matilda se le cayó el alma a los pies. Eran su última conexión con su vida anterior, con el amor y la bondad de papá.

Por un momento, vaciló. Pero entonces el dulce rostro de Kitty acudió a su mente, y supo lo que tenía que hacer.

—Está bien —dijo con la voz cargada de emoción—. Quédatelos. Ahora dame la dirección de Kitty.

La sonrisa triunfante de Josephina titubeó un instante, quizás al intuir la magnitud de lo que había pedido. Pero se recompuso enseguida y le entregó el papel doblado con un floreo.

Mientras Matilda apretaba aquel precioso papel entre los dedos, sintió una mezcla de esperanza y tristeza. Había perdido un tesoro, pero había ganado la posibilidad de reunirse con otro.

Matilda apenas podía respirar durante las lecciones de la tarde. Solo podía pensar en el trozo de papel doblado en el bolsillo de su falda.

Necesitaba hacer llegar una carta a los Talbot. Estaba segura de que lo entenderían cuando descubrieran que Kitty tenía hermanas. Seguro que ella se lo había contado, ¿no?

Esa noche, una vez apagadas las luces, Matilda permaneció despierta en su estrecha cama, con el papel de la dirección de Kitty apretado en la mano. Su mente bullía de planes y posibilidades.

Sabía que debía andarse con cuidado. Si la señora Bunce o la señorita Welter descubrían sus intenciones, perdería cualquier oportunidad de contactar con Kitty.

Mientras seguía dándole vueltas a su dilema, Matilda acabó por quedarse dormida, soñando con el reencuentro con su querida hermanita.

A la mañana siguiente, la señora Bunce apareció en el comedor mucho más temprano de lo habitual.

—Niñas, atención. El mayordomo de una casa distinguida viene a seleccionar muchachas para el servicio doméstico.

Todas las niñas mayores de doce años deben vestirse de inmediato y acudir al vestíbulo para que las arreglen.

Matilda se levantó de un salto. ¡Era su oportunidad! Sería fácil hacer llegar una carta a los Talbot. Seguro que los demás sirvientes enviaban cartas en nombre de los señores de la casa.

Pero Josephina solo tenía once años; tendrían que mentirle a la señora Bunce. Si conseguían quedarse juntas, podrían encontrar a Kitty sin problemas, y entonces todo volvería a estar bien.

Buscó a Josephina con la mirada por todo el comedor y la vio sentada en un rincón, convenciendo a una niña más pequeña de que le diera su mendrugo de pan.

—Phina, ven conmigo.

—Ni hablar. Ya no puedes decirme lo que tengo que hacer, Matty, tú ya no mandas.

Matty la agarró del brazo con brusquedad y la sacudió.

—Hablo en serio. ¿Has oído a la señora Bunce? Esta es nuestra oportunidad de salir de aquí y encontrar a Kitty.

—Bueno, no tengo la edad suficiente, así que se acabó.

—Mentiremos, diremos que se equivocaron con tu fecha de nacimiento. La señora Bunce nunca lo sabrá.

Josephina arqueó las cejas.

—Vaya, vaya, ¿la señorita Perfecta mintiendo? ¿Adónde vamos a parar?

—Por favor, Phina, aunque sea como criadas en una casa elegante, estaremos calentitas y mejor alimentadas que aquí. Y será fácil enviarle una carta a Kitty.

Matilda le suplicó, ahora solo con la mirada para no llamar la atención.

La idea de disfrutar de algunas comodidades convenció a Josephina de seguir a Matty al gran salón.

La señora Bunce esperaba en el salón, trapo y cepillo en mano, atendiendo a cualquier dedo sucio o pelo enmarañado que encontrara.

—¿Así que te crees que puedes ser criada, Matilda? —se burló, pasando el cepillo bruscamente por el pelo de Matty y dándole un tirón con cada pasada.

—La gente no quiere criadas con aires de grandeza, ¿sabes? Tendrás que aprender cuál es tu lugar, y rápido.

Matilda no dijo nada, para no darle a la señora Bunce la excusa de mandarla a la cama y perder su oportunidad.

Cuando terminó, se puso en fila junto a las demás chicas, esperando que por fin llegara su oportunidad de marcharse.

—Josephina, ¿qué tenemos aquí? No tienes doce años, vuelve a tus tareas.

—Oh, por favor, señora Bunce, Josephina cumplió doce años la semana pasada —Matty salió de la fila para interceder por ella.

La señora Bunce la miró con suspicacia.

—No estarás mintiendo, ¿verdad?

—Claro que no, lo prometo.

Matilda cruzó los dedos a la espalda y rezó para que la pintura de la crucifixión en la pared del fondo no la hubiera visto ni oído.

—Bueno, de las dos, tú eres la sincera, así que supongo que tiene sentido. Ahora ven aquí, Josephina, a ver si arreglamos ese nido de ratas que tienes por pelo.

La señora Bunce se puso manos a la obra con Josephina, y Matty respiró aliviada.

Pronto todas las chicas estaban tan presentables como cabía esperar, y en fila, listas para la llegada del mayordomo.

Era un hombre alto y delgado, cuya cabeza calva parecía tan reluciente como sus zapatos. Sus pantalones de rayas lucían una raya impecable en el centro, y se movía con la seguridad de quien goza de gran respeto en su oficio.

La señorita Welter revoloteaba a su alrededor como de costumbre, poniendo su mejor voz, como siempre hacía con las visitas.

—Señoritas, este es el señor Graves, el mayordomo de Lord y Lady Whitmore. Sería una gran suerte para cualquiera de ustedes entrar al servicio de los Whitmore, así que respondan a sus preguntas y compórtense lo mejor posible.

Incluso sonrió a algunas de las chicas, algo muy raro en ella.

El señor Graves recorrió la fila, examinando a las chicas de arriba abajo. Matilda vio a Josephina hurgándose las uñas y le lanzó una mirada de advertencia.

Cuando el señor Graves se acercó, ella compuso su mejor sonrisa.

—¿Cómo te llamas?

—Matilda, señor. Tengo catorce años.

—¿Y tienes experiencia en el servicio?

—He ayudado en las cocinas y he limpiado las habitaciones de una casa de huéspedes, señor.

No era mentira, pero Matilda sabía que tampoco era del todo cierto.

—Ya veo —la examinó con atención—. Pareces bien alimentada y hablas bien. ¿Dónde están tus padres?

Matilda bajó la vista hacia sus zapatos.

—Mi madre está muerta, señor...

Antes de que pudiera continuar y contarle lo de papá, la señorita Welter la interrumpió.

—Es huérfana, señor, una historia terriblemente triste. Pero es fuerte y ayuda con las tareas de la casa.

—Lo mismo que mi hermana, señor.

La señorita Welter se alarmó y recorrió la fila con la mirada buscando a Josephina.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde está tu hermana?

—Lo siento mucho, señor, parece que ha habido un error. Me temo que la otra hermana aún no tiene la edad.

Josephina estaba furiosa.

—¡Sí la tengo! —gritó—. ¡Usted no sabe cuándo es mi cumpleaños, no sabe nada de mí!

La chica más joven, la que antes había tenido que darle su pan a Josephina, vio su oportunidad.

—No tienes más de once años y lo sabes. Solo mientes para quedarte con esa creída de tu hermana.

Josephina se abalanzó sobre la chica y empezó a tirarle del pelo a puñados. La señora Bunce intervino y sacó a ambas del salón tirándoles de las orejas.

—Te lo dije, Matty, te dije que no funcionaría y ahora has vuelto a romper tu promesa. No eres hermana mía —gritó Josephina desde la puerta.

La señorita Welter observaba, mortificada. Colocar chicas en el servicio era un negocio lucrativo para ella, y en cuanto corriera la voz, se habría acabado.

Matilda vio caer sus lágrimas sobre el suelo reluciente. Se sentía completamente derrotada; su oportunidad se había esfumado.

Alzó la vista y vio al mayordomo frente a ella, con una expresión curiosa en el rostro.

—La remuneración es cama y comida, más un chelín semanal de paga. Es una casa muy ajetreada y Lord y Lady Whitmore son muy exigentes. ¿Crees que estarás a la altura, muchacha?

Las lágrimas le caían a raudales, pero a través de la neblina podía ver que tenía un rostro bondadoso. ¿Qué otra opción tenía? Había perdido a su familia: una se había ido a otra vida y la otra la odiaba. ¿Qué más le quedaba?

Se secó las lágrimas y miró al mayordomo.

—Desde luego que lo intentaré, señor.

La señorita Welter dejó escapar un suspiro de alivio audible cuando el señor Graves habló.

—Creo que será suficiente por hoy, gracias, señorita Welter. Matilda, por favor, recoge tus cosas, nos vamos de inmediato.

CAPÍTULO 8



Matilda nunca había visto un carruaje tan elegante. Ni siquiera cuando a papá le iban bien los negocios con los barcos mercantes habían tenido uno tan lujoso.

Era un coche grande de cuatro ruedas, con capota plegable, completamente subida por la niebla.

En la puerta lucía un elegante escudo de armas pintado, verde y dorado, con dos grandes dragones a cada lado y las alas desplegadas.

Los dos caballos negros y lustrosos que tiraban del carruaje estaban meticulosamente acicalados, con arneses de cuero reluciente y herrajes de latón.

Matilda se deslizó por el asiento de cuero verde pulido, y El señor Graves le indicó un mullido cojín dorado con el que acomodarse.

Aferró con fuerza la maleta de mamá; su exterior maltratado parecía aún más lastimoso en aquel entorno opulento.

El señor Graves se sentó frente a ella y la miraba de vez en cuando, como si estuviera sopesando si había tomado la decisión correcta.

Matilda rehuyó su mirada y se concentró en sus zapatos. Al poco, con el vaivén del carruaje y la relativa comodidad del entorno, se quedó dormida con un sueño agitado.

Un rato después, el carruaje dobló hacia un amplio camino de entrada y los cascos de los caballos crujieron sobre la grava.

—Hemos llegado —anunció el señor Graves, señalando por la ventanilla del carruaje.

Matilda contuvo el aliento.

La grandeza de la casa resultaba abrumadora, un marcado contraste con el orfanato y la casa de huéspedes. La finca Whitmore era una mansión inmensa con un gran arco de entrada, flanqueado por un hermoso dragón tallado a cada lado. Los jardines cuidados y una elegante fuente en el centro del camino realzaban el esplendor.

El lacayo colocó el estribo y ayudó a Matty a bajar del carruaje. El corazón le latía con fuerza. Sabía que tenía que causar buena impresión, y por el comportamiento de la señorita Welter, se había dado cuenta de que contarles a sus empleadores que su padre estaba en la prisión por deudas no era buena idea.

Los pensamientos se agolpaban en su cabeza; tenía que inventarse una historia sobre su familia por si la interrogaban. ¿Y si descubrían la verdad? ¿La devolverían al orfanato?

Y desde luego no podía pedirles ayuda para encontrar a Kitty; seguro que entonces toda la historia saldría a la luz, ¿no?

Su rostro debió de delatar aquel torbellino de emociones.

—Vamos, señorita Matilda, no se preocupe. Los señores son gente muy amable, y si no se mete en líos y trabaja con ahínco, estará bien atendida.

Sonrió brevemente al señor Graves y lo siguió hacia la entrada lateral de la gran casa.

La puerta lateral daba a un amplio office.

Desde dentro le llegaba el estruendo de ollas y sartenes, y un alegre silbido. El aroma que le acariciaba la nariz era uno que había olvidado hacía mucho.

Carne suculenta asándose, mezclada con el aroma de hierbas y verduras al fuego. A Matty se le hizo la boca agua.

—Los señores ofrecen una cena esta noche, así que andamos todos con las manos en la masa. Estoy seguro de que la señora Hogg, nuestra cocinera, encontrará algo en lo que pueda ayudar.

—Pero primero tendrá que instalarse en su habitación —dijo mientras atravesaba la cocina y saludaba con un gesto a varios miembros del personal.

Señaló a una chica menuda de cabello oscuro que pelaba patatas.

—Esa es Molly, compartirá habitación con ella. No hay tiempo para detenerse ahora, ya la conocerá.

Al salir de la cocina giraron a la derecha hacia unas escaleras empinadas y estrechas. El señor Graves señaló a la izquierda.

—Ese es el comedor del servicio, donde comemos todos juntos.

La sala tenía dos largas mesas de madera con bancos a cada lado. Aunque la luz de las escasas lámparas de aceite era tenue, resultaba acogedora, y los olores que llegaban de la cocina —pan horneándose, carne asándose y el aroma del té negro— hicieron que Matty deseara sentarse a la mesa de inmediato.

La estrecha escalera de piedra conducía al corazón de la casa. El aire cambió: se volvió más cálido e impregnado del aroma a cera de abeja y flores frescas.

Subieron más y más, hasta llegar al último piso de la casa, donde un pequeño vestíbulo daba paso a tres puertas.

El señor Graves abrió la puerta del centro.

—Esta es la habitación que compartirá con Molly.

Matilda se asomó y se sorprendió al ver que la habitación era mucho más confortable que la casa de huéspedes.

Contra la pared del fondo había dos camas de estructura metálica, una junto a la otra, bajo una pequeña claraboya, cada una con su almohada y dos mantas de lana.

En un rincón había un palanganero con una gran jofaina y jarra de cerámica, y junto a él una cómoda grande con ocho cajones; los dos superiores tenían una pequeña llave de latón y cerradura.

Una alfombra otrora elegante, ahora descolorida, cubría el suelo de tablas desnudas, y el conjunto resultaba acogedor.

El señor Graves señaló la cama con la manta a rayas.

—Esa cama es suya, y en el lado derecho de la cómoda puede guardar sus cosas. Los objetos de valor, colóquelos en el cajón con llave.

—Sí, señor —Matilda suspiró aliviada.

—Lord y lady Whitmore son personas excelentes que tratan bien a su personal, como puede ver —dijo el señor Graves, señalando la habitación y el mobiliario—. Trabaje duro, no se meta en líos, y podría servir aquí durante muchos años.

Aunque Matilda agradecía las palabras tranquilizadoras del señor Graves, solo podía pensar en lo rápido que podría ahorrar dinero suficiente para reunirse con sus hermanas, así que la seguridad de años de servicio no le resultaba tan atractiva.

«Pero debo guardarme esos pensamientos para mí», se dijo.

—Le dejo un momento para que se lave y guarde sus cosas. Hay un uniforme en el cajón superior derecho. Este se lo proporcionamos, pero se espera que compre otro con su salario. Preséntese ante la señora Hogg en la cocina en quince minutos. No llegue tarde.

Dicho esto, el mayordomo bajó las escaleras y regresó al bullicio de la casa.

Matilda llegó a la cocina exactamente catorce minutos después, con el sencillo vestido negro y el delantal blanco almidonado que había encontrado en el cajón.

Se había esmerado en recogerse el pelo y ocultarlo bajo la cofia blanca de ganchillo que le habían dado.

Carraspeó tímidamente, y la señora Hogg alzó la vista hacia ella mientras se limpiaba las manos en el delantal.

—Tú debes de ser Matilda —dijo la señora Hogg. Tenía un rostro grande y redondo, con mejillas sonrosadas y una sonrisa fácil—. El señor Graves me dice que solo te tengo esta noche; mañana empezarás como doncella a las órdenes de la señora Bailey. Y como esta noche hay una cena importante, me temo que te toca fregar ollas.

Matilda pareció aliviada. La gran mansión de los Whitmore no tenía nada que ver con hacer unas cuantas tareas en la casa de huéspedes, y le preocupaba que su mentirijilla sobre haber servido antes quedara al descubierto en cualquier momento.

Pero fregar ollas sí sabía.

Se remangó y ocupó su lugar junto al fregadero, con la señora Hogg haciéndole compañía mientras esta se afanaba frente al gran fogón.

La cocina era un hervidero de actividad, con sirvientes entrando y saliendo sin parar, llevando bandejas que iban llenas y volvían vacías de huevos endiablados, salmón en lonchas finas y otros bocados deliciosos.

La señora Hogg estaba preparando una gran sopera de caldo, y había cestas repletas de pan recién horneado para acompañarlo.

A la izquierda de Matty, los sirvientes que regresaban amontonaban la vajilla, y ella se afanaba en raspar los platos, enjuagarlos y fregarlos. Por muy rápido que trabajara, la pila nunca parecía menguar.

Platos soperos, cuchillos de pescado, fuentes de asar y, por último, la gran fuente del manjar blanco y las delicadas tazas de café.

La noche se le pasó volando, y cuando terminó de enjuagar el último trapo y dejó el fregadero reluciente, la señora Hogg le hizo señas para que la acompañara a la mesa del comedor del servicio.

Varios criados ya estaban sentados, y Matilda se deslizó tímidamente por el banco hasta ocupar su sitio.

Pusieron en el centro de la mesa una gran olla humeante de estofado, sobre todo verduras con algunos trozos de carne, y una de las pinches fue dejando una rebanada de pan en cada plato.

La señora Hogg sirvió entonces dos cucharones de estofado en cada cuenco y los fue pasando. De pronto, Matilda se dio cuenta del hambre que tenía; se le hacía la boca agua con aquel aroma tan apetitoso.

Una vez servidos todos, se pusieron a comer. La señora Parker solía hacer estofado en la casa de huéspedes, pero aquello era completamente distinto. El caldo era más espeso y sabroso, nada que ver con el agua de col desabrida de antes, y Matilda no tuvo reparo en rebañar el cuenco con su trozo de pan.

La señora Hogg la observó de reojo varias veces, fijándose en el entusiasmo con que daba cuenta de la comida.

El señor Graves entró tras concluir por fin sus obligaciones y contempló la escena con aprobación.

—Excelente servicio, el señor ha quedado muy satisfecho —anunció. Reparó en Matilda, sentada en un extremo de la mesa.

—Atención todos, os presento a Matilda. Será nuestra nueva doncella y mañana se pondrá a las órdenes de la señora Bailey.

Matilda se ruborizó al sentir todas las miradas clavadas en ella.

—Bien, Matilda, seguro que querrás saber todo sobre el señor y su familia. La familia de lord Whitmore hizo fortuna como terratenientes y aún poseen grandes extensiones de tierra en Gales y por toda la campiña.

El señor suele dejar esos asuntos en manos de sus administradores y ocupa su escaño en la Cámara de los Lores, donde tiene grandes ideas para mejorar las condiciones de los trabajadores en todo el país.

La señora Hogg puso los ojos en blanco.

—Vamos, señor Graves, es verdad que Matilda querrá saber de la familia, pero no necesita una lección de historia.

Le sonrió a Matty.

—Lo que de verdad necesitas saber es que tanto el señor como la señora son firmes pero justos. Son muy exigentes, pero también tratan bien a su personal.

Y luego está Lady Constance, la hija. Tiene quince años. Un alma bondadosa, pero por desgracia un accidente de pequeña la dejó completamente ciega.

Los demás se removieron incómodos en sus asientos.

—Pero de eso no hablamos, señora Hogg —la amonestó el señor Graves con la mirada. Ella frunció levemente el ceño, pero enseguida recuperó la sonrisa.

—Por supuesto.

Eso sí, la señorita Constance es una maravilla. Desde pequeñita, el señor insistió en que recibiera una educación a la altura de su rango.

Matty intentó con todas sus fuerzas mantener la mirada fija en el rostro de la señora Hogg, pero los párpados le pesaban y empezó a dar cabezadas.

El señor Graves le tocó el codo con suavidad.

—Creo que ya es suficiente para su primer día, señora Hogg. Molly, ¿por qué no subís tú y Matilda? Las dos debéis presentaros ante la señora Bailey mañana a las seis y media.

Matilda alzó la cabeza de golpe y se sobresaltó al ver que todos la miraban. Molly echó la silla hacia atrás.

—Sí, señor Graves —respondió, y echó a andar escaleras arriba con Matilda pisándole los talones.

CAPÍTULO 9



Matilda se despertó con un golpe seco en la puerta. Se incorporó sobresaltada en la cama, preguntándose a qué venía tanta urgencia.

Molly ya estaba sentada, quitándose las horquillas para cepillarse el pelo.

—No te preocupes, es solo Silas, el lacayo. Nos despierta todas las mañanas.

Matty miró el reloj: eran las cinco y cuarenta y cinco.

—Date prisa, desayunamos a las seis y luego tenemos que ver a la señora Bailey.

Una vez listas, Matilda siguió el ejemplo de Molly: se movieron en silencio por la casa, bajaron las escaleras y entraron en el comedor de servicio para tomar un cuenco de gachas y un té aguado.

Molly echó un vistazo al reloj.

—Vamos, será mejor que enjuaguemos los cuencos y vayamos a la habitación de la señora Bailey para que nos asigne el trabajo de hoy.

Matty la siguió por la cocina, cruzó una puerta lateral y recorrió otro pasillo largo hasta una habitación al fondo.

Molly llamó dos veces y entró en la habitación, con Matty pisándole los talones.

La habitación era más grande y más cómoda que la de las chicas, aunque Matilda pudo ver que servía tanto de vivienda como de despacho para la señora Bailey.

La habitación era luminosa, con una gran ventana desde la que se veía parcialmente el huerto.

Frente a la ventana había un largo escritorio de roble pulido, con todos los objetos dispuestos meticulosamente sobre él, y detrás estaba sentada la señora Bailey.

Era una mujer de aspecto distinguido, con un gran moño gris recogido en lo alto de la cabeza. Estaba sentada muy erguida, con una postura impecable, y al entrar las chicas levantó la vista y les dedicó una breve sonrisa.

—Buenos días, chicas. Ahora que estamos todas podemos empezar. Tú debes de ser Matilda.

Matilda dio un paso adelante.

—Sí, señora.

Oyó un resoplido a un lado de la habitación y miró sobresaltada.

—Matilda, esta es Francis, y junto con Molly, vosotras tres os repartiréis las tareas de doncella.

Matty no se había fijado en la otra chica, que permanecía ligeramente apartada. Era alta y delgada, con el pelo negro azabache impecablemente alisado en un moño apretado en la nuca.

Matilda le sonrió brevemente, pero Francis se limitó a mirarla de arriba abajo antes de volver la vista hacia la señora Bailey.

—Matilda, trabajarás con Molly durante los próximos dos días, y luego te asignaré tus propias tareas una vez que estés al corriente.

Vosotras dos os encargaréis de las habitaciones de invitados y de las de Lady Constance. Además, aseguraos de limpiar a fondo las del Señorito James. Vuelve de sus estudios para el fin de semana.

Barred las rejillas, llenad los cubos de carbón, y cuando la familia baje a desayunar podéis empezar a limpiar las habitaciones.

Francis, encárgate de las habitaciones de los señores y del comedor una vez que hayan terminado de desayunar.

La señora Bailey cerró su libro de cuentas, dando por concluida la reunión.

Francis parecía satisfecha consigo misma y salió presurosa a empezar su jornada.

—Ven conmigo, Matilda, cogeremos lo que necesitamos de la despensa y empezaremos —dijo Molly.

Mientras recogían lo necesario, Matilda no pudo evitar sentir curiosidad.

—No sabía que había otra doncella. No vi a Francis en la cena, ¿verdad?

Molly puso los ojos en blanco.

—Bueno, Francis es sobrina de la señora Bailey y se cree mejor que el resto.

Normalmente se sienta con la señora Bailey en sus habitaciones y no come con las demás. No es ningún secreto que quiere ascender a doncella personal. Siempre anda haciéndole la pelota al señor y a Lady Whitmore.

Matilda estaba acostumbrada a los conflictos, tanto en la casa de huéspedes como en el orfanato, pero la idea de encontrar desavenencias en un entorno tan refinado le resultaba extraña.

Suspiró con pesadez, confiando en que por fin le hubiera cambiado la suerte.

Molly frunció el ceño.

—No te preocupes por Francis, tú a lo tuyo, haz tu trabajo y no le des a la señora Bailey motivos para llamarte la atención. Venga, empecemos, que tenemos mucho que hacer.

Matilda siguió a Molly por las mismas escaleras estrechas que llevaban a sus habitaciones, pero en lugar de subir hasta el último piso, se desviaron en el primero y entraron en un amplio pasillo alfombrado.

La gran escalera que ascendía con elegancia por el centro de la casa era todo un espectáculo: la luz de las arañas de cristal se reflejaba en el pasamanos de caoba, pulido hasta brillar.

El silencio allí era profundo, como si el más mínimo ruido quedara absorbido por las alfombras mullidas y el pesado papel adamascado que cubría las paredes.

—Impresionante, ¿verdad? —susurró Molly—. Pero no tenemos tiempo para entretenernos, vamos a empezar por la habitación del

señorito James.

Cruzaron el rellano y entraron en una habitación grande y luminosa, con ventanas del suelo al techo que daban a la entrada principal.

—Esta es la sala de estar del señorito James, y su dormitorio y baño están justo ahí —Molly señaló con la cabeza hacia otra puerta al fondo de la habitación.

—No sabía que los señores también tenían un hijo.

Molly miró furtivamente por encima del hombro y bajó la voz.

—Bueno, no es exactamente su hijo. El señorito James es su pupilo. Llegó a la casa cuando tenía seis años y lo han criado desde entonces. Nadie sabe por qué, salvo los criados más antiguos, claro, pero nadie habla nunca de ello.

Ahora está en el internado, pero vuelve a menudo. Creo que echa de menos a Lady Constance, esos dos son uña y carne.

Matilda escuchaba atentamente mientras barría la ceniza del hogar, reconfortada al oír más muestras de bondad de los señores.

Aunque Molly era habladora, también trabajaba deprisa, y Matilda se sintió agradecida de que la hubieran puesto con alguien tan diligente y eficiente. La casa parecía un lugar donde podría asentarse un tiempo y recuperar el aliento después de tanto ajetreo.

Necesitaba tiempo para pensar en cómo encontrar a sus hermanas y cumplir la promesa que les había hecho de mantenerlas unidas.

Con las habitaciones del señorito James impecables, leña en el hogar y un cubo lleno de carbón al lado, cruzaron de nuevo el rellano hacia las habitaciones de lady Constance.

Molly llamó con timidez y, al no obtener respuesta, abrió la puerta y asomó la cabeza.

—La señora todavía está desayunando, así que podemos limpiar sus habitaciones ahora.

Entraron en la habitación, casi idéntica a la del señorito James, con ventanales que iban del suelo al techo y dejaban entrar abundante luz, aunque con algunas diferencias sutiles.

Matilda reparó en que un cordón de brocado recorría las paredes a la altura de la cintura, mientras que la mullida alfombra carecía de

las alfombrillas que hacían tan acogedora la habitación del señorito James.

La chimenea estaba protegida por una gran rejilla metálica, y había mucho espacio libre en toda la estancia.

—Hay ciertas reglas para limpiar la habitación de lady Constance. Debemos asegurarnos de colocar todo exactamente en el mismo sitio donde lo encontramos. ¿Ves?

Molly empujó una pata del escritorio que había frente a la ventana, dejando a la vista un pequeño trozo de tela pegado a la alfombra.

—Todo lo que movamos al limpiar debe volver a colocarse exactamente sobre estas marcas. Las encontrarás en cada mueble.

Lady Constance siempre tiene lirios en el salón y rosas en el dormitorio, sin excepciones.

El rostro de Matilda reflejó comprensión. No podía imaginar cómo moverse por un lugar tan señorial sin poder ver. Pero era evidente que lady Constance se valía del tacto y el olfato para orientarse.

Se acercó al gran escritorio y empezó a quitar el polvo. Los libros que había sobre él eran gruesos y pesados, y uno estaba abierto encima de los demás.

Las páginas eran gruesas, cubiertas de puntos y relieves en distintas configuraciones.

—La señora lee con los dedos, es asombroso.

Matilda alzó la vista y vio a Molly de pie frente a ella.

—Los señores trajeron a un caballero a la casa todos los días para enseñarle. La lectura es un gran placer para lady Constance.

Se oyeron pasos en el pasillo y las muchachas se pusieron a trabajar de inmediato.

—Gracias, Graves, desde aquí puedo sola.

Matilda alzó la vista y vio entrar a lady Constance. Esta extendió la mano derecha para asir el cordón de brocado que recorría la estancia. Deslizando una mano tras otra, se guio hasta el gran ventanal del fondo.

Cuando llegó junto al ventanal, volvió el rostro hacia la luz y Matilda pudo apreciar sus rasgos delicados; su largo cabello dorado le caía por la espalda como una cascada espesa.

Permaneció un instante con el rostro bañado por la luz del sol, hasta que advirtió que había alguien más en la estancia.

—¿Molly, eres tú?

—Sí, lady Constance, estoy aquí.

Molly se acercó para ponerse a su lado.

—¿Hay alguien más aquí?

—Sí, lady Constance, tenemos una doncella nueva: Matilda.

Molly hizo señas a Matilda para que se acercara.

—Encantada de conocerla, lady Constance.

Matilda hizo una leve reverencia, aunque sabía que la señora no podía verla.

—Matilda es un nombre precioso —exclamó lady Constance.

Matilda sabía que lady Constance y ella tenían edades parecidas, pero su voz denotaba una madurez impropia de su juventud.

Supuso que se debía a todo el sufrimiento que había padecido en su corta vida, y sintió una simpatía inmediata hacia ella.

—Gracias, señora.

—No las entretengo, por favor terminen sus tareas —dijo Constance—. Ni notarán que estoy aquí. Voy a seguir con el libro que estaba leyendo.

Matilda se puso a llenar el cubo de carbón y a atender la chimenea.

Lanzó varias miradas furtivas hacia lady Constance, quien, tal como había dicho Molly, leía el libro deslizando los dedos sobre los puntos en relieve y moviendo los labios en silencio.

La observó servirse un vaso de agua de la jarra que tenía al lado. Le asombraba que pareciera saber exactamente dónde estaba cada cosa en su escritorio y que siempre tuviera tanto cuidado en devolverlo todo al mismo sitio.

Intentó imaginar cómo sería vivir sin ver y aun así desenvolverse en la vida, y empezó a relativizar sus propias dificultades.

El ruido de cascos en el camino de entrada y un golpe seco en la puerta la arrancaron de sus pensamientos. Lady Constance también se sobresaltó con el ruido y se levantó de un salto.

—Debe de ser James —dijo—. Prometió que volvería a tiempo para la cena.

Parecía emocionada e impaciente por verlo.

Pero antes de que pudiera alcanzar el cordón en la pared, oyó pasos que subían la escalera de dos en dos.

Un instante después, un torbellino de energía irrumpió en la estancia, levantó a lady Constance en brazos y la hizo girar mientras ella reía encantada.

—¡James, sabía que volverías!

—Pues claro, Connie, estaba deseando ver a mi chica favorita.

—James, que no te oiga mamá llamarme Connie, ya sabes que lo detesta.

Él la miró y se rio.

Echó un vistazo por la habitación y vio a Matilda y Molly ocupadas en sus tareas. Al instante se arregló la ropa y se alisó el pelo.

Constance se rio de nuevo.

—Y delante de la nueva doncella también, James —bromeó.

James miró hacia el hogar y vio a Matilda de rodillas, con la cara cubierta de hollín.

Matilda se incorporó a toda prisa e intentó en vano quitarse el hollín de la nariz.

Al ponerse de pie y alzar los ojos para mirarlo, se alarmó al sentir cómo le latía el corazón en el pecho mientras contemplaba sus apuestos rasgos. Era alto, de al menos un metro ochenta y cinco, con el cabello oscuro y ondulado, y sus cálidos ojos castaños estaban enmarcados por espesas pestañas negras.

—James, esta es Matilda, es la nueva doncella.

James también parecía algo turbado y le dirigió a Matilda una mirada extraña.

—Encantado de conocerte, Matilda. Por favor, no te entretenemos.

Molly observó el intercambio con expresión perpleja.

—No se preocupe, señorito James, ya hemos terminado por hoy —dijo.

Las chicas salieron de la habitación para seguir con sus quehaceres, pero durante el resto del día Matilda estuvo completamente distraída.

Tuvo la sensación de que James la había mirado como si supiera cosas sobre ella.

No sabía bien por qué el corazón le había latido con tanta fuerza en el pecho.

Era cierto que hacía tiempo que no veía a un chico de su edad, pero también había sentido algo familiar cuando sus miradas se cruzaron brevemente.

No tenía sentido darle vueltas a eso ahora. Sabía que los caballeros distinguidos nunca se fijaban en las humildes criadas. Y además, había visto cómo él miraba a Lady Constance. Una dama sería mucho mejor partido para él.

CAPÍTULO 10

A medida que los días se convertían en semanas, Matty se fue adaptando a su nuevo papel en casa de los Whitmore con facilidad.

Por lo general, la gente era amable y paciente, aunque Francis seguía mostrándose distante con Matilda, y la mayor parte del tiempo ella estaba demasiado cansada para averiguar por qué.

Los días pasaban en una sucesión vertiginosa de encender fuegos, acarrear agua, vaciar orinales, hacer camas y remendar ropa blanca.

Durante el día siempre había trabajo que hacer, pero por la noche, tumbada en su cama sin tareas que la distrajeran, no podía dejar de pensar en sus hermanas.

Se preguntaba cuánto habría crecido Kitty, si tendría institutriz y ya sabría las letras y los números. Esperaba que alguien le estuviera leyendo los cuentos que tanto le gustaban.

A menudo pensaba en Josephina, preguntándose si una pareja de aspecto tan amable como la de Kitty la habría sacado del orfanato para darle una vida mejor.

Y con cada uno de esos pensamientos llegaba la culpa. La culpa por haber roto su promesa y la culpa de tener gente amable a su alrededor, una cama caliente y el estómago lleno, cuando quizás sus hermanas no tuvieran nada de eso.

Mientras Matilda pasaba los dedos por el pliegue gastado del papel con la dirección de Kitty, se le hizo un nudo en la garganta. Imaginó los rizos castaño rojizos de su hermanita, quizás ya lo bastante largos para hacerle trenzas.

«¿Me recordará siquiera?», se preguntó Matilda, y el pensamiento le atravesó el corazón como una aguja.

Pasaba horas sumida en sus pensamientos, ideando planes y estrategias para contactar con los Talbot, ensayando las conversaciones en su cabeza.

Pero nunca podía permitirse el lujo de entretenerse mucho tiempo; siempre había trabajo que hacer.

Y hoy no era diferente.

Hoy era el día libre de Molly, y Matilda haría las tareas sola por primera vez. Deseosa de hacer un buen trabajo, salió del despacho de la señora Bailey en cuanto recibió las instrucciones para poder empezar cuanto antes.

Llamó tímidamente a la puerta de Lady Constance y esperó respuesta.

—Adelante, por favor —llegó la voz desde dentro—. ¿Eres tú, Molly?

—No, milady, soy yo, Matilda. Hoy estoy sola, es el día libre de Molly.

—No te preocupes, Matilda. ¿Te molestaré si sigo leyendo aquí?

—No, por supuesto que no, milady. Empezaré por la chimenea.

Matilda se arrodilló junto a la chimenea, los brazos doloridos, y fregó los ladrillos manchados de hollín.

El movimiento rítmico del cepillo le trajo recuerdos de tiempos más felices. Se vio a sí misma sentada junto al fuego en la casa familiar, leyéndoles en voz alta a Josephina y Kitty.

Con un suspiro, volvió a sumergir el cepillo en el cubo de agua jabonosa. El olor penetrante de la lejía le picó en la nariz y la devolvió de golpe al presente.

«Me pregunto si Josephina se estará portando bien», pensó Matilda, atacando una mancha particularmente rebelde. «O si Kitty ya habrá aprendido las letras».

Hizo una pausa y se echó hacia atrás, apoyándose en los talones para examinar su trabajo. La culpa le pesaba en los hombros, tan presente como el hollín pegado a su delantal.

Lanzó una mirada furtiva hacia la dama y la observó pasar los dedos con pericia sobre los puntos en relieve de la página.

Matilda sentía que podría observar a Lady Constance durante horas, tan absorta estaba la dama en su lectura; las expresiones de su rostro narraban la historia tan bien como las palabras de la página. Conocía bien esa sensación, y la echaba de menos cada día.

Llenó el cubo de carbón y terminó con la chimenea.

Empezó con el dormitorio de Lady Constance: abrió la cama, vació el orinal y quitó el polvo de más estanterías, dejando que sus dedos se demoraran sobre los lomos de los libros.

Cada uno era una puerta a un mundo que antes habitaba libremente pero que ahora solo podía vislumbrar en momentos robados. Inspiró hondo; el aroma familiar del papel y la tinta le recordaba con amargura todo lo que había perdido.

—Vaya, qué fastidio.

Matilda regresó a la sala de estar y encontró a Lady Constance inclinada sobre el grueso libro en braille con expresión de desconcierto.

—¿Ocurre algo, milady?

—Sí, Matilda. Estoy segura de que faltan una o dos páginas de este libro; no parece tener continuidad.

—¿Quiere que le eche un vistazo, milady?

—Sería maravilloso. ¿Seguro que no estás muy ocupada?

—No, por supuesto que no, milady. Pero me temo que no sé leer braille. ¿Podría leerme en voz alta la última parte de la página?

Lady Constance deslizó los dedos sobre los puntos en relieve una vez más y leyó en voz alta:

—En cambio, me deleitaba con el color espectral de dibujos ideales que veía en la oscuridad, todo obra de mis propias manos, casas y árboles dibujados libremente con lápiz, cuadros, rocas y ruinas.

Lady Constance pasó la página y continuó:

—Y luego esta es la siguiente parte, que no parece correcta: «Me confirmé en esta idea por el hecho de que ella bajara las escaleras una o dos veces en tardes muy cálidas y soleadas».

—Milady, no creo que eso sea correcto. ¿El libro es *Jane Eyre*, por casualidad?

Lady Constance pareció sorprendida.—¿Conoces el libro, Matilda?

—Sí, milady, lo he leído varias veces. Veo que tiene una edición corriente aquí en su estantería.

Matilda tragó saliva, nerviosa.

—¿Le gustaría que le leyera las páginas que faltan, milady? —No estaba segura de si era apropiado ofrecerse, pero la oportunidad de sumergirse en una de sus historias favoritas fue más fuerte que ella.

—¿Lo harías, por favor? Tengo muchas ganas de terminar este libro y me ayudarías mucho. No quiero que te metas en problemas con la señora Bailey, ¿tienes tiempo?

Matilda se estiró hasta el tercer estante de la estantería y sacó el ejemplar gastado de *Jane Eyre*. Pasó el dedo por el lomo, pensando en cuánto tiempo hacía que no leía un libro y en lo mucho que lo había echado de menos.

—Creo que iba por el capítulo ocho, milady, así que faltan las páginas entre los capítulos ocho y nueve. No tardaré más de diez minutos en leérselas.

Durante los siguientes quince minutos, Matilda volvió a sentirse ella misma. Permaneció de pie junto a Lady Constance, con el sol entrando a raudales por el gran ventanal, y leyó uno de sus libros favoritos.

Se sintió como si la hubieran transportado a su casa, con mamá y papá sanos y salvos, y ella en el piso de arriba, leyendo en voz alta a Josefina y Kitty.

—Matilda, lees muy bien. ¿Dónde aprendiste?

Matilda sintió que le ardían las mejillas, muy consciente de que pocas criadas sabían leer.

—Mi papá me enseñó —explicó apresuradamente.

—Bueno, lees de maravilla, Matilda. Creo que ya nos hemos puesto al día. Muchas gracias, me has sido de gran ayuda. Espero no haberte metido en problemas con la señora Bailey.

—No, milady —dijo Matilda—. Y soy yo quien debería darle las gracias. Leer es un placer del que no he disfrutado desde hace bastante tiempo —murmuró, colocando con cuidado el volumen en su lugar en el estante.

Hizo una mueca y se mordió el labio, reprochándose haber revelado demasiado.

—Debo continuar con mis tareas, discúlpeme, milady.

Cruzó la habitación a toda prisa y abrió la puerta. Con las prisas, no se dio cuenta de que Francis aguardaba entre las sombras del pasillo, los ojos entrecerrados con suspicacia. Las inusuales habilidades de Matilda no habían pasado desapercibidas, y Francis estaba decidida a descubrir la verdad sobre la nueva incorporación al servicio.

La conversación con Lady Constance se borró rápidamente de su mente cuando oyó unos pasos que subían por la gran escalera.

Levantó la vista del cubo y vio al Señorito James, que subía las escaleras hacia ella. De repente sintió un vuelco en el pecho, como si todo su interior vibrase.

Él alzó la vista y la vio en el último momento; dio un rápido paso lateral para esquivar el cubo con los trapos de limpieza, que de algún modo había acabado en el suelo.

—Matilda, ¿necesitas ayuda? —Se sintió mortificada de que el señorito se ofreciera a ayudarla y se agachó rápidamente para agarrar el asa del cubo, justo cuando él hacía lo mismo.

Su mano fue a posarse sobre la de él, y por un momento, toda la vibración de su interior pareció concentrarse en las yemas de los dedos. Retiró la mano bruscamente y, cuando alzó la vista suplicando que su boca articulara una disculpa, se sorprendió al ver cómo el rubor se extendía desde el cuello de él hasta sus mejillas.

Él se recompuso enseguida y le dedicó una breve sonrisa, aunque sus ojos delataban una emoción diferente que Matilda no supo identificar.

—No ha pasado nada. —Antes de que él pudiera añadir nada más, ella ya iba a mitad de camino escaleras abajo.

James observó a Matilda alejarse con el ceño fruncido, la mano aún hormigueándole por el breve contacto. Sacudió la cabeza para aclararse las ideas, terminó de subir las escaleras y se dirigió a la salita de Lady Constance. Llamó suavemente a la puerta.

—Adelante —respondió Lady Constance.

James entró y encontró a Lady Constance con los dedos aún apoyados en las páginas de su libro.

—¿Leyendo otra vez? Qué sorpresa —dijo entre risas.

—James, deja de burlarte. Sí, sigo leyendo, gracias a Matilda.

James enarcó las cejas. —¿Matilda? ¿La criada? —Se alegró en secreto de que Constance no pudiera ver cómo el rubor volvía a subirle a las mejillas, igual que en las escaleras.

El rostro de Lady Constance se iluminó.

—¡Sí! Parece que sabe leer, y bastante bien además. Faltaban páginas de mi copia en braille de «Jane Eyre» y se ofreció a leerme la parte que faltaba. James, su lectura fue impecable y conocía el libro de memoria.

—¿De verdad? —dijo James, picada su curiosidad—. Eso es inusual en una criada.

Lady Constance asintió. —Cuando le pregunté dónde había aprendido, dijo que su padre le enseñó. Pero, James, la forma en que habló de la lectura, al llamarla un «placer del que no ha disfrutado desde hace bastante tiempo»... fue como si estuviera recordando un lujo perdido.

James paseó por la habitación, dándole vueltas al asunto. Había intuido que Matilda era diferente, pero no sabía en qué. Y ahora esta nueva información solo añadía más misterio.

—Quizá su padre fuera tutor o clérigo —reflexionó Lady Constance —. La verdad es que no habla de su familia.

—Es posible —asintió James—. Pero ¿por qué una chica tan instruida terminaría sirviendo?

—Bueno, sea cual sea su historia, debemos andar con cuidado —advirtió lady Constance—. No conviene provocar habladurías entre el personal.

—Por supuesto que no —convino James.

Lady Constance pareció satisfecha y se puso a parlotear sobre otros asuntos.

Pero James no escuchaba. Tenía la mente ocupada con la enigmática doncella. Sin duda, Matilda ocultaba más de lo que aparentaba, y aunque sabía que no debía, no podía evitar sentirse intrigado por el misterio que la envolvía.

CAPÍTULO 11



El día había sido inusualmente bochornoso para Londres, con el aire pesado e inmóvil. Al acercarse la tarde, un ominoso banco de nubes oscuras avanzó desde el oeste, trayendo consigo un viento feroz que hacía vibrar las ventanas de la casa de los Whitmore.

En la cocina, Matilda se secó el sudor de la frente mientras fregaba las baldosas. Las paredes parecían crujir y gemir en torno a ella.

—Se acerca una tormenta —murmuró la señora Hogg, lanzando una mirada nerviosa a las ventanas—. Matilda, cuando termines aquí, asegúrate de que todas las contraventanas estén bien cerradas, ¿quieres?

—Sí, por supuesto.

Apenas lo dijo, la lluvia comenzó a golpear las ventanas, y las gruesas gotas rebotaban contra los cristales.

—Qué estruendo tan infernal —gritó la señora Hogg, tapándose los oídos con las manos. Era evidente que las tormentas no le gustaban nada.

—Nunca pasa nada bueno en una tormenta, Matilda.

El señor Graves apareció en la puerta de la cocina.

—¡Superstición absurda! Vamos, Matilda, deja eso para más tarde y revisa las contraventanas. Pero no molestes a Lady

Constance, a esta hora suele echarse la siesta.

Lady Constance estaba sentada junto a su ventana abierta, con los dedos deslizándose rápidamente sobre los puntos en relieve de su libro en braille. Hizo una pausa, alzó el rostro hacia el viento e inspiró hondo.

—Petricor —murmuró con una sonrisa—. Cuánto echaba de menos ese aroma.

Dejó el pesado libro sobre el escritorio y se puso de pie para percibir mejor el aroma, mientras el viento le hacía bailar el cabello alrededor del rostro.

Mientras se apoyaba en el alféizar, comenzó a llover. No eran unas pocas gotas suaves de lluvia primaveral, sino grandes cortinas de agua que el viento empujaba de lado directamente hacia su habitación.

Alarmada, Lady Constance extendió la mano hacia la ventana. Sus dedos acababan de agarrar el marco cuando otra poderosa ráfaga lanzó la contraventana violentamente hacia atrás y la hizo perder el equilibrio. Se oyó un golpe sordo cuando su cabeza chocó contra el borde del escritorio, seguido de silencio.

Mientras Matilda recorría la casa, oía a los demás sirvientes correteando, y sus susurros resonaban por los pasillos. Todos parecían apresurarse hacia sus habitaciones, dispuestos a guarecerse de la tormenta.

Al pasar frente a la habitación de Lady Constance, un escalofrío le recorrió la espalda. El viento parecía aullar bajo la puerta; sentía la brisa en los tobillos.

Vaciló, recordando las estrictas instrucciones del señor Graves de no molestar a Lady Constance durante su siesta. Pero entonces volvió a oír aquel sonido: un golpeteo rítmico y débil.

—¿Mi señora? —llamó Matilda en voz baja, mientras tocaba con suavidad. No hubo respuesta.

Respiró hondo y giró el picaporte.

La escena que encontró Matilda la hizo jadear. La contraventana golpeaba contra la ventana abierta de par en par, y Lady Constance

yacía desplomada en el suelo, con el vestido empapado por la lluvia que azotaba el interior. Un fino hilo de sangre le corría desde la sien.

Matilda corrió hacia la ventana y forcejeó hasta cerrarla, luego se dejó caer junto a Lady Constance, con la mente acelerada.

Comprobó que respirara, recordando con pesar la última vez que había hecho aquello con su mamá, y luego la giró suavemente de costado.

—Tranquila, mi señora —murmuró Matilda, aunque sabía que Constance no podía oírla—. Yo cuidaré de usted.

Cogió rápidamente una manta de la cama y un cojín de la silla más cercana. Mientras la arropaba, no pudo evitar notar lo frágil que parecía la señora, tan distinta de su habitual compostura.

Con el corazón desbocado, Matilda salió corriendo por la puerta hacia el rellano, inquietantemente silencioso.

—¡Socorro! —gritó, y su voz resonó en los pasillos vacíos—. ¿Hay alguien?

Se detuvo en seco en lo alto de la escalera principal, justo cuando se abría la puerta de entrada. El Señorito James entró sacudiéndose la lluvia del sombrero.

Matilda se quedó paralizada, súbitamente consciente de su aspecto desaliñado y de lo impropio que resultaba dirigirse directamente al señorito. Pero la necesidad de Lady Constance pesaba más que el decoro.

—Señorito James —lo llamó con voz temblorosa—. Por favor, es Lady Constance. Ha habido un accidente.

James subió las escaleras de dos en dos hasta donde estaba Matilda. En la habitación de Lady Constance, se arrodilló junto a ella, con el rostro pálido de preocupación.

—¿Qué ha pasado? —exigió saber.

Matilda se lo explicó rápidamente y añadió:

—La he acomodado, pero necesita un médico.

James la miró con evidente sorpresa.

—Muchas gracias, Matilda. ¿Puedes ayudarme a llevarla a la cama?

Mientras trabajaban juntos, Matilda sintió un extraño aleteo en el pecho por la cercanía de James, una sensación que apartó

enseguida para concentrarse en lo que tenían entre manos.

Su tiempo a solas fue breve, pues de pronto la habitación de Lady Constance se convirtió en un hervidero de actividad. El señor Graves, la señora Bailey y Lord y Lady Whitmore irrumpieron con pregunta tras pregunta.

—¿Qué ha ocurrido? James, dinos de inmediato —exigió Lord Whitmore, tan preocupado como apremiante.

—Por lo visto, Matilda encontró a Constance en el suelo, junto a la ventana.

Matilda se removió incómoda al sentir varias miradas clavadas en ella. James percibió su incomodidad y se apresuró a continuar.

—Por lo visto, primero la atendió de forma ejemplar y luego avisó a alguien en cuanto pudo.

Matilda se pegó a la pared, deseando desaparecer. Antes de que pudieran decir nada más, llegó el médico, más sirvientes revolotearon por la habitación, y Matilda se vio relegada a un segundo plano.

La señora Bailey le lanzó una mirada extraña.

—Te necesitan abajo, Matilda. Eso es todo.

Cuando Matilda se volvió para marcharse, cruzó la mirada con James. Él le dedicó un leve gesto de asentimiento, un gesto de agradecimiento que le provocó una inesperada calidez.

CAPÍTULO 12



A Matilda le dolían los brazos mientras fregaba las mesas, con la mente puesta en los acontecimientos de la noche anterior. El recuerdo del accidente de Lady Constance seguía fresco, y se preguntaba si había hecho lo correcto.

Sabía perfectamente que el señor Graves le había dicho que no molestara a Lady Constance, y esperaba que no la reprendieran por haber seguido sus instintos.

Absorta en sus pensamientos, apenas notó que la señora Bailey se acercaba hasta que la sombra del ama de llaves cayó sobre la mesa.

—Matilda —dijo la señora Bailey con voz inusualmente sombría—. Lord y Lady Whitmore desean verte en el salón. Inmediatamente.

A Matilda se le subió el corazón a la garganta. Se enderezó de golpe y casi perdió el equilibrio.

—¿Yo, señora Bailey? Pero ¿por qué?

La señora Bailey apretó los labios.

—No me corresponde decirlo. Arréglate un poco y ven conmigo.

Mientras seguía a la señora Bailey fuera de la cocina, Matilda notó que los demás sirvientes susurraban y la miraban fijamente. Captó fragmentos de sus conversaciones en voz baja.

«...esa chica nueva...» «...Lady Constance...» «...ahora sí que la ha liado...»

Solo Molly le dedicó una sonrisa alentadora y articuló en silencio: «No te preocupes».

A Matilda empezaron a sudarle las manos. ¿Se habría extralimitado? ¿La despedirían por haber entrado en la habitación de Lady Constance sin permiso? Con cada paso hacia el salón, su ansiedad aumentaba.

Lord y Lady Whitmore la esperaban en el salón con expresiones indescifrables. Matilda hizo una profunda reverencia, con los ojos fijos en la alfombra ornamentada bajo sus pies.

—Matilda —comenzó Lord Whitmore, y su voz profunda hizo que ella levantara la vista—. Te hemos hecho venir para hablar de lo que ocurrió anoche.

A Matilda se le secó la boca.

—Mi señor, yo...

Lady Whitmore levantó una mano para hacerla callar.

—Tu rapidez de reflejos salvó a mi hija de una situación que podría haber sido muy grave. Te estamos profundamente agradecidos.

Matilda parpadeó sorprendida. No era la conversación que había esperado.

Lord Whitmore continuó:

—También hemos tenido ocasión de hablar largo y tendido con Lady Constance, ahora que se encuentra mucho mejor. Parece que habéis desarrollado una buena relación. Y nos cuenta que eres una ávida lectora.

Matilda volvió a bajar la mirada hacia la alfombra, avergonzada.

—Faltaban las páginas, mi señor, solo quise ayudar —murmuró, con las lágrimas a punto de brotar.

—Por favor, Matilda, no te hemos llamado para reprenderte —la interrumpió Lord Whitmore.

—En vista de tus acciones, y tras una petición personal de Lady Constance, nos gustaría ofrecerte un nuevo puesto en nuestra casa.

Matilda apenas podía creer lo que oía.

—¿Un nuevo puesto, mi señor? —preguntó, con un nudo en la garganta.

Lady Whitmore sonrió con calidez.

—Sí, Matilda. Nos gustaría que te convirtieras en la dama de compañía de Lady Constance.

Matilda se quedó atónita. ¿Dama de compañía? Había oído hablar de esos puestos, por supuesto, y recordaba bien cómo Mamá insistía en decirle a Papá que las señoras de bien debían tener dama de compañía.

Pero jamás imaginó que ella pudiera llegar a serlo.

—Tus obligaciones incluirían leerle a Lady Constance, ayudarla con la correspondencia, acompañarla en sus paseos y salidas y, en general, velar por su comodidad y bienestar —explicó Lord Whitmore —. Es un puesto de gran confianza y responsabilidad.

—Yo... es un honor, mi señor, mi señora —tartamudeó Matilda—. Pero mis obligaciones...

—Has demostrado ser cariñosa, compasiva y capaz —dijo Lady Whitmore.

—Esas cualidades son mucho más importantes que tu puesto actual. Por supuesto, tendrás mucho que aprender, pero creemos que estás a la altura. ¿Aceptas?

A Matilda se le hinchó el corazón de alegría. Era una oportunidad que jamás habría imaginado.

—Sí —dijo con voz más firme—. Sí, acepto. Gracias.

—Excelente, pues queda decidido —dijo Lady Whitmore.

—Por supuesto, te mudarás a unos aposentos nuevos, más cerca de las habitaciones de Lady Constance. Ya hemos empezado a hacer los preparativos, ahora que James ha vuelto al colegio.

Matilda sintió una punzada repentina en el pecho al oír mencionar a James. No se había dado cuenta de que se había marchado.

—¿El señorito James se ha marchado, mi señora?

Lady Whitmore asintió.

—Sí, esta misma mañana, aunque parecía reacio a irse sin saber antes cómo te encontrabas después del revuelo de anoche.

Lord Whitmore carraspeó.

—En efecto. James habló muy bien de lo que hiciste antes de marcharse. Parecía muy impresionado.

Matilda notó que se le encendían las mejillas y esperó que no se notara. Se esforzó por mantener la voz serena al responder:

—Es muy amable por parte del señorito James.

—Ahora, hablemos de tu nuevo horario. Empezarás con tus obligaciones junto a Lady Constance mañana, pero antes hay que tratar el asunto de tu educación...

Mientras los Whitmore seguían explicándole sus nuevas funciones, Matilda no podía dejar de pensar en James.

Él se había fijado en ella y había hablado bien de ella. Solo pensarlo le aceleraba el corazón, aunque intentaba apartar esos sentimientos. Estaba a punto de comenzar un nuevo capítulo en su vida, uno que requeriría toda su atención y entrega. No había lugar para fantasear con situaciones que jamás podrían darse.

Sin embargo, mientras salía del salón con la cabeza dándole vueltas por todos los cambios que se avecinaban, no pudo evitar sonreír al pensar en la aprobación de James.

Matilda sentía los pies pesados mientras subía las escaleras hacia su habitación, con la mente hecha un torbellino de emociones. Alegría por su inesperado ascenso, pero también ansiedad por los cambios que se avecinaban.

Al llegar a la puerta, se detuvo con la mano en el pomo de latón y respiró hondo para serenarse. Pero en cuanto entró, comprendió que su esperanza de disfrutar de un momento de tranquila reflexión había sido en vano.

Molly estaba sentada en la cama, dando brincos de emoción. Tenía el rostro redondo sonrojado y los ojos le brillaban de curiosidad. En cuanto vio a Matilda, se levantó de un salto y las palabras le salieron a borbotones.

—¡Matty! ¡Ay, Matty, por fin has vuelto! Llevo esperando una eternidad. Por favor, tienes que contármelo todo. Lord y Lady Whitmore... ¿qué querían? Toda la casa bulle de cotilleos. La señora Hogg jura en la cocina que te van a despedir, pero yo le dije que está chiflada. ¡Ay, cuéntamelo, Matty!

A pesar del peso de sus pensamientos, Matilda no pudo evitar soltar una risita ante el entusiasmo de Molly.

La emoción de su amiga era contagiosa y, por un momento, disipó la nube de preocupación que se había cernido sobre ella. Pero cuando pensó en cómo compartir sus noticias, la aprensión regresó y le dibujó líneas de inquietud en el rostro.

Matilda conocía muy bien el delicado equilibrio de la vida del servicio. Los ascensos eran raros, y ¿una criada convertida en dama de compañía? Inaudito. Temía las repercusiones que esto podría tener entre los demás sirvientes.

Molly notó el cambio en el semblante de Matilda. Su propia sonrisa vaciló y dio paso a una expresión de preocupación.

—¿Matilda? ¿Qué ocurre? No te habrán... no te habrán despedido, ¿verdad?

Matilda negó con la cabeza mientras se retorcía las manos.

—No, no, nada de eso. Es solo que... ay, Molly, apenas sé cómo decirlo.

—Me estás asustando, Matty. ¡Por favor, dime qué ha pasado!

Matilda respiró hondo y comenzó a explicar. Mientras hablaba, observaba el rostro de Molly con atención, buscando cualquier señal de celos o resentimiento. Pero no tenía por qué haberse preocupado. La expresión de Molly pasó de la preocupación al deleite, y sus ojos se fueron abriendo más y más con cada palabra.

Cuando Matilda terminó, Molly soltó un chillido de alegría y se lanzó a abrazarla.

—¡Ay, Matty! ¡Dama de compañía! ¡De la mismísima Lady Constance! ¡Qué maravilla! Estoy tan contenta por ti. ¡Esto podría ser el comienzo de una vida completamente nueva!

Matilda le devolvió el abrazo mientras una ola de alivio la recorría. La genuina felicidad de Molly por su éxito calmó sus preocupaciones. Por un momento, se permitió disfrutar del cálido apoyo de su amiga.

Molly le agarró las manos, con el rostro iluminado de emoción.

—Tienes que contármelo todo. ¿Cuáles serán tus obligaciones? ¿Tendrás ropa nueva? ¡Ay! ¿Te mudarás a otras habitaciones?

Antes de que Matilda pudiera responder, la voz de la señora Bailey resonó desde el pasillo.

—¡Matilda! Es hora de trasladar tus cosas a tu nueva habitación. Molly, hazte útil y échale una mano.

Las dos chicas intercambiaron una mirada; los ojos de Molly bailaban con risa contenida.

—Bueno, ¡supongo que eso responde a esa pregunta! —susurró, y ambas se deshicieron en risitas.

Recogieron rápidamente las escasas pertenencias de Matilda, charlando en voz baja y emocionada mientras trabajaban. Al bajar un tramo de escaleras hasta el piso intermedio de la casa, Matilda sintió una curiosa mezcla de anticipación y aprensión.

Su nueva habitación estaba en el mismo piso que la de Lady Constance, pero en la parte trasera de la casa: un claro ascenso respecto a las habitaciones del servicio, aunque todavía separada de los aposentos de la familia.

Molly llegó primero a la puerta y giró el pomo con un floreo. Cuando se abrió, soltó un silbido bajo de admiración.

—Dios mío, Matilda. Esta habitación es digna de una auténtica dama.

Al entrar, Matilda comprendió la reacción de Molly. Aunque no era tan opulenta como las estancias de la familia, la habitación distaba mucho del cuarto estrecho y austero que había compartido con Molly.

Una cama individual con sábanas azules impecables y un edredón rosa pálido se alzaba contra una pared, infinitamente más acogedora que el estrecho catre al que estaba acostumbrada. A su derecha, un escritorio provisto de pergamino, pluma y tinta la esperaba: un recordatorio inequívoco de los estudios que le aguardaban. Una pequeña chimenea con marco de mármol prometía calidez y comodidad en las noches frías.

En el centro de la habitación, una mesa cubierta con un paño azul y rodeada de tres sillas aguardaba lista para el té o el estudio. Un gran lavabo con su palangana, coronado por un espejo, ocupaba el espacio a la izquierda de la cama. Las paredes lucían un pequeño paisaje enmarcado y lámparas de gas a los lados, mientras que velas dispersas prometían un resplandor acogedor por las noches.

Una alfombra azul gastada pero aún mullida cubría gran parte del suelo, añadiendo un toque de comodidad a la estancia. Era más lujosa que cualquier lugar donde Matilda hubiera estado desde que dejó el hogar familiar, hacía ya toda una vida.

—Aquí tienes —dijo Molly mientras colocaba con cuidado las pertenencias de Matilda sobre la pequeña mesa.

Su voz tenía un deje de felicidad y melancolía.

—Será mejor que me vaya antes de que la señora Bailey me arranque las tripas.

Se volvió hacia Matilda y la envolvió en otro cálido abrazo.

—Siempre estaré aquí si me necesitas, Matty. Pase lo que pase, siempre serás mi amiga. ¡Mucha suerte en tu nuevo puesto!

Mientras los pasos de Molly se desvanecían por el pasillo, Matilda se encontró sola en medio de su nueva habitación. El silencio parecía oprimirla, y de repente, el espacio le resultaba demasiado grande, demasiado grandioso. Sus pensamientos, como solía ocurrir en los momentos de quietud, se volvieron hacia sus hermanas.

¿Dónde estarían ahora? ¿En qué clase de habitaciones dormirían? ¿Estarían a salvo, abrigadas, bien alimentadas? El peso de su promesa de reunirlas cayó sobre sus hombros, más gravoso aún por sus circunstancias mejoradas. ¿Cómo podía disfrutar de esta comodidad sabiendo que ellas podrían estar sufriendo?

Un golpe seco en la puerta la arrancó de sus pensamientos.

—Vaya, Molly, ¿has olvidado algo? —llamó mientras se volvía hacia la puerta con una leve sonrisa.

Pero la sonrisa murió en sus labios cuando vio a Francis entrar en la habitación y cerrar la puerta en silencio tras de sí. El rostro de la criada mayor era una máscara de furia y resentimiento apenas contenidos.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Francis arrastrando las palabras, con los ojos entornados mientras recorría la habitación con la mirada—. Pero si es la señorita Matty, que ha subido tanto de posición. Debes de creerte toda una dama ahora, ¿verdad?

Matilda notó que se ruborizaba, pero se mantuvo firme.

—Francis, yo...

Pero Francis la interrumpió con una risa áspera.

—Ahórrate las excusas. Conozco a las de tu calaña, Matilda. Puede que hayas engañado a la familia, pero te lo advierto: a las de tu tipo siempre se las acaba descubriendo. No sé cómo lograste este pequeño engaño, pero sé que ocultas algo. Y te digo una cosa —siseó, acercándose más—: no descansaré hasta descubrir tu secreto. No perteneces aquí, y pronto todos lo sabrán.

Antes de que Matilda pudiera responder, Francis giró sobre sus talones y salió furiosa, cerrando de un portazo. El sonido resonó en la habitación y pareció reverberar hasta en los huesos de Matilda.

Se dejó caer en el borde de su nueva cama, con las piernas de pronto incapaces de sostenerla. Las palabras de Francis habían dado voz a los mismísimos temores que la habían estado royendo desde que se anunció su ascenso. Toda su nueva vida, esta oportunidad de mejorar y poder ayudar algún día a sus hermanas, estaba construida sobre cimientos de secretos y medias verdades.

La mirada de Matilda se desvió hacia la ventana, donde el crepúsculo se fundía con la noche. Qué rápido había cambiado todo. Esa misma mañana había sido una simple criada, invisible para casi todos en la casa. Ahora se encontraba al borde de una nueva vida, llena de oportunidades.

El miedo a que la descubrieran, a perder todo lo que había conseguido, se le instaló en el pecho y le costaba respirar. Deseaba ilusionarse con su futuro, pero las amenazas de Francis seguían ahí, ensombreciendo su alegría.

Ahora tendría que esforzarse más que nunca, aprender todo lo que pudiera y demostrar que era digna de aquella oportunidad. Algún día encontraría la manera de reunirse con sus hermanas sin poner en peligro su posición. Era una tarea abrumadora, pero mientras apagaba la vela y se acomodaba en su nueva cama, Matilda sintió cómo la invadía la determinación. Afrontaría cualquier desafío que se presentara. Tenía que hacerlo: por sus hermanas y por sí misma.

CAPÍTULO 13



Los primeros rayos del amanecer se filtraban a través de las cortinas de Matty, bañando su habitación en un cálido resplandor. Se agitó en la cama, momentáneamente desconcertada por la suavidad del colchón y el silencio que la rodeaba. Incluso después de tres semanas, aún le sorprendía el lujo de sus nuevos aposentos.

Matty se levantó y fue hasta el lavabo. El agua fría le ayudó a espantar los últimos vestigios de sueño mientras se mojaba la cara y el cuello. Después centró su atención en el atuendo del día, ya preparado la noche anterior: un vestido de algodón verde oscuro, de tela fina y suave al tacto.

Mientras se vestía, Matty se maravillaba ante la variedad de opciones que ahora tenía a su alcance. Ya no estaba limitada a los uniformes apagados y funcionales de criada; ahora disponía de un pequeño pero variado guardarropa acorde a su nueva posición. Abotonó meticulosamente las mangas y cerró cada botón hasta el cuello, y luego colocó con cuidado un cuello blanco almidonado y rígido por encima.

De pie frente al espejo, Matty apenas reconocía a la joven que le devolvía la mirada. Su cabello, antes recogido a toda prisa para el trabajo de cocina, ahora lucía un moño elegante de factura impecable. El verde del vestido realzaba su tez, confiriéndole un aire

sofisticado que nunca antes había tenido. Era asombroso, pensó, lo diferente que podía hacerla sentir la ropa, no solo en apariencia, sino también en espíritu.

Lista para comenzar el día, Matty bajó en silencio por la escalera de servicio hacia la cocina. Aunque la señora Bailey había insistido en que no hacía falta que fuera ella a recoger la bandeja del desayuno de Lady Constance, Matty apreciaba estas visitas matutinas a su antiguo territorio. Era una oportunidad para mantener los pies en la tierra, para recordar de dónde venía mientras se adaptaba a su nuevo papel.

La cocina ya era un hervidero de actividad, con el aire cargado del aroma del pan recién horneado y del té fuerte. La señora Hogg le dedicó a Matty una cálida sonrisa cuando entró.

—Buenos días, señorita Matilda. La bandeja de Lady Constance está casi lista.

Mientras Matty esperaba, divisó a Molly junto al fregadero, con los brazos hundidos hasta los codos en agua jabonosa. Sus miradas se cruzaron y el rostro de Molly se iluminó con una sonrisa.

—¡Matty! ¿Qué tal te va arriba? —exclamó.

Antes de que Matty pudiera responder, una sombra cayó sobre la entrada. Francis estaba allí, con los ojos entrecerrados clavados en Matty. El peso familiar de la ansiedad se instaló en el pecho de Matty; las amenazas de Francis aún resonaban en su mente. Pero la criada mayor no dijo nada, se limitó a observar con una hostilidad apenas velada mientras la señora Hogg le entregaba a Matty la bandeja del desayuno.

Con la bandeja cargada en equilibrio, Matty emprendió el precario viaje de regreso escaleras arriba. Las largas faldas de su vestido convertían el paso por las estrechas escaleras de servicio en todo un desafío, pero lo superó con la gracia que da la práctica. Al llegar al piso de la familia, respiró hondo y cambió conscientemente su actitud: dejó atrás a la sirvienta para adoptar el porte de una dama de compañía.

Se acercó a la puerta de Lady Constance y se detuvo un instante antes de llamar con suavidad.

—Adelante —llegó la respuesta desde dentro.

Matty entró y cruzó hasta la pequeña mesa junto a la ventana. Dejó la bandeja con cuidado, sin apenas hacer tintinear la delicada porcelana, y se dirigió al dormitorio contiguo.

Lady Constance ya estaba despierta, recostada contra una montaña de almohadas. Sus ojos ciegos se volvieron hacia el sonido de los pasos de Matty, y una cálida sonrisa iluminó sus rasgos.

—Buenos días, Matilda —saludó con su voz melodiosa de siempre.

—Buenos días, milady —respondió Matty, y su sonrisa se notaba en la voz—. Espero que haya dormido bien. ¿Comenzamos el día?

Mientras ayudaba a Lady Constance a prepararse para la mañana, Matty sintió una oleada de gratitud. A pesar de los desafíos y los secretos que guardaba, no podía evitar sentirse agradecida por sus nuevas obligaciones y por la creciente amistad con Lady Constance.

—Pensé que podríamos dar un paseo por los jardines después de revisar la correspondencia, milady.

—Sí, eso sería encantador, Matilda, aunque me gustaría mucho más que a partir de ahora me llamaras Constance.

—Sí, por supuesto, milady.

Ambas guardaron silencio un momento y luego estallaron en carcajadas.

—Estoy segura de que me acostumbraré con el tiempo... Constance.

El sol se filtraba a través de las altas ventanas de la sala de estar de Lady Constance mientras Matilda se acomodaba ante el escritorio, con una pila de correspondencia delante. La tarea del día consistía en gestionar el calendario social y los compromisos benéficos de Lady Constance, una responsabilidad cuya importancia aún la abrumaba.

Con la pluma en mano y guiada por la voz de Lady Constance, Matilda redactaba con esmero las respuestas a un sinfín de invitaciones.

Había fiestas en fincas vecinas que valorar y multitud de causas benéficas que buscaban el patrocinio de Lady Constance. Cada carta exigía sopesar con cuidado el tono y la etiqueta, una habilidad que Matilda perfeccionaba rápidamente bajo la tutela de Constance.

—Por favor —dijo Lady Constance, con el rostro vuelto hacia la ventana—, no olvides enviar nuestras disculpas para la fiesta en el jardín de Lady Ashworth. La fecha coincide con la vuelta de James a casa, y sé que le horrorizará si le obligo a acompañarme.

Matilda asintió, pero enseguida cayó en la cuenta y respondió en voz alta:

—Sí, Constance. Me aseguraré de mencionar lo mucho que lamentáis perderos el evento.

A medida que avanzaba la mañana, Matilda se maravillaba de lo bien que trabajaban juntas ella y Lady Constance. Las horas parecían volar, salpicadas de suaves correcciones sobre caligrafía o conversaciones sobre los méritos de diversas causas benéficas. Aquello apenas parecía trabajo; era más bien una instrucción muy necesaria en refinamiento y propósito.

Más de una vez, Matilda se descubrió pensando en lo diferente que era todo aquello de su vida anterior. Las complejidades de la etiqueta social que Lady Constance le explicaba con paciencia eran un mundo aparte del orfanato. Aunque su madre le había inculcado cierto sentido del decoro, la alta sociedad era territorio completamente nuevo. Cada día traía nuevos conocimientos que acortaban la distancia entre la vida que había conocido y la que ahora habitaba.

Mientras sellaba otro sobre con la satisfacción de presionar el sello de cera, Matilda sintió una oleada de gratitud. No solo por la posición que ahora ocupaba, sino por la amabilidad y paciencia que Lady Constance le demostraba. En aquellos momentos tranquilos de trabajo compartido y enseñanza delicada, Matilda sentía que estaba recibiendo una educación sobre la vida misma.

Una vez despachada la correspondencia, Matilda y Lady Constance salieron a pasear por el jardín. Matilda se encargó de

abrigar bien a Constance con varias capas, pues notó que aún parecía algo frágil tras el calvario del día de la tormenta. No quería correr ningún riesgo con su salud.

Del brazo, descendieron los escalones de piedra hacia el sendero central del jardín, con la grava crujiendo bajo sus pies. Macizos de flores rebosantes flanqueaban ambos lados, resplandecientes de color, y el sendero desembocaba en un exuberante césped verde. Al fondo se alzaba un pabellón ornamentado cuya delicada forja de hierro le recordó a Matilda un carrusel que había visto una vez en una feria de Hyde Park, durante un paseo con su padre.

—Sabes, Matilda —comenzó Lady Constance con voz teñida de nostalgia—, antes había un pequeño laberinto de setos justo detrás del pabellón. James y yo pasábamos horas allí. Yo siempre llegaba al centro antes que él, lo cual le molestaba muchísimo.

Sonrió con melancolía, pero Matilda pudo ver que era más bien una sonrisa triste, por todo lo perdido.

—Yo... yo... disculpe, milady, ¿cómo...? —tartamudeó Matilda, con la curiosidad venciendo su reserva habitual.

—¿Cómo le gané? —terminó Lady Constance por ella—. No siempre he sido ciega, Matilda.

Matilda se quedó atónita. Lady Constance nunca había mencionado el tema de su vista, y Matilda siempre había sido demasiado tímida para preguntar.

—Sí, a James y a mí nos encantaba jugar aquí fuera —continuó Lady Constance, perdida en el recuerdo—. Recuerdo un día de verano cuando yo tenía apenas cuatro años. James, que entonces tendría unos seis, y yo estábamos jugando aquí. Fingíamos ser exploradores en una jungla. Los rosales eran nuestros densos bosques, y la fuente, una cascada mágica.

Su voz se animó mientras relataba la historia.

—James tropezó y cayó en un charco de barro, y yo lo ayudé a levantarse. Los dos acabamos cubiertos de barro cuando volvimos a la casa. Su madre, claro, estaba furiosa, pero mi padre no paraba de reír.

Sus ojos parecieron iluminarse.

—Los colores de las flores eran tan vibrantes aquel día: las rosas rojas, la lavanda púrpura, los narcisos amarillos. A veces creo que aún puedo verlos cuando cierro los ojos.

Matilda se quedó sin palabras.

En primer lugar, nunca había oído hablar de la madre de James, ni de que hubiera estado en la casa. Había supuesto que él era como ella, un huérfano al que el señor Graves había recogido.

En segundo lugar, le resultaba impactante pensar en Lady Constance como una niña de cuatro años alegre y juguetona, correteando por el jardín, capaz de ver con nitidez toda la belleza a su alrededor. Había supuesto que la dama había perdido la vista de bebé y no tenía ni idea de que hubiera tenido toda una vida antes de que eso ocurriera.

—Por supuesto, esa fue una de las últimas veces que recuerdo haber estado aquí fuera —dijo Lady Constance en voz baja—. Enfermé poco después.

—Lo siento mucho, Lady Constance —murmuró Matilda, con el corazón encogido por la niña que la dama había sido—. No tenía ni idea.

—Está bien, Matilda —la tranquilizó Lady Constance, dándole palmaditas en el brazo—. Ya nadie habla de ello. No diré más; en realidad, no me corresponde contarlo.

Matilda pensó que era muy extraño decir algo así dadas las circunstancias, pero decidió no insistir por respeto a su privacidad.

—Entremos —sugirió Matilda, aligerando el tono—. Las nubes están tapando ese sol tan hermoso, y no quiero que coja frío.

Mientras se dirigían hacia la casa, Matilda no pudo evitar darle vueltas a la conversación. Se preguntaba qué más habría que saber sobre James y su madre, y por qué no le correspondía a Lady Constance contar lo de su enfermedad.

Una vez que Lady Constance estuvo acomodada, Matilda bajó a la cocina con la intención de cenar en el comedor de los sirvientes y ponerse al día con Molly.

La señora Bailey la detuvo en las escaleras y le tendió un grueso sobre blanco.

—Una carta para ti, Matilda —dijo, enarcando una ceja.

Matilda se quedó desconcertada. ¿Quién demonios le escribiría? El corazón le dio un vuelco. ¿Sería que Josephina la había estado buscando? ¿O el orfanato tenía alguna información?

Olvidándose por completo de su estómago hambriento, metió el sobre en el bolsillo y subió corriendo a su habitación.

Cerró la puerta y cruzó la estancia con urgencia, el corazón latiéndole con fuerza.

Con las palmas sudorosas, abrió el sobre con cuidado y alisó el papel de buena calidad. Una elegante caligrafía se extendía por la página:

«Estimada Srta. Bennett:

Espero que esta carta la encuentre bien y adaptándose a su nuevo puesto. No tengo palabras para expresar mi gratitud por su rápida reacción la noche de la tormenta. Sus acciones aquella noche demostraron que posee una fortaleza de carácter y una bondad de corazón verdaderamente excepcionales.

Me alegró mucho saber de su ascenso a dama de compañía de Lady Constance. No se me ocurre nadie más indicada para el puesto. Su inteligencia y compasión serán, estoy seguro, un gran consuelo para ella.

La vida en el colegio sigue como siempre, aunque mis pensamientos vuelven a menudo a Whitmore House. Espero con ilusión regresar en vacaciones y enterarme de todo lo que ha sucedido en mi ausencia. ¿Quizá podría deleitarme con relatos de sus aventuras con Constance?

Por último, sepa que su presencia en la vida de ella ha traído una luz que faltaba desde hacía mucho. Su influencia se siente y se aprecia más de lo que imagina.

Atentamente, James Whitmore».

Matilda releyó la carta dos veces más, con las mejillas encendidas y el corazón acelerado. Las palabras de James eran amables, cordiales y del todo apropiadas; y, sin embargo, no podía evitar sentir que una calidez la invadía ante su evidente estima.

Dobló la carta con cuidado, debatiéndose entre emociones encontradas. Alegría por las amables palabras de James y su aparente consideración hacia ella. Orgullo de que él pensara tan bien

de sus capacidades. Pero también miedo: miedo de albergar esperanzas en algo que nunca podría ser, miedo de confundir la cortesía con algo más.

Y por debajo de todo, un sentimiento de culpa que la carcomía. ¿Cómo podía estar allí sentada, en aquella hermosa habitación, leyendo una carta del joven señor de la casa, cuando sus hermanas seguían en algún lugar, quizá sufriendo? El peso de su promesa de reunir a la familia la oprimía.

Matilda guardó la carta en el cajón, decidida a centrarse en sus obligaciones y a no dejarse distraer por sueños imposibles. La carta, y los sentimientos que despertaba, serían su secreto: uno más que añadir a la creciente colección que guardaba en lo más hondo de su corazón.

CAPÍTULO 14



A medida que las semanas fueron dando paso a los meses, Matilda y lady Constance establecieron un ritmo cómodo, y sus días se convirtieron en un torbellino de actividades variadas. Por las mañanas se dedicaban a la correspondencia, respondiendo a invitaciones y consultas.

Por las tardes podían estar en pruebas de vestidos o comprando telas. Los días despejados se aventuraban en los jardines, donde las vívidas descripciones de Matilda pintaban cuadros para Constance de flores en flor e insectos zumbadores. Las noches solían dedicarlas a la lectura, y la voz de Matilda daba vida a las historias en los acogedores confines de la salita de Constance.

Lo que había comenzado como un arreglo formal entre una dama y su acompañante había florecido en una amistad genuina; sus edades similares salvaban la distancia que el estatus social podría haber impuesto de no ser así.

Aquella mañana en particular, Matilda estaba frente a su espejo, recogiéndose el cabello con destreza en un moño pulcro. Mientras tarareaba una melodía medio olvidada de su infancia, se fijó en su reflejo y se detuvo.

La chica que le devolvía la mirada era muy diferente de la muchacha desesperada que había entrado por primera vez en la casa Whitmore. Sus mejillas estaban más llenas, sus ojos más

brillantes, toda su perspectiva transformada por meses de buena comida y trato amable. Sin embargo, esta constatación trajo consigo una punzada de culpa. ¿Estarían sus hermanas igual de bien? El nudo de siempre se le formó en la garganta, amenazando con ahogarla de preocupación y remordimiento.

Tragó con dificultad, obligándose a concentrarse en lo positivo. Cada día en aquel puesto la acercaba más a su objetivo de reunir a su familia. Su mejorada situación significaba también mejores oportunidades para sus hermanas, si tan solo pudiera encontrarlas.

Estos pensamientos agridulces acompañaron a Matilda mientras se dirigía a las habitaciones de lady Constance, dispuesta a comenzar otro día de compañía y deber. Al cruzar el umbral, la voz de lady Constance resonó con una urgencia inesperada.

—Matty, ¿eres tú? Por favor, ¡ven aquí enseguida!

A Matilda se le subió el corazón a la garganta. ¿Había sucedido algo? ¿Estaba lady Constance indispuesta? Se apresuró hacia el dormitorio, solo para encontrar a su amiga sentada en la cama, con los ojos brillantes de emoción y una amplia sonrisa que se extendía por su rostro.

—Vaya —dijo Matilda, con evidente alivio en la voz—, ¿qué te tiene en semejante estado esta mañana, Constance?

Lady Constance juntó las manos, apenas capaz de contener su entusiasmo.

—Matilda, ¿recuerdas al Dr. Armitage? ¿El caballero que me enseñó braille?

Matilda asintió y luego recordó que debía responder en voz alta.

—Sí, por supuesto. El doctor de voz amable y cejas pobladas.

—¡Ese mismo! —exclamó Constance—. Pues bien, se ha embarcado en una empresa de lo más extraordinaria. Está fundando una nueva organización, la Asociación Británica y Extranjera para Ciegos, y me ha invitado a formar parte de la junta directiva. ¿Te lo puedes imaginar? Yo, ayudando a guiar una organización benéfica que podría cambiar la vida de tantos que comparten mi condición. Oh, Matty, ¡piensa en todo el bien que podríamos hacer!

Matilda sintió una oleada de calidez ante la emoción de su amiga. Cruzó la habitación, tomó la mano de lady Constance entre las suyas

y se la apretó con suavidad.

—Oh, Constance, ¡qué noticia tan maravillosa! Me alegro muchísimo por ti. Este trabajo será muy gratificante; ya veo lo feliz que te hace.

La sonrisa de lady Constance se suavizó y adquirió un aire casi soñador.

—Pero, oh, Matilda, hay tanto que considerar. Tendré que reorganizar mi agenda por completo. Habrá reuniones a las que asistir, documentos que revisar, en braille, por supuesto. Y naturalmente —añadió con una risa ligera—, necesitaré algunos vestidos nuevos. ¡Una debe estar a la altura como miembro de la junta directiva de una organización benéfica, al fin y al cabo!

Matilda no pudo evitar reírse también.

—Un nuevo cargo y un nuevo guardarropa de propina.

Ahora —dijo, adoptando un tono de fingida severidad—, ya que estás despierta y vestida, iré a buscar tu bandeja del desayuno. Intenta no explotar de emoción mientras tanto, ¿de acuerdo? Odiaría tener que explicarle el estropicio a la señora Bailey.

Sin embargo, mientras Matilda se dirigía a la cocina, su propia sonrisa se desvaneció. El nuevo papel de lady Constance sin duda ocuparía gran parte de su tiempo. ¿Y qué sería de Matilda? ¿Seguirían los Whitmore necesitando una acompañante a tiempo completo para su hija?

¿O se vería Matilda de nuevo con un uniforme de criada, fregando suelos y vaciando orinales?

El peso de la incertidumbre la oprimía mientras recogía la bandeja del desayuno. Para cuando regresó a la habitación de lady Constance, Matilda había compuesto una máscara de calma en el rostro, agradecida de que su amiga no pudiera ver la preocupación reflejada en él.

Tras dejar la bandeja, Matilda se esforzó por sonar alegre.

—Bueno, será mejor que nos pongamos con la correspondencia mientras aún tienes tiempo. Dime, ¿qué opinan lord y lady Whitmore de tu nuevo cargo?

El rostro de lady Constance se iluminó una vez más.

—Oh, están encantados, por supuesto. A decir verdad, creo que llevan mucho tiempo preocupados por mi lugar en el mundo, dada mi... condición. Pero ahora, con esta oportunidad, tendré un propósito real. ¿No crees que eso es importante, Matty? ¿Tener un propósito?

—Sin duda —coincidió Matilda, dejando a un lado sus propias preocupaciones—. Me alegro de verdad por ti, Constance. Y me complace que tus padres aprueben el nombramiento.

—¡Oh! —exclamó lady Constance de repente, llevándose la mano a la boca—. Matilda, lo siento mucho; con toda esta emoción, se me olvidó por completo. Mi padre ha pedido verte en su estudio. Mencionó que quería hablar contigo de algo.

Matilda sintió que el corazón se le hundía. Así que había llegado el momento. Lord Whitmore le comunicaría que sus servicios ya no eran necesarios, al menos no en su puesto actual. Mientras se excusaba y se dirigía al estudio, Matilda no pudo evitar reflexionar sobre la naturaleza del destino. Qué rápido podía cambiar la suerte, para bien o para mal.

De pie ante la imponente puerta de roble del estudio de lord Whitmore, Matilda respiró hondo, preparándose para lo que vendría. Levantó la mano y llamó; el sonido pareció resonar en el pasillo silencioso.

—Adelante, por favor —llegó la voz severa de lord Whitmore desde el interior.

Con una última oración silenciosa, Matilda giró el pomo y entró en el estudio, dispuesta a afrontar lo que el futuro pudiera depararle.

El corazón le latía tan fuerte que estaba segura de que podía oírse su eco en las paredes revestidas de roble. Nunca antes había entrado en el estudio, y a pesar de su inquietud, no pudo evitar contemplar la estancia con asombro.

La estancia era un testimonio de riqueza y erudición. Un enorme escritorio de caoba dominaba el espacio, con su superficie reluciente bajo la suave luz que se filtraba por las altas ventanas.

Detrás de él estaba sentado lord Whitmore, su imponente figura enmarcada por estanterías altísimas que revestían las paredes a ambos lados. Los volúmenes encuadernados en cuero, con sus

lomos grabados en pan de oro, parecían llamar a Matilda y le prometían mundos de conocimiento justo fuera de su alcance.

En un rincón había un lujoso sillón de cuero, con una lámpara de lectura de latón que se arqueaba sobre él. A través de la ventana contigua, Matilda vislumbró los cuidados jardines de abajo, una vista que imaginó que lord Whitmore contemplaba a menudo en sus momentos de reflexión.

El aire estaba cargado del aroma a cuero engrasado y del tenue y persistente olor a humo de cigarro, lo cual sorprendió a Matilda, que jamás habría imaginado que el austero lord Whitmore se entregara a semejante hábito.

—Ah, Matilda, ahí estás —la voz de lord Whitmore atravesó su ensoñación, afilada como un cuchillo.

Matilda se estremeció, de pronto muy consciente de su precaria posición. —¿Quería verme, lord Whitmore? —logró decir con un hilo de voz.

La penetrante mirada de lord Whitmore parecía atravesarla. —En efecto. Supongo que estarás al tanto del nuevo puesto de Constance en la organización benéfica del Dr. Armitage.

Matilda asintió, sin fiarse de su propia voz.

—Es una excelente oportunidad para ella, por supuesto —continuó lord Whitmore con tono indescifrable—. Pero nos plantea una... situación.

A Matilda se le secó la boca; sus peores temores parecían materializarse ante ella. Casi podía sentir los adoquines de las calles de Londres bajo sus pies, oler el humo acre de las chimeneas del asilo. Las manos empezaron a temblarle.

Lord Whitmore se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en el pulido escritorio. —Constance dispondrá de mucho menos tiempo para hacerte compañía. Se acabaron los paseos tranquilos por el jardín y las tardes dedicadas a la lectura.

A Matilda se le nubló la vista, con las lágrimas a punto de desbordarse. Era el fin: estaba a punto de ser expulsada, devuelta a la vida de la que tanto había luchado por escapar. Desesperada, soltó: —Por favor, milord, puedo volver a mis deberes como criada. No he olvidado cómo...

Para su sorpresa, los ojos de lord Whitmore brillaron divertidos y dejó escapar una risita.

—Eso no será necesario, Matilda. De hecho, lady Whitmore y yo tenemos una propuesta muy distinta para ti.

El miedo dio paso a la confusión mientras Matilda trataba de asimilar sus palabras. —¿Milord?

—Nos han impresionado mucho tus capacidades, Matilda. Tu inteligencia, tu diligencia, tu adaptabilidad. Son cualidades que no se encuentran fácilmente y que no deben desperdiciarse.

Matilda contuvo la respiración.

—Proponemos contratar a un tutor para ti —continuó lord Whitmore, con creciente entusiasmo en la voz—. Para formarte como institutriz. Es una profesión respetable que aseguraría tu futuro mucho después de que Constance ya no necesite una dama de compañía.

La habitación pareció girar alrededor de Matilda. ¿Una institutriz? ¿Ella? Superaba con creces sus sueños más descabellados.

Lord Whitmore carraspeó, malinterpretando su silencio. —Por supuesto, necesitarás tiempo para considerar la oferta...

—¡No! —exclamó Matilda, y de inmediato se sonrojó por su arrebato. Con más calma, añadió—: Quiero decir, no es necesario, milord. Acepto su generosa oferta con la más profunda gratitud.

Una sonrisa poco habitual asomó al rostro de lord Whitmore. —Excelente —dijo, levantándose de la silla—. Haré los preparativos de inmediato. Tus lecciones tendrán lugar mientras Constance esté ocupada con su labor benéfica.

Cuando Matilda salió del estudio, con la cabeza dándole vueltas ante las posibilidades que ahora se abrían ante ella, se sintió como si caminara sobre las nubes. El futuro, que apenas unos momentos antes había parecido tan sombrío, ahora estaba lleno de promesas. Pero una pequeña parte de ella no pudo evitar preguntarse qué nuevos desafíos traería este último giro del destino.

CAPÍTULO 15



Las últimas semanas habían sido un torbellino de actividad tanto para Matilda como para lady Constance. Se habían dedicado a todo tipo de preparativos para el nuevo papel de Constance: rechazar otros compromisos, reorganizar su calendario y, por supuesto, asistir a las numerosas pruebas del nuevo guardarropa que ahora necesitaba. Para deleite de Matilda, los Whitmore también habían acordado que ella necesitaba algunos vestidos nuevos, más apropiados para una dama que se estaba formando como institutriz.

Aunque las últimas semanas habían sido agradables, Matilda sabía que las cosas estaban a punto de cambiar. Vería menos a lady Constance y tendría que ocuparse de deberes adicionales y de sus propios estudios. Hoy, todo este cambio quedaba subrayado por el regreso del señorito James de la escuela para una visita de una semana.

Matilda sentía cierta inquietud ante la idea de volver a verlo. Había decidido no responder a su carta, insegura del tono y de si la estaba malinterpretando.

Ahora le preocupaba haber reaccionado de forma exagerada y que James simplemente hubiera sido amable y se hubiera interesado por su bienestar. La perspectiva de aquel encuentro inevitable la llenaba de una mezcla de anticipación y ansiedad.

Matilda no podía evitar preguntarse cómo reaccionaría James ante los cambios en su posición. ¿Seguiría viéndola como la misma chica que había conocido antes, o aquel nuevo papel haría que la viera más como una igual? Y qué podría significar eso para su relación en el futuro. Una vez más, no quería hacerse falsas ilusiones, y ahuyentó de su mente todo pensamiento romántico.

Un golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos. Matilda se volvió y vio a Molly asomando la cabeza por el marco, susurrando:

—Hola, Matilda, solo tengo dos minutos antes de que la señora Bailey me pille. ¿Cómo estás?

Entró en la habitación y cerró la puerta en silencio tras de sí.

—Molly, qué alegría verte. Siento que hace siglos que no hablamos como es debido.

—Bueno, la señora Bailey nos tiene muy atareadas abajo. Sobre todo esta mañana, porque el señorito James ha vuelto de la escuela. Ya sabes que es su favorito, y todo tiene que estar impecable.

Molly lanzó una mirada a Matilda al mencionar el nombre de James.

—Oh, Matty, no te preocupes. Seguro que el señorito James entiende que no te parecía apropiado responder a sus cartas. Aunque pronto serás institutriz, y estoy segura de que entonces las cosas cambiarán.

—Sí, seguro que estaré perfectamente —dijo Matilda—. Al fin y al cabo, el señorito James entiende estas cosas mejor que yo.

Jugueteó nerviosa con los botones del cuello.

Molly la observó con atención.

—Sí, se nota que no estás nada preocupada —dijo con una risa suave—. Anda, deja que te ayude.

Se acercó a Matilda y le arregló los botones del cuello.

—Bueno, si te cruzas con el señorito James, que te sirva de consuelo que hoy pareces toda una dama. Ahora será mejor que siga con estas tareas, o la señora Bailey subirá esas escaleras a buscarme más rápido que un galgo. ¿Qué planes tienes para hoy?

—Bueno, esta mañana voy a revisar algunos libros con lady Constance y a organizar su guardarropa para la próxima semana, ya que empieza con su nuevo papel. Luego tengo la tarde libre y estaba

pensando en leer un poco en el jardín. Hace un tiempo espléndido —dijo, mirando por la ventana al brillante cielo azul de Londres.

—Estupendo —dijo Molly—. Disfruta de tu tarde libre y mantenme al tanto de cualquier novedad.

Le brillaron los ojos con picardía mientras le guiñaba un ojo a Matilda y cerraba la puerta.

Más tarde, una vez cumplidos sus deberes con lady Constance, Matilda volvió a su habitación a por el chal y el nuevo libro con el que estaba deseando instalarse.

Al abrir la puerta que daba al jardín, respiró hondo el aire fresco.

Aunque el cielo estaba despejado y el sol brillaba, el otoño confería al aire un ligero frescor, y se alegró de llevar el chal bien ceñido a los hombros. Caminó por los senderos de grava, admirando las últimas flores del jardín, hasta llegar a la pagoda.

Qué lugar tan encantador para pasar la tarde, pensó, deseando perderse en aquella nueva historia.

Y vaya si se perdió. A medida que pasaban las horas, Matilda no advirtió el cambio de luz cuando el sol comenzó a declinar en el cielo. Ya era el crepúsculo cuando el crujido de unos pasos en la grava la hizo levantar la vista del libro. La sonrisa se le borró del rostro al darse cuenta de que James caminaba hacia la pagoda. Se apresuró a recomponer sus facciones en lo que esperaba fuera un semblante tranquilo y alegre.

—Buenas tardes, Matilda —dijo James con voz algo vacilante—. Espero no molestarte.

Matilda alzó la vista; sabía que tenía las mejillas sonrojadas a pesar de sus esfuerzos por mantener la compostura.

—En absoluto, señorito James. Por favor, siéntese si lo desea.

James se acomodó en el banco, dejando una distancia respetuosa entre ambos. Se hizo un momento de silencio, colmado tan solo por el susurro de las hojas en la brisa otoñal.

—Confío en que sus estudios en la escuela vayan bien —se aventuró Matilda, mientras sus dedos recorrían distraídamente el lomo del libro.

—Así es, gracias —respondió James. Su mirada se detuvo en ella un momento antes de volverse hacia el jardín—. ¿Y cómo te va en tu

puesto aquí? Espero que Constance no te tenga demasiado ocupada.

Matilda soltó una risita nerviosa mientras jugueteaba con el dobladillo de la manga.

—Ya conoce a lady Constance, siempre necesita estar ocupada con algo.

Cayó un silencio denso, cargado de palabras no dichas. James carraspeó y habló con voz vacilante:

—Matilda, yo... espero que no te importe que pregunte, pero ¿por qué no has respondido a mi carta?

A Matilda le latía el corazón tan fuerte que estaba segura de que James podía oírlo. No había esperado tanta franqueza de su parte.

—Yo... no estaba segura de si era apropiado.

Clavó la mirada en el suelo, consciente de lo absurdo que sonaba dicho en voz alta.

—¿No apropiado?

Su tono era ligero, y ella no sabía si la estaba provocando o si de verdad estaba confundido.

Se armó de valor y prosiguió, avergonzada de tener que explicárselo.

—Usted es el pupilo de un lord, James. Yo no soy más que una empleada de la casa. No sabía si intercambiar cartas privadas era... apropiado.

La mirada de James se suavizó y una sonrisa irónica le asomó a los labios.

—No todo el mundo es tan importante como crees, Matilda.

Su persistencia la desconcertaba. Si supiera la verdad, seguramente se alejaría. De pronto lo vio claro, como un relámpago: esta era su oportunidad de ponerle fin antes de que empezara, de ahorrarles a ambos el inevitable sufrimiento.

—James, por favor —susurró con voz temblorosa—. Hay algo que debo decirte.

Él se volvió hacia ella, con la preocupación reflejada en el rostro.

—Soy una mentirosa, James. —Las palabras quedaron suspendidas en el aire entre ellos, y ahora ya no podría retirarlas. Le tembló el labio y las lágrimas rodaron por sus mejillas, brillando bajo la luz menguante.

James se quedó inmóvil, con una mezcla de sorpresa e incredulidad en el rostro.

Matilda respiró hondo y continuó antes de cambiar de opinión; las palabras salieron en un torrente desesperado.

—No soy huérfana en absoluto. Mi madre está muerta, es cierto, pero mi padre... está vivo, pudriéndose en la prisión por deudas.

Se detuvo y se atrevió a mirar el rostro de James. Él frunció el ceño, pero permaneció en silencio, animándola a continuar.

—Mi madre —la voz de Matilda se quebró— no se limitó a enfermar. La vergüenza de nuestras circunstancias... fue demasiado. Ella... se quitó la vida. Envenenamiento por láudano. —La confesión fue como un cuchillo retorciéndose en sus entrañas.

James contuvo el aliento, con los ojos muy abiertos ante una súbita comprensión.

Ella pudo ver la preocupación en sus ojos. Si era por ella o por su familia, a la que habían engañado, no podía estar segura.

—También tengo dos hermanas. Nos separaron en el orfanato tras la muerte de nuestra madre. Yo... estoy desesperada por encontrarlas, pero no sé por dónde empezar.

Grandes sollozos comenzaron a sacudir su cuerpo. La emoción contenida durante tanto tiempo, de guardar sus problemas para sí, salió a la superficie.

James guardó silencio un momento, asimilando sus palabras. Cuando por fin habló, su voz estaba cargada de emoción.

—Matilda, yo... no tenía ni idea. La carga que has llevado... debe de haber sido insoportable.

Él extendió la mano, que quedó suspendida, vacilante, cerca de su hombro, dividido entre el deseo de consolarla y el deber de respetar sus deseos.

Matilda se secó las lágrimas, con la mirada baja.

—Creí que debías saber la verdad sobre mis circunstancias. Por eso yo... no pude responder a tu carta. No quería... engañarte de ningún modo.

—Tu pasado no te define, Matty —dijo James con dulzura—. Todos tenemos partes de nosotros que creemos que deberían permanecer ocultas, pero rara vez son motivo de vergüenza.

Agradezco tu sinceridad, pero debes saber que esto no cambia lo que siento por ti.

Matilda alzó la vista, sorprendida por sus palabras. Sus ojos se encontraron un instante, y ella apartó la mirada enseguida, mientras un leve rubor le teñía las mejillas.

—Debería irme —dijo Matilda de pronto, y se levantó del banco —. Se hace tarde y tengo obligaciones que atender.

James también se puso de pie, con un destello de preocupación en el rostro.

—Por supuesto. No pretendía entretenerte.

—Buenas tardes, James —dijo Matilda con voz vacilante.

Cuando se volvió para marcharse, James la llamó en voz baja:

—¿Matilda?

Ella se detuvo y lo miró.

—Gracias por compartir eso conmigo. Yo... me alegra que sintieras que podías confiar en mí.

Matilda asintió una vez, incapaz de articular palabra, y se apresuró hacia la casa, dejando a James solo, de pie, con una expresión indescifrable.

Sin que Matilda ni James lo supieran, una figura acechaba entre las sombras de un seto cercano. Francis había estado vaciando los cubos en el jardín cuando vio a la pareja en la pagoda. La curiosidad pudo con ella y se acercó sigilosamente a espiar su conversación.

Cuando Matilda pasó a toda prisa, Francis se ocultó aún más entre el follaje, con el corazón desbocado de emoción. Lo había oído todo: la confesión de Matilda sobre su padre en la prisión por deudas, la muerte vergonzosa de su madre y sus hermanas en el orfanato.

Una sonrisa maliciosa se dibujó en los labios de Francis. A ver cuánto tiempo más seguía siendo Matilda la favorita de la casa. Era una oportunidad demasiado perfecta para dejarla escapar.

La mente de Francis bullía de posibilidades. Podía usar esa información en su beneficio, para deshacerse por fin de la competencia. Seguro que los Whitmore no querrían a alguien con un pasado tan sórdido trabajando en su casa, y mucho menos relacionándose con su hija y su pupilo.

Mientras se escabullía hacia la cocina, Francis comenzó a urdir su plan. Iría a ver a Lord Whitmore a primera hora de la mañana, fingiendo preocupación y revelando los secretos de Matilda.

Sin duda podría adornar la historia de Matilda con detalles inventados de engaño y manipulación. Una trepadora social astuta que usaba su posición para aprovecharse de la bondad de los Whitmore y enredar a su joven pupilo.

Para cuando Francis llegó a la puerta de la cocina, su plan estaba decidido. Al día siguiente pondría en marcha los engranajes para exponer el «engaño» de Matilda y asegurar su propia posición en la casa. Mientras se preparaba para acostarse aquella noche, Francis apenas podía contener su regocijo. Pronto, pensó, Matilda se habría ido, y ella, Francis, sería la favorita en la casa de los Whitmore.

CAPÍTULO 16



Francis aguardaba frente a la puerta del comedor, con las palmas empapadas de un sudor nervioso.

El peso de su decisión de revelar el secreto de Matilda la abrumaba, pero sabía que debía hacerlo si quería librarse de ella de una vez por todas.

Ahora que estaba allí, todo su arrojo se había esfumado. Antes de que pudiera cambiar de opinión, llamó tímidamente a la puerta y oyó la voz de Lady Whitmore desde dentro: —Adelante.

Francis entró con pasos vacilantes. Lady Whitmore estaba sentada a la mesa, bañada por la cálida luz matinal que realzaba sus elegantes rasgos. Para mantener ocupadas sus manos temblorosas, Francis comenzó a recoger los platos del desayuno en una bandeja.

Lady Whitmore le dedicó una breve sonrisa.

—Gracias —dijo.

Francis permaneció de pie con torpeza, la bandeja en la mano, tragando saliva.

—Milady —comenzó, con la voz apenas por encima de un susurro —, ¿podría tratar con usted un asunto delicado?

Lady Whitmore alzó la vista del periódico, enarcando las cejas con sorpresa.

—Por supuesto. Me temo que no recuerdo su nombre.

—Es Francis, milady.

—Muy bien, Francis. Por favor, continúe.

—Me temo que he descubierto una verdad desagradable, Lady Whitmore —dijo, atropellando las palabras—. Temo que usted y Lord Whitmore hayan sido engañados por una de las sirvientas de la casa.

Lady Whitmore enarcó las cejas y se irguió en su asiento.

—Es una acusación grave, Francis. Por favor, explíquese.

—Verá, se trata de la dama de compañía de Lady Constance, Matilda —continuó Francis, cobrando confianza—. La oí hablar con el señorito James en el jardín. Resulta que no es huérfana en absoluto. Su padre vive, encarcelado por deudas. Aceptó este puesto únicamente para encontrar a sus hermanas, que fueron abandonadas en un orfanato tras el... desafortunado fallecimiento de su madre.

Lady Whitmore palideció, su compostura momentáneamente alterada.

—Esto es, en efecto, preocupante, Francis. ¿Hay algo más?

—Solo mis propias inquietudes, milady. Me preocupa que el señorito James pueda ser manipulado por ella, y me resulta insoportable ver a la familia engañada de esta manera. Y dado que su padre es un deudor, ¿quién sabe qué otras conexiones indeseables podría tener?

—En efecto —dijo Lady Whitmore, escrutándola con la mirada—. Gracias por informarme. Puede retirarse.

Francis se removió incómoda bajo el escrutinio de Lady Whitmore, dudando de su decisión de haber hablado.

—De nada, milady —dijo Francis. Recogió la bandeja y regresó a la cocina, confiando en haber sembrado la suficiente duda sobre el carácter de Matilda.

Mientras tanto, en la cocina, Molly y Matilda conversaban absortas. Molly tenía las manos sumergidas en agua jabonosa mientras fregaba los platos, y Matilda, sentada a la desgastada mesa de madera, le relataba su encuentro con James en el jardín.

—Parece que no logras quitarte de encima al joven amo —bromeó Molly con dulzura.

Matilda se ruborizó.

—Vamos, Molly, ambas sabemos que el señorito James encontrará a alguien mucho más adecuada que yo —dijo, intentando mantener un tono ligero pese a la punzada que sentía en el pecho—. Lo que más me preocupa ahora es si decidirá que Lord y Lady Whitmore deben saberlo. Me siento tan tonta por haber confiado en él; pensándolo con calma, fue una terrible imprudencia contárselo.

Molly se secó las manos y se volvió hacia su amiga.

—Matty, eres demasiado dura contigo misma. El Señorito James es un hombre de honor. Tu secreto está a salvo con él, te lo aseguro.

La señora Bailey irrumpió de pronto en la cocina, seguida de Francis, cuya expresión de suficiencia crispó los nervios de Matilda.

—Matilda, ahí estás —anunció la señora Bailey—. Lord y Lady Whitmore requieren tu presencia en el salón de inmediato.

A Matilda se le cayó el alma a los pies y todos sus temores volvieron de golpe. Intercambió una mirada preocupada con Molly. ¿Habría decidido James revelar su secreto, al fin y al cabo? Una vez más, la invadió esa sensación tan familiar de pérdida inminente. Se alisó el vestido con manos temblorosas y se tocó el cabello, esperando desesperadamente tener un aspecto presentable.

Cuando Matilda salía, Francis le dijo a sus espaldas:

—Buena suerte.

La falsa dulzura de su voz le puso la piel de gallina. Qué raro, pensó, tan típico de Francis regodearse con cualquier atisbo de drama o desgracia.

Lord y Lady Whitmore ocupaban un sofá bajo junto a la chimenea, con expresión grave. Matilda permanecía de pie frente a ellos, las manos fuertemente entrelazadas para que no le temblaran.

Lord Whitmore fue el primero en hablar.

—Matilda, ha llegado a nuestro conocimiento cierta información que nos gustaría tratar contigo.

Matilda ya no tenía dudas: James había traicionado su confianza. Los hombros se le hundieron y sintió la decepción de haber confiado, una vez más, en alguien que no velaba por su bien.

—Tenemos entendido que no eres huérfana, Matilda. ¿Es cierto que tu padre aún vive? —preguntó Lord Whitmore.

Matilda bajó la mirada, avergonzada. En su mente se vio a sí misma de niña, calzando aquellos zapatos rojos relucientes cuando abandonó la casa que todos habían compartido. Cuánto tiempo parecía haber pasado desde entonces: el doloroso viaje desde aquella casa hasta la pensión, luego al orfanato, y ahora aquí. Cada paso la había alejado más de su familia y, sin embargo, de algún modo la había conducido hasta este momento de rendir cuentas.

—Sí, milord —respondió, con la voz apenas audible—. Me avergüenza admitir que es cierto.

Los dedos se le retorcían nerviosos entre los pliegues del vestido mientras aguardaba el veredicto.

Lady Whitmore se inclinó hacia delante, con una dulzura inesperada en la voz.

—Matilda, querida, por favor, siéntate.

Matilda alzó la vista, sorprendida al ver que ambos la miraban con expresión amable. Vacilante, se sentó en el borde de una silla cercana.

—Por favor, cuéntanos tu historia —la animó Lady Whitmore.

Una vez más, la historia le brotó a borbotones. Intentó ceñirse a los hechos, contener sus emociones, pero mientras hablaba del encarcelamiento de su padre, la trágica muerte de su madre y la desgarradora separación de sus hermanas, sintió que perdía la compostura. Las lágrimas se le agolparon en los ojos, a punto de rodarle por las mejillas.

Lady Whitmore le tendió en silencio un delicado pañuelo de encaje. Matilda lo aceptó agradecida y se secó los ojos mientras pugnaba por continuar su relato.

Justo cuando estaba a punto de hablar de su desesperada búsqueda de sus hermanas, se oyó un repentino alboroto fuera de la habitación. La puerta se abrió de golpe con un fuerte estruendo y James irrumpió con el rostro enrojecido y el cabello, normalmente impecable, en desorden.

—Por favor —dijo sin aliento, con los ojos desorbitados por la urgencia—, ¡tienen que considerar lo buena compañera que ha sido Matilda para Lady Constance!

La repentina entrada de James sumió la habitación en un silencio atónito. A Matilda se le aceleró el corazón; una mezcla de sorpresa y vergüenza le tiñó las mejillas. No podía obligarse a mirarlo a los ojos y fijó la vista en el pañuelo de encaje que tenía en el regazo.

—Es amable y considerada —continuó James, atropellándose con las palabras—. Seguramente estas cualidades valen mucho más que su pasado. ¿Recuerdan cuando salvó a Lady Constance aquella noche de la tormenta? ¡Miren cuánto ha florecido Constance bajo su cuidado!

Lord Whitmore arqueó una ceja con un deje de diversión en la voz.

—Son bastantes suposiciones las que has hecho, James —dijo, intercambiando una mirada cómplice con Lady Whitmore.

James vaciló un momento mientras observaba los tres rostros e intentaba calibrar sus expresiones. Vio a Matilda secándose las lágrimas y reanudó su apasionada súplica.

—Por favor —comenzó James de nuevo, con voz sincera—, permítanme responder por Matilda. Sé que será una excelente institutriz. Avergonzarse del propio pasado no es motivo para despedirla.

Lord Whitmore se inclinó hacia delante con expresión inescrutable.

—James, dadas tus circunstancias, ¿de verdad crees que juzgaríamos a Matilda por esto?

Un destello de confusión cruzó el rostro de Matilda ante aquel comentario críptico. Alzó la vista y captó una mirada de entendimiento entre James y Lord Whitmore. Era evidente que había aspectos del pasado de James que ella desconocía por completo.

—Tal como están las cosas —continuó Lord Whitmore en tono más suave—, Lady Whitmore y yo quisiéramos ayudar a Matilda a encontrar a sus hermanas. Además, no será despedida de la casa.

UNA OLA de alivio inundó a Matilda. Alzó la vista con los ojos muy abiertos de incredulidad.

—¿De verdad, milord? —susurró con la voz cargada de emoción.

Lady Whitmore asintió con suavidad.

—Así es, Matilda. Creemos que lo primero sería escribir al orfanato para preguntar por tus hermanas. ¿Te parece bien que lo hagamos en tu nombre?

—Oh, sí —exhaló Matilda, apenas capaz de contener su gratitud —. Se lo agradecería infinitamente. También tengo la dirección de los Talbot, que quizá hayan adoptado a Kitty.

—Excelente —dijo Lady Whitmore, y su expresión se suavizó—. Entonces, por supuesto, también nos pondremos en contacto con ellos.

James, que había permanecido de pie junto a la puerta con visible incomodidad, se relajó ante aquel giro de los acontecimientos. Matilda notó que un leve rubor le subía por el cuello a medida que él caía en la cuenta de las implicaciones de su apasionado arrebato.

—Matilda —dijo Lady Whitmore—, si ya estás tranquila respecto a tu puesto aquí, puedes retirarte a cumplir con tus obligaciones.

—Gracias, milord, milady —dijo Matilda mientras se levantaba—. No tengo palabras para expresar mi gratitud.

Mientras salía de la habitación, con la mente aún dándole vueltas al inesperado giro de los acontecimientos, oyó a Lord Whitmore dirigirse a James en voz baja.

—Quizá quieras explicar tu entrada tan dramática, James.

No podía creer lo que había sucedido. Por fin iba a recibir ayuda para reunirse con sus hermanas. Absorta en sus pensamientos, no oyó los pasos a su espalda hasta que una voz la llamó.

—¡Matilda!

Se volvió y vio a James que se apresuraba hacia ella con el rostro enrojecido y la corbata ligeramente torcida. Por un momento, le sorprendió lo distinto que parecía de su habitual aplomo.

—James —comenzó ella con un leve temblor en la voz—, no tienes que explicarte. Entiendo que necesitabas contarles a Lord y Lady Whitmore lo de nuestra conversación. Al fin y al cabo, son tus tutores y han hecho mucho por ti. Seguro que sentiste que era tu deber informarles.

James frunció el ceño, confundido.

—Matilda, por favor, jamás traicionaría tu confianza. No les conté nada a Lord y Lady Whitmore.

Matilda abrió los ojos con sorpresa.

—Pero entonces, ¿cómo...?

—Escuché a la señora Bailey y a esa otra criada, Francis, creo, en el jardín de la cocina. Lo comentaban como si fuera un cotilleo de lo más jugoso. —Se le ensombreció el rostro al recordarlo—. Así supe que estabas aquí, en el salón. No podía soportar la idea de que te despidieran. Yo... no podría soportar no volver a verte nunca, Matilda.

Parecía turbado al terminar de hablar, como si hubiera revelado más de lo que pretendía.

Ella exhaló un suspiro de alivio y su expresión se suavizó.

—Oh, es que di por hecho, como eras la única persona a quien se lo había contado... —dejó la frase en el aire.

—Matilda —dijo James con voz intensa—, puedes confiar en mí, te lo prometo. Y me gustaría ayudarte. ¿Quieres que te acompañe al orfanato a ver qué podemos averiguar?

—Bueno, sí, sería muy amable de tu parte —dijo ella con un atisbo de esperanza en la voz.

Con un último gesto de asentimiento a James, Matilda se encaminó de vuelta a la cocina, con las emociones en tumulto.

Se sentía aliviada por la amabilidad de los Whitmore y esperanzada ante la posibilidad de encontrar a sus hermanas. Sin embargo, la confusión se apoderaba de ella respecto a los sentimientos de James y los suyos propios hacia él. ¿Qué significaba realmente la preocupación que él mostraba por ella? ¿Y qué decía de su propio corazón el creciente afecto que sentía por él?

Molly alzó la vista de las verduras que estaba cortando, con los ojos muy abiertos de curiosidad.

—¿Y bien? —preguntó Molly, incapaz de contenerse más—. ¿Qué ha pasado?

Matilda se dejó caer en una silla, de pronto abrumada.

—Van a ayudarme a encontrar a mis hermanas, Molly —dijo con la voz apenas por encima de un susurro—. Y no me van a despedir. Apenas puedo creerlo.

Mientras relataba los acontecimientos en el salón, incluida la inesperada intervención de James, Matilda no pudo evitar preguntarse si todo empezaba por fin a ir bien. Por primera vez en años, se permitió sentir un destello de esperanza —no solo de reunir a su familia, sino quizás de algo más, si estaba dispuesta a abrir su corazón de nuevo.

CAPÍTULO 17



La alegría y el alivio que Matilda había sentido al revelar por fin su pasado a los Whitmore resultaron efímeros. Con el paso de los días, que se convirtieron en semanas sin noticias del orfanato ni de los Talbot, una sensación de desesperación fue echando raíces en su interior. Cada mañana revisaba la correspondencia con ansiedad, y sus esperanzas se elevaban un instante solo para desplomarse de nuevo al no encontrar cartas dirigidas a los Whitmore.

Lady Whitmore, siempre tan perceptiva, notó la creciente ansiedad de Matilda. —Querida —dijo con dulzura una tarde, al encontrarla mirando la ventana con aire melancólico—, intenta no preocuparte tanto. Estas cosas suelen llevar su tiempo, sobre todo cuando se trata de instituciones como los orfanatos. Reciben muchísima correspondencia.

Matilda se volvió y esbozó una débil sonrisa. —Es usted muy amable, Lady Whitmore. Estoy intentando ser paciente, de verdad.

A pesar de aquellas amables palabras, Matilda sentía una preocupación y una frustración abrumadoras. El temor de no volver a reunirse jamás con sus hermanas la atormentaba sin cesar. Su habitual eficiencia en las tareas comenzó a resentirse, pues se perdía constantemente en pensamientos ansiosos.

Lady Constance, siempre atenta al ánimo de quienes la rodeaban, no pudo evitar notar la distracción de Matilda. Una tarde, mientras revisaban la correspondencia en sus aposentos, le preguntó con delicadeza: —Matilda, estoy casi segura de que ya hemos respondido a los Ashworth sobre la invitación al baile, ¿verdad?

Arrancada de sus pensamientos, Matilda apartó la mirada de la ventana. —Lady Constance, lo siento mucho. Así es, ya lo hemos hecho. No sé qué me pasa.

Lady Constance le habló con dulzura: —Matilda, sé que es difícil, pero intenta no preocuparte por tus hermanas. Mamá y papá tienen muchos recursos, y sé que harán todo lo posible por ayudarte a encontrarlas.

—Lamento mucho que esto esté afectando a mi trabajo, Lady Constance —dijo Matilda, con la voz cargada de remordimiento.

—No, Matilda, eso es lo que menos debe preocuparte. Y aunque te empeñes en lo contrario, sabes que puedo arreglármelas perfectamente sola —dijo con una risita.

Matilda suspiró profundamente y dio por fin voz a los temores que la habían atormentado. —Debo admitir que me resulta muy difícil concentrarme. Es la incertidumbre de no saber si estoy cerca de encontrar a mis hermanas o si me alejo cada vez más de ellas —confesó—. Les prometí que siempre nos mantendría juntas. Y no he podido cumplir esa promesa. No puedo evitar preguntarme qué pensarán de mí por eso.

Lady Constance extendió la mano y tomó la de Matilda entre las suyas. —El tiempo nos da una perspectiva diferente —dijo con suavidad—. Estoy segura de que tus hermanas entenderán que era muy difícil para una niña enfrentarse a autoridades como las del orfanato. Eras una niña que intentaba asumir la responsabilidad de un adulto, Matilda. Nadie puede culparte por cómo resultaron las cosas.

Una vez más, las amables palabras reconfortaron temporalmente a Matilda, pero fue solo un alivio pasajero de sus frustraciones. Un ligero golpe en la puerta interrumpió su conversación, y acto seguido James entró en la habitación.

—Bien, ¿qué están tramando mis dos damas favoritas esta tarde? —dijo, y su alegría habitual llenó la habitación. Matilda sintió que se le sonrojaban las mejillas al oírse llamar una de sus damas favoritas, mientras que el rostro de Lady Constance se iluminaba con su llegada.

—Ah, James, ahí estás. ¿Qué travesuras has hecho? —bromeó Lady Constance.

—Nada que necesites saber, Connie —se rio, pero su alegría se desvaneció al percibir la atmósfera sombría y la expresión abatida de Matilda—. ¿Cómo estás, Matilda? ¿Te encuentras bien? —preguntó con evidente preocupación.

Matilda apenas podía sostenerle la mirada. —Sí, estoy bien, gracias, señor James —dijo en voz baja, casi en un susurro.

Al percibir la tensión, Lady Constance explicó: —Me temo que no ha habido respuesta a ninguna de las cartas que escribió madre, James.

Matilda apartó la mirada y se esforzó por contener las lágrimas que amenazaban con brotar. El rostro de James se entristeció y sus manos se retorcieron nerviosamente. —Lo siento mucho, Matilda —dijo con sinceridad—. Ojalá pudiera hacer algo más por ti.

—No se preocupe, señor James —respondió, esbozando una sonrisa forzada—. Todos han hecho más que suficiente. Les estoy muy agradecida.

De repente, a James se le iluminaron los ojos. —Por cierto, Constance, ¿tienes ocupada a Matilda esta tarde?

Lady Constance negó con la cabeza. —Bueno, la verdad es que no queda mucho por hacer aquí, y tengo una reunión de la junta esta tarde.

James se volvió hacia Matilda con urgencia en la voz. —Matilda, ¿todavía tienes el papel con la dirección de los Talbot?

Matilda metió la mano en el bolsillo de su vestido y sacó el papel cuidadosamente doblado. —Sí, por supuesto. Siempre lo llevo conmigo —dijo, y un atisbo de esperanza se coló en su voz.

James se sentó en la silla frente a ella y sus ojos se encontraron con los de Matilda con una intensidad que le aceleró el corazón. —Matilda, me resulta insoportable verte así. Pero al menos puedo

ayudarte a hacer algo. Tomemos un carruaje hasta la dirección de los Talbot y veamos si podemos averiguar algo.

—¡Oh, sí! —exclamó Lady Constance mientras juntaba las manos —. ¡Qué idea tan espléndida, James!

James la miró sorprendido. —¿De verdad? Esperaba que nos desalentaras y nos dijeras que fuéramos sensatos y esperáramos la respuesta a la carta, como indicaron Lord y Lady Whitmore.

Constance sonrió con un brillo travieso en los ojos. —Tienes razón, normalmente no alentaría acciones tan impulsivas, pero Matilda me importa mucho y me resulta muy difícil verla así.

Matilda miró a James a los ojos y vio en ellos un afecto y una preocupación por su bienestar cada vez más profundos, absolutamente genuinos. El corazón se le llenó de una mezcla de esperanza y aprensión.

—Lady Constance, ¿está segura de que no me necesita? — preguntó Matilda, casi deseando que cambiara de opinión, pues no estaba segura de poder soportar otra decepción o rechazo en casa de los Talbot.

—No, por favor, id rápido antes de que cambies de opinión —la instó.

James se levantó de un salto y se puso en marcha. —Le pediré al lacayo que prepare el carruaje y le diré a Lady Whitmore que vamos a la ciudad.

Matilda también se puso de pie, visiblemente agitada. —Debo ir a cambiarme de vestido —dijo—. Quiero estar presentable.

La mirada de James se suavizó al observarla. —Estás preciosa, Matilda.

Se le sonrojaron las mejillas de nuevo ante el cumplido, y Lady Constance esbozó una pequeña sonrisa al percibir el vínculo cada vez más profundo entre sus dos mejores amigos.

El silencio era denso dentro del carruaje; tanto James como Matilda eran muy conscientes de su cercanía. James intentó aligerar el ambiente señalando lugares conocidos a través de la ventanilla y compartió recuerdos de infancia: días en Hyde Park o paseos por Pall Mall durante las celebraciones reales.

Matilda agradeció sus intentos de distraerla, pero apenas lo escuchaba; el corazón le latía con fuerza en el pecho mientras se preguntaba qué la esperaría en la casa de los Talbot. ¿La recordaría Kitty? Al fin y al cabo, era tan pequeña cuando las separaron.

Cuando el carruaje dobló la esquina hacia una calle señorial bordeada de imponentes casas, la ansiedad de Matilda alcanzó su punto máximo. Se detuvieron frente a una casa de aspecto elegante con una puerta negra reluciente y una gran aldaba de latón. James tomó la mano de Matilda y la ayudó a bajar del carruaje. Ya en la acera, ella lo miró y respiró hondo.

—Matilda, todo va a salir bien. Vamos, Kitty podría estar aquí ahora mismo y podrías estar hablando con ella dentro de un momento.

La inquietud embargaba a Matilda mientras se acercaba a la puerta y llamaba con la aldaba de latón. El minuto de espera se le hizo eterno. Por fin se abrió y apareció un mayordomo de aspecto distinguido.

—Buenas tardes, señor, buenas tardes, señora. ¿En qué puedo ayudarles?

Matilda intentó hablar, pero tenía la garganta seca y las palabras no le salían. James, al notar su angustia, intervino.

—Buenas tardes —dijo con naturalidad—. Queríamos saber si el Sr. o la Sra. Talbot se encuentran en casa.

El mayordomo pareció desconcertado.

—Oh, me temo que los Talbot ya no residen aquí.

A Matilda se le hundieron los hombros y sintió que las lágrimas volvían a aflorar. Bajó la mirada al suelo, incapaz de soportar más dolor.

—Entiendo —dijo James con voz serena—. ¿Podría indicarme cuándo se mudaron de la zona?

—Bueno, el actual señor de la casa lleva aquí dos años, y tengo entendido que fueron los Talbot quienes vivían aquí antes que él. Me temo que no dispongo de más información, señor.

—No se preocupe —dijo James—. Muchas gracias, ha sido muy amable.

Matilda estaba aturdida. James la tomó suavemente de los hombros y la guio de vuelta hacia el carruaje. Se sentía desanimada ante otro callejón sin salida en su búsqueda, y el miedo a no volver a ver jamás a sus hermanas se volvió abrumador.

Mientras regresaban en silencio, los ojos de Matilda se llenaron de lágrimas. Miró por la ventanilla, sin querer que James viera su debilidad. Pero él le tomó la mano con suavidad y le volvió el rostro hacia sí.

—Matilda, sé que esto es difícil, y sé mejor de lo que imaginas lo que es vivir con la incertidumbre y la pérdida, sentir que es una carga demasiado pesada de soportar. Pero quiero que sepas cuánto te admiro por tu valentía y tu determinación. Eres una mujer extraordinaria, Matilda, y sé que no te rendirás. Esto es solo un bache en el camino, y te prometo que te ayudaré a encontrar a tus hermanas.

Ella alzó la vista hacia él y comprendió que su apoyo constante se estaba convirtiendo en una nueva fuente de fortaleza. Por mucho que no quisiera abrirse a más rechazos, era consciente de que la línea entre la amistad y algo más profundo había comenzado a desdibujarse.

De vuelta en la casa y con el resto de la tarde libre, Matilda decidió ir a ver a Molly para ponerla al día. Mientras bajaba las escaleras hacia la cocina, oía el parloteo de las criadas y otros sirvientes. Al acercarse al final de la escalera, captó fragmentos de conversación que le helaron la sangre.

—Sí, que el padre está en prisión por deudas es lo que he oído. Puedes estar segura de que si los padres no eran respetables, la hija tampoco lo será.

Otra voz se sumó al cotilleo.

—Pues yo he oído que por eso intenta engatusar al señorito, para sacarle dinero o usarlo para medrar.

—Desde luego, no tiene ninguna vergüenza.

A Matilda le escocieron los ojos con lágrimas nuevas. Adondequiera que se volviera, se enfrentaba al pasado que había esperado dejar atrás, y ahora todo se magnificaba bajo la mirada escrutadora de los sirvientes. La humillación la inundó, y aunque una

vocecilla racional le decía que ella no era nada de eso, no podía soportar la vergüenza de enfrentarse a las miradas inquisitivas en la cocina.

En busca de refugio de los crueles susurros que la perseguían, Matilda huyó por la entrada de servicio hacia el jardín. Se encontró una vez más en la pagoda y dejó que las lágrimas cayeran copiosas. Perdida en su miseria, apenas percibió el crujido de la grava bajo unos pies que se acercaban. Permaneció inmóvil, con la esperanza de que quienquiera que fuese pasara de largo y la dejara en su soledad.

El banco crujió suavemente cuando alguien se sentó a su lado, y una mano delicada se posó en su hombro.

Se volvió y sus miradas se encontraron; el rostro de él estaba lleno de preocupación.

—Lo siento muchísimo. Sé que probablemente deseas estar sola, pero no podía soportar verte tan angustiada. Iba de camino a hablar con la señora Bailey cuando oí el chismorreo malicioso de los sirvientes y supuse que tú también los habrías oído.

—Oh, James —sollozó—, ¿me perseguirá siempre mi pasado? ¿No basta con haber soportado tanto dolor? ¿Debe ensombrecer cada uno de mis pasos el resto de mis días?

Él le enjugó las lágrimas de la mejilla.

—Te entiendo, Matilda. De verdad, más de lo que crees.

Sus palabras, aunque pretendían consolarla, encendieron en ella una chispa de frustración.

—Ahí vas otra vez con tus comentarios crípticos —espetó, y enseguida se arrepintió de su tono áspero—. ¿Cómo podrías entenderlo tú? Te criaste como pupilo de los Whitmore, se te han dado todas las ventajas. ¿Cómo podrías comprender la profundidad de la pérdida, el dolor y la angustia?

Se mordió el labio al darse cuenta de que había descargado su frustración en él cuando no lo merecía. La mano de James cayó de su rostro, y Matilda temió haberlo ofendido. Cuando levantó la vista, se sorprendió al ver lágrimas asomando a los ojos de él, aunque permanecía resuelto.

—Lo siento, Matty. Tienes razón. Es injusto por mi parte seguir haciendo estos comentarios crípticos sin contarte toda la historia.

Bajó la mirada hacia sus manos y comenzó a juguetear con ellas nerviosamente.

—Es solo que... espero que a estas alturas te hayas dado cuenta de que siento algo por ti, y me preocupa que lo que estoy a punto de contarte te impida corresponderme.

Matilda lo miró desconcertada.

—James, tú lo sabes todo sobre mí. Lo que tengas que contarme no puede ser tan vergonzoso como la carga que yo llevo.

—Matilda, espero que haya un futuro para nuestra relación, un futuro cimentado en la honestidad y la confianza mutua, por eso debo contártelo aunque me arriesgue a perder tu aprecio. —Respiró hondo mientras buscaba las palabras adecuadas. Tomó las manos de Matilda entre las suyas, pero desvió la mirada hacia el jardín, como si no pudiera soportar ver cómo ella reaccionaba a lo que iba a contarle.

—Aunque he vivido con los Whitmore desde que tengo memoria, no llegué aquí como su pupilo —comenzó—. Vine como hijo de una criada a su servicio. Mi padre... bueno, nunca lo conocí. Los Whitmore, en su bondad, permitieron que mi madre y yo nos quedáramos y nos dieron habitaciones. Llegamos aquí cuando yo era un bebé, y poco después nació Lady Constance.

El lord y la lady permitieron que jugáramos juntos, y nos hicimos muy amigos. No veían nada vergonzoso en mis humildes orígenes y les alegraba que su hija tuviera un compañero de juegos. Pasábamos tardes felices aquí, en este jardín, fingiendo ser exploradores en una jungla.

Su mirada se perdió a lo lejos, evocando aquel feliz recuerdo.

—Cuando tenía cinco años y Constance cuatro, enfermé de viruela. Durante dos largos meses, estuve al borde de la muerte, y solo me recuperé gracias a la generosidad de los Whitmore y a la mejor atención médica que el dinero podía comprar. —Tragó saliva con dificultad, sin saber cómo contarle a Matilda la siguiente parte de su historia.

—Me recuperé, pero a un coste terrible. Constance... se contagió de mí. Y mientras yo salí relativamente indemne, ella... perdió la vista.

Un grito ahogado escapó de los labios de Matilda; el corazón le dolía tanto por el joven James como por Constance. —Oh, James —suspiró—, no tenía ni idea. Lo siento muchísimo.

—Los Whitmore, por supuesto, no albergaban ningún rencor hacia mí ni hacia mi madre. Pero ella... no pudo soportar el peso de su culpa. Intentó seguir adelante, pero la carga resultó demasiado grande.

Una noche, mientras yo dormía plácidamente en mi cama, ella se escabulló en la oscuridad. Solo días después, cuando un agente vino a la casa, supimos la verdad: mi madre se había quitado la vida arrojándose al río, incapaz de vivir con las consecuencias de lo que había sucedido.

Los ojos de Matilda se abrieron de par en par por la conmoción y se llevó la mano libre a la boca para ahogar un grito de consternación.

—Así fue como me convertí en el pupilo de los Whitmore. Me acogieron y me criaron como si fuera suyo, movidos por el deber y la compasión. Aunque confieso que, en mis momentos más oscuros, me he preguntado si su motivación no fue, en parte, asegurarse de que nunca pudiera olvidar las consecuencias de mis actos.

Matilda parecía conmocionada. Su vulnerabilidad la conmovió profundamente, y en ese momento comprendió que James era quizás la única persona en el mundo capaz de entender de verdad la carga de vergüenza y arrepentimiento que ella arrastraba.

Le apretó las manos y atrajo su mirada hacia la de ella. —James —dijo con voz llena de compasión—, tu pasado no te define, como tampoco el mío me define a mí. Somos más que la suma de nuestras penas.

—Ahora entiendes —dijo— por qué elegí dedicarme a la medicina. Siento la necesidad de curar, de reparar lo que se ha roto. Salvando a otros, quizás encuentre algo de redención por el dolor que he causado.

Matilda nunca había sentido tanta admiración por él como en ese momento, contemplando sus rasgos firmes. Permanecieron sentados juntos en silencio durante un instante, unidos por una conexión profunda que ninguno de los dos había esperado.

Mientras las primeras estrellas comenzaban a titilar en el cielo del anochecer, Matilda comprendió que, en aquel momento tan inesperado, había encontrado un alma gemela.

CAPÍTULO 18



Las ruedas del carruaje repiqueteaban contra los adoquines mientras Matilda miraba por la ventana, con el corazón encogido por la inquietud. James la había convencido de visitar el orfanato, argumentando que, aunque habían llegado a un callejón sin salida en la búsqueda de Kitty, al menos podían intentar encontrar a Josephina. Aunque Matilda sabía que tenía razón, eso no bastaba para calmar el nudo que sentía en el estómago.

Cuando el imponente edificio se alzó ante ellos, con su fachada de piedra gris que le recordaba crudamente su pasado, Matilda sintió una mezcla de emociones.

Estaba nerviosa por volver a ver a su hermana, sabiendo que Josephina podría culparla por su destino, pero también le angustiaba la posibilidad de que su hermana menor ya no estuviera allí, lo que la obligaría a enfrentarse a otro callejón sin salida y más desolación.

James la ayudó a bajar del carruaje.

—¿Estás lista? —preguntó con suavidad, mirándola con preocupación.

Matilda asintió, incapaz de articular palabra con aquel nudo en la garganta. Mientras se acercaban a la gran puerta de madera con su reluciente picaporte de latón, los recuerdos la inundaron. El clic del pestillo pareció resonar a través del tiempo, transportándola al día

en que llegó por primera vez, una niña asustada que se aferraba a las manos de sus hermanas.

—Vamos, Matilda —dijo con suavidad—. Es muy posible que tengamos mejor suerte aquí. Instituciones como los orfanatos suelen llevar un registro más detallado del paradero de los niños a su cargo.

Una mujer regordeta con uniforme gris, desconocida para Matilda, abrió la puerta y los condujo al vestíbulo principal. Mientras esperaban, la mirada de Matilda se posó en los descoloridos retratos religiosos de las paredes, cuyos ojos pintados parecían seguirla igual que en su infancia.

Antes de que pudiera perderse demasiado en sus pensamientos, el repiqueteo de unos tacones sobre el suelo de madera anunció la llegada de la señora Bunce. A Matilda se le cortó la respiración al ver a la mujer que había convertido aquellos interminables meses en una pesadilla. La señora Bunce era imponente, tal como Matilda la recordaba, quizás con algunas arrugas más alrededor de la boca, pero con la misma expresión severa de siempre.

—Buenas tardes, señor, señora. ¿En qué puedo ayudarles? —preguntó la señora Bunce con una sonrisa empalagosa que no llegaba a sus ojos.

James, al percibir la angustia de Matilda, tomó las riendas.

—Buenas tardes. Venimos a preguntar por el paradero de una niña que está bajo su cuidado.

Mientras James hablaba con la señora Bunce, Matilda dejó vagar la mente hasta su primer día en el orfanato. Casi podía oír los gritos de Kitty cuando la señora Bunce le golpeó cruelmente las piernas, castigo por el crimen de estar asustada y confundida. La ira le subió por el pecho y le tiñó las mejillas de rojo. Apretó la mano de James con fuerza, clavándole las uñas en la palma.

La señora Bunce los condujo al despacho de la señorita Welter, y Matilda sintió que un miedo familiar crecía en su interior al entrar. La habitación parecía más pequeña de lo que recordaba, pero no menos intimidante.

—Buenas tardes, señorita Welter —comenzó James—. Nos gustaría informarnos sobre el bienestar de Josephina Bennett, por favor.

Los ojos de la señorita Welter se estrecharon con suspicacia.

—¿Y puedo saber quién lo pregunta? —dijo, alternando la mirada entre James y Matilda.

Incapaz de contenerse más, Matilda dio un paso adelante y miró a su adversaria directamente a la cara.

—¿No me recuerda, señorita Welter? Soy Matilda Bennett, la hermana de Josephina.

El asombro de la señorita Welter fue evidente al observar la ropa elegante y la apariencia refinada de Matilda.

—Me recuerda, ¿verdad? —continuó Matilda, con la voz cada vez más firme—. Soy la hermana mayor a quien usted vendió al servicio.

Las mejillas de la señorita Welter se tiñeron de vergüenza mientras miraba de reojo a James. La ira brilló en sus ojos y escupió:

—Me temo que su hermana reveló su verdadero carácter. Se comportó increíblemente mal y se juntó con una banda de carteristas. Me temo que huyó hace más de un año.

La indignación de James fue palpable.

—¿Qué quiere decir con que huyó? ¿Cuándo se informó de esto a la policía?

—Si informáramos de cada fuga a la policía, no haría otra cosa en todo el día —exclamó la señorita Welter a la defensiva.

—Entonces dejó que una niña bajo su cuidado huyera a las calles de Londres y no ha informado de esto ni a las autoridades ni a sus parientes más cercanos, a pesar de saber dónde estaba Matilda —la voz de James temblaba de furia apenas contenida.

Una mezcla de horror e ira inundó a Matilda. Pensar en Josephina sola en las peligrosas calles de Londres era casi insoportable. No sabía qué era peor: escapar de las garras de la señora Bunce y su crueldad, o estar sola en las calles de Londres siendo tan pequeña.

James siguió presionando a la señorita Welter, alzando la voz.

—Discutiré este asunto con mis padres, y nos aseguraremos de que las autoridades competentes se ocupen de usted. Esta institución será investigada a fondo.

La señorita Welter se levantó de la silla, a punto de lanzarse a otra diatriba, cuando Matilda la interrumpió con voz cansada.

—Por favor, James, no sirve de nada. Apenas se preocupan por los niños que todavía están en el orfanato, y mucho menos por los que se han ido. Lo importante ahora es encontrar a Josephina. Vámonos.

Mientras bajaban los escalones del orfanato, con la pesada puerta cerrándose tras ellos con un golpe sordo, la compostura de Matilda se desmoronó. El peso de sus recuerdos, junto con la decepción de haber fallado a sus hermanas una vez más, la abrumó. Se derrumbó contra James, con el cuerpo sacudido por los sollozos.

—Londres es un lugar tan enorme —dijo entre sollozos, con la voz amortiguada contra el hombro de él—. Y tan peligroso para una niña de su edad. Podría estar muerta, James, que nosotros sepamos.

James le secó con suavidad una lágrima de la mejilla.

—Te prometo, Matilda, que encontraremos a tus hermanas. Ahora me tienes a mí, y tienes a lord y lady Whitmore, y a Constance. Somos tu familia y queremos lo mejor para ti. Te ayudaremos a cumplir tu promesa a Josephina y Kitty.

Matilda lo miró con los ojos enrojecidos y cansados.

—Por favor, no me prometas eso, James. No creo que pueda soportar otra promesa rota.

El semblante de James se ensombreció, pero asintió, comprendiendo la profundidad de su dolor.

—Vamos, volvamos a casa. Pareces agotada. No hace falta informar a lord y lady Whitmore de inmediato. Descansa primero y les contaremos las noticias cuando te sientas mejor.

Más tarde aquel día, algo más descansada aunque todavía agotada, Matilda se sentó junto a lady Constance en el salón. El suave susurro de la tela y el clic rítmico de las agujas la calmaron mientras cosía. Lady Constance, siempre perceptiva, había evitado cuidadosamente el tema de la visita al orfanato y en su lugar charlaba sobre el próximo baile benéfico.

—Todos tus planes para el baile suenan maravillosos, Constance —dijo Matilda, forzando una sonrisa—. Sé que será un éxito, y estoy deseando que llegue.

Lady Constance levantó la vista, con sus ojos ciegos llenos de calidez.

—Me alegra mucho que sigas queriendo ir —dijo—. Sé que las últimas semanas no han sido fáciles, pero te agradezco mucho tu apoyo, a pesar de todo lo que estás pasando.

Matilda tragó saliva con dificultad; el nudo en la garganta había vuelto.

—Supongo que James te contó que visitamos el orfanato.

La expresión de Lady Constance se ensombreció ligeramente.

—Lo mencionó, pero solo de pasada. Espero que no pienses que estaba cotilleando; dijo que habíais planeado ir, pero no me contó nada más.

Matilda respiró hondo y se sinceró con Lady Constance sobre Josephina, sus temores y el extraño alivio de saber que su hermana ya no estaba bajo el cuidado del cruel personal del orfanato. También le confesó sus preocupaciones sobre el destino de Josephina: si estaría viva, si tendría comida, ropa, si estaría a salvo. Se le escapó una lágrima que Matilda se apresuró a enjugar, esforzándose por mantener la compostura.

—Lo siento mucho, Matilda —dijo Lady Constance, y le tomó la mano—. Pero lo único que puedo hacer es repetir lo que James ha dicho. Todos estamos aquí para ti, y haremos todo lo posible por ayudarte a encontrar a tus hermanas. James ha sido un gran consuelo para ti estas últimas semanas, ¿verdad?

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de Matilda; el pecho se le llenó de calidez al pensar en James.

—Desde luego que sí. Ha sido una fuente de fortaleza; no sé cómo habría salido adelante sin él. De hecho, llevo tiempo queriendo contarte... Creo que lo que sentimos el uno por el otro se está volviendo más profundo.

Lady Constance soltó un gritito de alegría y aplaudió; el rostro se le iluminó de júbilo.

—¡Lo sabía! Notaba que había algo entre vosotros dos. No estaba segura de si era respeto mutuo o algo más profundo, pero conozco a mi James, y está absolutamente prendado de ti.

Matilda vaciló, invadida de pronto por la ansiedad.

—No estaba segura de cómo te sentirías al respecto.

—¡Oh, Matilda, estoy encantada! ¡Por supuesto que lo estoy! —exclamó Lady Constance, y abrió los brazos para estrecharla en un cálido abrazo—. Mis dos mejores amigos enamorados el uno del otro; no podría imaginar nada más perfecto.

El alivio invadió a Matilda, que sintió cómo se le quitaba un peso de encima. No sabía bien por qué había estado tan nerviosa por contarle a Lady Constance lo del afecto creciente entre James y ella, pero ahora que lo había confesado, se sentía más ligera, como si un rayo de sol hubiera atravesado las oscuras nubes de su preocupación.

Las dos jóvenes siguieron charlando; sus risas y susurros emocionados llenaban la habitación. No se daban cuenta de que Francis, la doncella, acechaba detrás de la puerta entreabierta, con el rostro crispado por los celos y el rencor.

Francis lo había oído todo, y su amargura hacia Matilda se intensificaba por momentos. A sus ojos, Matilda realmente parecía conseguirlo todo: ropa elegante, el afecto de la familia y ahora el corazón de James. Pero Francis no lo toleraría. Tras haber fracasado en sus intentos anteriores de empañar la reputación de Matilda, sabía que tendría que idear un plan más ambicioso, uno que convenciera a Lord y Lady Whitmore de que Matilda no era de fiar, al fin y al cabo.

Mientras se alejaba de la puerta, la mente de Francis bullía de posibilidades. Esperaría el momento oportuno, al acecho, aguardando la oportunidad perfecta para atacar. Y cuando lo hiciera —se juró—, el mundo que Matilda había construido con tanto esmero se derrumbaría a su alrededor.

CAPÍTULO 19



Era un día claro y fresco, y el cielo azul brillante se divisaba desde las ventanas del salón de Lady Constance. Matilda y Lady Constance, rodeadas de un torbellino de papeles, ultimaban los preparativos para el baile benéfico. La cálida luz del sol bañaba la habitación y resaltaba las expresiones concentradas de las dos jóvenes.

—Matilda, ¿podríamos repasar las tarjetas de aceptación otra vez? —preguntó Lady Constance, retorciéndose las manos con nerviosismo. Su compostura habitual había dado paso a una inquietud poco característica en ella.

Matilda alzó la vista con una breve sonrisa en los labios. Era inusual ver a su amiga tan alterada. —Constance, muchas personas han aceptado, y estoy segura de que el baile será un éxito rotundo —se rio suavemente—. Pero si te hace sentir mejor, repasemos las tarjetas de aceptación y confirmemos los números.

Los hombros tensos de Constance se relajaron un poco. —Me conoces muy bien. Sé que me preocupo demasiado, Matty, pero quiero que este primer evento que he organizado para la obra benéfica sea un éxito.

—Y por supuesto que lo será, Constance —la tranquilizó Matilda mientras le apretaba la mano—. Has puesto tanto esfuerzo en esto; sé que va a ser una noche maravillosa.

Matilda giró la silla para mirar la estantería que tenía detrás y recorrió los estantes con la mirada en busca del archivo donde había anotado a mano el registro de invitados y marcado las tarjetas de asistencia. Hojeó rápidamente los archivos de la pila, sin éxito. Una pequeña arruga de preocupación se le formó en la frente mientras cruzaba la habitación hacia el escritorio de Lady Constance, junto a la ventana, y revisaba metódicamente las pilas de correspondencia.

—¿Pasa algo, Matilda? —preguntó Lady Constance al percibir el repentino silencio.

—Qué extraño —murmuró Matilda—. Ayer mismo estuve revisando este archivo, y ahora no parece estar aquí.

—¿Lo llevaste a tu habitación? —sugirió Lady Constance, ladeando la cabeza con gesto pensativo.

—No, desde luego que no. Siempre dejo toda la correspondencia aquí para tenerla toda junta —la voz de Matilda se fue apagando mientras continuaba la búsqueda, y una preocupación persistente empezó a roerla.

A medida que pasaban los minutos y la búsqueda exhaustiva por el escritorio y el salón no daba resultados, la ansiedad de Matilda iba en aumento. No podía evitar pensar que su distracción —la búsqueda continua de sus hermanas— la había vuelto descuidada. Ahora temía haber decepcionado a Lady Constance por no haberse concentrado del todo en su tarea.

Lady Constance, al percibir la angustia de su amiga, intentó calmarla como pudo. —No te preocupes, Matilda. Seguro que aparece. Y sé que has repasado el archivo en varias ocasiones, así que todo saldrá bien.

Pese a las palabras tranquilizadoras, Matilda no lograba quitarse de encima la sensación de que algo iba mal.

Mientras la búsqueda continuaba en la planta baja, en el último piso de la casa Francis permanecía muy erguida en su silla, rodeada de un mar de papeles arrugados esparcidos por el suelo. El archivo de correspondencia robado yacía abierto sobre su mesa, en la última hoja escrita a mano donde Matilda había anotado todas las tarjetas de aceptación. Francis sujetaba una pluma con firmeza entre los dedos, con los labios apretados por la concentración, y copiaba con

esmero la caligrafía de Matilda, tratando de imitar lo mejor posible los elegantes trazos.

La habitación estaba en penumbra, salvo por el círculo de luz de la lámpara que iluminaba su espacio de trabajo. Francis se inclinaba sobre su tarea con el rostro convertido en una máscara de determinación.

La frustración era evidente en su mandíbula apretada mientras hacía una bola con otra hoja de papel y la arrojaba a la pila creciente del suelo. Tomó una hoja nueva, mojó la pluma en la tinta y volvió a deslizarla sobre la página. Sus ojos iban y venían entre la caligrafía de Matilda en el archivo y sus propios intentos de falsificación.

Mientras trabajaba, la mente de Francis divagó hacia los momentos que la habían llevado a aquel acto desesperado. Recordó los elogios prodigados a Matilda, la forma en que James la miraba, el trato preferencial que parecía recibir de los Whitmore. Cada recuerdo avivaba las llamas de sus celos y endurecía su determinación.

Una tabla del suelo crujió en el pasillo y Francis se quedó paralizada un instante. El corazón se le aceleró mientras aguzaba el oído, temerosa de que la descubrieran. Al no oír más sonidos, soltó un suspiro tembloroso y volvió a su tarea con renovado vigor.

El tiempo parecía ralentizarse mientras Francis perfeccionaba su imitación de la escritura de Matilda. Con cada minuto que pasaba, su confianza crecía. Pronto, pensó, se revelaría la verdadera naturaleza de Matilda.

Con mano firme, comenzó de nuevo a redactar la carta incriminatoria:

«Mi queridísimo Thomas:

Ha pasado tanto tiempo desde que nos vimos por última vez, pero mi corazón todavía te añora. Ten por seguro que llegará un momento, en un futuro muy cercano, en que podremos estar juntos de nuevo.

Mi empleo aquí es solo para asegurar un futuro mejor para nosotros, cueste lo que cueste. Ten por seguro que te echo de menos cada día...»

Francis se recostó y admiró su trabajo; una sonrisa cruel le bailaba en las comisuras de la boca. Reflexionó sobre las palabras y se preguntó si habría logrado captar el tono de Matilda, o si la descubrirían fácilmente. Un momento de duda le nubló la mente: su conciencia hacía un último esfuerzo por persuadirla de obrar bien.

Pero el recuerdo de la risa despreocupada de Matilda, de la forma en que todos en la casa la habían acogido tan rápidamente, disipó cualquier vacilación. Los ojos de Francis se endurecieron con determinación.

Miró el reloj de la pared y repasó mentalmente la rutina de Lady Whitmore. Tendría que asegurarse de que el archivo estuviera perfectamente colocado para que Lady Whitmore lo encontrara de camino al salón después de la cena. Francis sabía que tenía menos de una hora para terminar la carta y poner su plan en marcha.

Con renovada determinación, mojó la pluma una vez más y continuó vertiendo palabras de amor y deseo en nombre de Matilda. Salpicó el texto con detalles sobre la casa y los próximos eventos, sacados de la correspondencia robada para dar autenticidad a su creación.

Mientras escribía, Francis imaginó la conmoción en el rostro de Lady Whitmore al descubrir la carta, la decepción en los ojos de James cuando se enterase de la supuesta traición de Matilda.

Finalmente, con un floreo, Francis firmó el nombre de Matilda al pie de la carta. La sostuvo a la luz y escrutó cada letra. Satisfecha con su obra, dobló cuidadosamente la carta y la deslizó en el archivo de correspondencia.

Francis bajó sigilosamente por las estrechas y mal iluminadas escaleras de servicio, con el corazón latiéndole como un tambor.

Se detuvo en cada segundo escalón para aguzar el oído, con la respiración entrecortada, hasta llegar al rellano alfombrado del primer piso.

Se movió como una sombra hasta la barandilla, con los oídos atentos al delicado tintineo de las tazas de café en el comedor, la señal de que la cena estaba a punto de terminar.

Avanzó hacia la segunda barandilla con pasos ligeros. Al final del corto pasillo se hallaba el salón de Lady Whitmore, con la puerta

apenas entreabierta, que dejaba ver el parpadeo de la luz del fuego en su interior.

Con manos temblorosas, Francis dejó caer el archivo de correspondencia justo delante de la puerta, asegurándose de que la carta condenatoria asomara por la parte superior, con los bordes nítidos y limpios. El corazón le martilleaba en el pecho y, por un momento, se quedó paralizada, contemplando el archivo, y volvió a colocar la carta para cerciorarse de que resultara bien visible.

Satisfecha con su trabajo, Francis volvió a toda prisa por el pasillo, con el corazón en un puño, y se escabulló en el oscuro armario de la ropa blanca. Pegó la oreja a la rendija de la puerta, conteniendo el aliento, a la espera.

Los minutos se arrastraron como horas, pero al fin escuchó el sonido revelador que había estado esperando: pasos en las escaleras. Francis entreabrió la puerta del armario lo justo para vislumbrar la delicada figura de Lady Whitmore mientras subía, con el susurro de sus faldas al acercarse.

Francis se mordió el labio y el pulso se le aceleró mientras Lady Whitmore se aproximaba al salón. La vio detenerse, luego agacharse con el ceño fruncido, perpleja, mientras recogía la carpeta de correspondencia del suelo.

Francis se inclinó hacia delante, con los ojos muy abiertos, sin atreverse apenas a parpadear.

Cuando Lady Whitmore se enderezó, la carta se deslizó de la carpeta y revoloteó hasta el suelo como un secreto culpable. Lady Whitmore vaciló; su mirada se agudizó mientras se agachaba de nuevo, con los ojos fijos en el sobre dirigido a «Mi Querido Thomas». Contempló la carta y su expresión se fue oscureciendo con sospecha. Hojeó rápidamente el resto de la correspondencia; sus ojos perspicaces reconocieron enseguida la caligrafía familiar.

Francis apenas podía contenerse; le temblaba todo el cuerpo de anticipación. Lady Whitmore miró a su alrededor y recorrió el pasillo con la mirada en busca del culpable, pero no vio a nadie. Tras una breve vacilación, deslizó los dedos bajo el sello y lo rompió con un suave chasquido. Desdobló la carta y comenzó a leer.

Francis observó cómo el rostro de Lady Whitmore iba cambiando: las mejillas se le enrojecieron y su expresión se endureció con cada palabra. Las comisuras de la boca se le tensaron mientras asimilaba las apasionadas declaraciones de amor, líneas que parecían escritas con la elegante caligrafía de Matilda.

Al fin, Lady Whitmore volvió a meter la carta en la carpeta y la cerró de golpe con una fuerza que sobresaltó incluso a Francis. Se dirigió al salón y cerró la puerta.

Los labios de Francis se curvaron en una lenta sonrisa victoriosa. Lo había conseguido. La caída de Matilda era segura. Celebró en silencio en el reducido espacio del armario de la ropa blanca. Esperó unos minutos más, miró a ambos lados y salió de su escondite, ansiosa por ver cómo demonios iba a salir Matilda de esta.

CAPÍTULO 20



La noche se había cerrado cuando Lady Whitmore mandó llamar a Matilda a su vestidor. La oscuridad del exterior parecía reflejar la inquietud que la embargaba. ¿Qué querría Lady Whitmore a esas horas? ¿Le habría ocurrido algo a Lady Constance? ¿O quizás habían llegado noticias de los Talbot? Una oleada de esperanza la invadió ante ese pensamiento. Los pensamientos se le agolpaban, incapaz de centrarse en uno solo.

Matilda recorrió el pasillo a toda prisa y llamó con suavidad a la puerta de Lady Whitmore.

Lady Whitmore permanecía sentada tras su escritorio con rigidez, la postura severa, el rostro marcado por el desagrado.

La mirada de Matilda se desvió nerviosa hacia el escritorio, donde el archivo de correspondencia descansaba de forma ominosa, y un nudo se le formó en el estómago.

—¡Oh! —exclamó Matilda con fingida alegría, esperando disipar la tensión—. ¡Ha encontrado el archivo! Lady Constance y yo lo hemos buscado por todas partes.

—En efecto, Matilda. Estoy segura de ello.

Un escalofrío le recorrió la espalda ante el extraño tono de Lady Whitmore. Algo iba terriblemente mal. Miró ansiosa a la mujer mayor, cada vez más confundida.

—Lo siento muchísimo, Lady Whitmore. ¿Ocurre algo?

Lady Whitmore entrecerró los ojos.

—No estoy segura, Matilda. Quizás puedas ilustrarme. ¿Hay algo que deba preocuparte?

El rubor le encendió las mejillas. ¿Era esta la reprimenda que tanto había temido? ¿Estaba Lady Whitmore a punto de regañarla por descuidar sus deberes, por distraerse de sus responsabilidades mientras buscaba a sus hermanas?

—Yo... lo siento muchísimo, Lady Whitmore —tartamudeó Matilda mientras se retorcía las manos con nerviosismo—. Tendré más cuidado con la correspondencia en el futuro. Lo buscamos por todas partes, de verdad, y no entiendo cómo ha llegado hasta aquí.

—No es la correspondencia lo que deseo tratar —la interrumpió Lady Whitmore con frialdad—. Es esto.

Colocó un sobre blanco sobre el escritorio y lo deslizó hacia ella con mirada acusadora.

—¿Puedes explicar esto?

Matilda clavó la mirada en el sobre y frunció el ceño, desconcertada.

—Yo... lo siento, Lady Whitmore. No lo reconozco.

—Quizás esto te refresque la memoria.

Las manos de Lady Whitmore temblaron ligeramente al abrir el sobre y extraer la carta, cuidadosamente doblada.

—¿No es esta tu letra?

A Matilda se le cayó el alma a los pies.

—He escrito todo lo que hay en ese archivo, sí, pero... le juro que no reconozco esta carta.

Lady Whitmore apretó los labios y comenzó a leer en voz alta. Cada palabra era una flecha que le atravesaba el corazón a Matilda. Apenas podía creer lo que oía: palabras de amor y anhelo por un hombre llamado Thomas. La cabeza le daba vueltas.

—Lady Whitmore, no conozco a ningún Thomas —exclamó Matilda con la voz entrecortada—. Yo no escribí esto. Se lo juro, no sé de dónde ha salido esta carta.

—Escribiste la lista de aceptaciones, ¿no es cierto? —preguntó Lady Whitmore con voz cortante.

—Sí —susurró Matilda mientras las lágrimas le asomaban a los ojos.

—Y la letra coincide.

La voz de Lady Whitmore se suavizó ligeramente, pero el recelo seguía presente.

—¿Puedes explicar eso?

—No puedo... —la voz de Matilda titubeó—. No puedo explicarlo. No lo entiendo.

Antes de que pudiera decir más, unos golpes en la puerta los interrumpieron. James entró con el rostro lleno de preocupación. Miró primero a su madre y luego a Matilda, cuyo rostro bañado en lágrimas lo alarmó.

—¿Qué ocurre? —preguntó mientras se acercaba a Matilda y le tomaba las manos—. Matilda, ¿qué ha pasado? ¿Son tus hermanas?

—¡Oh, James! —sollozó Matilda—. ¡No sé de dónde ha salido esta carta! ¡Tienes que creerme!

James miró a Lady Whitmore con ojos suplicantes.

—¿Madre?

Lady Whitmore suspiró, el rostro marcado por la preocupación.

—Encontramos esta carta en el archivo de correspondencia que Matilda lleva para Lady Constance. No quería que llegáramos a esto, James, pero es mejor que la leas tú mismo.

Le entregó la carta, y mientras él leía las palabras de amor apasionado supuestamente escritas por Matilda, el rostro se le contrajo en una mueca de confusión. Le temblaba la mano y el papel se agitaba con ella. Matilda lo observaba angustiada, el corazón destrozándosele al ver cómo la incredulidad crecía en los ojos de James.

La confusión de su rostro dio paso a una expresión más profunda y dolorosa de traición. Se volvió hacia Matilda con la mandíbula apretada y la voz temblorosa.

—Matilda, sabes que puedes contarme cualquier cosa. Si... si este Thomas es alguien que conoces, si hay algo que me ocultas, podemos resolverlo. Necesito que seas sincera conmigo.

Matilda retrocedió como si las palabras la hubieran abofeteado. Las lágrimas le corrían ahora libremente por las mejillas, el corazón

destrozándosele ante la idea de que él, precisamente él, pudiera dudar de ella. Negó con la cabeza con vehemencia, la voz alzándose en desesperación.

—James, te juro por todo lo sagrado que no conozco a nadie llamado Thomas. ¡Yo nunca escribí esa carta! ¡Tienes que creerme!

James parecía desgarrado, el corazón en clara batalla con la razón. La carta que sostenía era una prueba irrefutable, y sin embargo la mujer que tenía delante, la mujer por la que sentía tanto afecto, parecía incapaz de semejante engaño. Volvió a mirar la carta; las palabras se difuminaban ante sus ojos. Cuando alzó la vista hacia Matilda, parecía perdido.

—Matilda...

Su voz era suave ahora, casi suplicante, como si esperara una explicación sencilla, una forma de arreglarlo todo. Pero cuando ella no le ofreció ninguna, solo más lágrimas y negaciones desesperadas, dio un pequeño paso atrás y le soltó las manos.

—Yo... quiero creerte —susurró con los ojos nublados por el dolor —. Pero esta carta... está escrita con tu letra. Son tus palabras. ¿Cómo puedo explicarme esto?

Antes de que Matilda pudiera responder, Lady Whitmore intervino con un tono teñido de lástima.

—James, este no es momento para ingenuidades. Las pruebas son claras, y aunque esperaba una explicación mejor, no puedo ignorar lo que tenemos delante. Esta carta habla de otro hombre, y hasta que se demuestre lo contrario, debemos considerar la posibilidad de que el corazón de Matilda... haya estado dividido.

A Matilda se le hundieron los hombros. La idea de que Lady Whitmore, y ahora James, pudieran pensar que ella lo traicionaría era insoportable. Las lágrimas arreciaron mientras suplicaba:

—¡No! Por favor, yo nunca... jamás podría hacerte esto.

Pero la duda ya estaba sembrada, y se notaba claramente en el rostro pálido de James.

—Por favor, James —suplicó Matilda con la voz quebrada—. No creas esta mentira. No sé cómo ha podido pasar, pero te juro que no es verdad.

Durante un largo instante, se hizo el silencio. El aire de la habitación pareció esfumarse. Al fin, James habló con voz tensa.

—Yo... no sé qué pensar —admitió, mientras sus ojos escudriñaban el rostro de Matilda en busca de respuestas que ella no podía darle.

Matilda sintió que el corazón se le hacía añicos. La distancia entre ellos parecía insalvable y no sabía cómo cruzarla. Se volvió hacia Lady Whitmore con los ojos muy abiertos, suplicantes, pero el rostro de la mujer mayor estaba petrificado, su veredicto era evidente.

Matilda retrocedió un paso, con las piernas temblándole. Con una última mirada desgarradora a James, cuyo rostro estaba marcado por el dolor, se dio la vuelta y huyó de la habitación.

Al llegar a la puerta de su habitación, se derrumbó sobre la cama, el cuerpo sacudido por los sollozos. La injusticia de todo aquello la abrumaba. No sabía cómo había aparecido la carta en el archivo, no entendía por qué estaba escrita con su letra. Pero una cosa estaba clara: alguien quería que sufriera, alguien quería apartarla del lado de James.

CAPÍTULO 21



El día siguiente amaneció gris y sombrío, como si los cielos mismos reflejaran el estado de ánimo de Matilda. Yacía en su cama, aplastada por el peso de los acontecimientos del día anterior. Deseaba con todas sus fuerzas permanecer escondida, acurrucada en la seguridad de su habitación, lejos de las miradas curiosas y los sirvientes chismosos que, estaba segura, ya se habían enterado del escándalo.

La vergüenza le teñía las mejillas mientras imaginaba los susurros que debían de estar circulando por la casa. Algunos, estaba segura, estarían regodeándose tras su rápido ascenso. La idea de enfrentarse a sus miradas críticas le revolvía el estómago.

A pesar de la tentación de esconderse, Matilda se obligó a levantarse. Se acercó al lavabo y se echó agua fría en la cara para armarse de valor ante el día que tenía por delante. Mientras se vestía, con los dedos torpes en los botones familiares de su vestido, intentó encontrar fuerzas en la certeza de su inocencia.

Aunque no estaba segura de si todavía tenía un puesto en la casa, Matilda se dirigió al salón de Lady Constance después de un desayuno apenas tocado. Cuando llegó a la puerta familiar, vaciló. Respiró hondo y llamó tímidamente, un gesto poco habitual en ella, pero que esa mañana parecía necesario.

—Adelante —dijo Lady Constance desde dentro. ¿Su voz era más dura de lo habitual, o se lo estaba imaginando?

Al abrir la puerta, la escena que la recibió le cortó la respiración. James estaba de pie junto a Constance en su escritorio, y ambos se volvieron para mirarla cuando entró. Los hombros de Matilda se hundieron involuntariamente, invadida por la certeza de que James había compartido todo sobre la noche anterior con Constance. Esto, pensó con el alma en los pies, era donde su servicio, y quizás incluso su amistad con Lady Constance, llegaría a su fin.

—Oh, lo siento. Espero no estar interrumpiendo nada —tartamudeó Matilda, con la voz apenas audible.

—Por favor, Matilda, entra —dijo Lady Constance con tono indescifrable—. Queríamos hablar contigo.

Matilda cerró la puerta tras de sí, con las manos húmedas sobre el pomo. Dio unos pasos vacilantes hacia el interior, preparándose para lo peor.

—Espero que no te importe, Matilda —comenzó Constance, con voz más suave de lo que Matilda esperaba—, pero James me leyó el contenido de esta carta.

Las mejillas de Matilda se sonrojaron y el calor de la vergüenza le subió por el cuello.

—Lo siento mucho, Constance. Todavía no tengo ni idea de dónde salió esta carta... —comenzó, atropellándose con las palabras, pero Lady Constance levantó la mano para indicarle que se detuviera.

—Por favor, Matilda, esto no es lo que piensas —dijo Constance —. Mientras James me leía la carta, algo me pareció muy extraño. Algunas de estas frases no son palabras que tú usarías —explicó, y sus ojos lograron de algún modo transmitir calidez y comprensión—. Se lo mencioné a James, y tras un examen más detallado, él también notó algunas inconsistencias en la caligrafía.

El corazón de Matilda dio un vuelco y la esperanza floreció en su interior. Miró a James, quien le sostuvo la mirada con una mezcla de culpa y afecto.

—Lo siento, Matilda —dijo él—. Espero que puedas perdonarme por haber creído tan fácilmente que esta carta podía ser tuya. Pero

si nos sentamos a examinarla juntos, creo que encontraremos muchas inconsistencias que presentar a Lady Whitmore.

Las lágrimas se agolparon en los ojos de Matilda, lágrimas de alivio y de un amor que apenas ahora comenzaba a comprender plenamente. Al mirar a James y a Constance, sintió una oleada de calidez hacia aquellas dos personas que tenían fe en ella incluso ante pruebas tan comprometedoras.

En ese momento, mientras el peso del miedo y la vergüenza comenzaba a aliviarse, Matilda se dio cuenta de cuán profundos eran en realidad sus sentimientos por James. La idea de perderlo, de perder la confianza y el afecto de la familia Whitmore, se le había vuelto insoportable.

Y así los tres trabajaron incansablemente hasta bien entrada la noche, con la habitación bañada en el resplandor de las lámparas de aceite. Lady Constance, con su agudo oído para el lenguaje, examinó minuciosamente la redacción de la carta e identificó expresiones que parecían ajenas a la manera habitual de hablar de Matilda.

James, con el ceño fruncido por la concentración, comparó meticulosamente cada rizo y trazo de cada letra con la caligrafía genuina de Matilda, y fue sacando archivo tras archivo de sus notas y correspondencia. Matilda, conmovida por su dedicación, se turnaba entre ayudar a James y dar contexto a las preguntas de Lady Constance.

A medida que pasaban las horas, sus esfuerzos dieron fruto. Surgió un archivo detallado que catalogaba cada inconsistencia para la inspección de Lord y Lady Whitmore. El peso de las pruebas contra la autenticidad de la carta creció con cada descubrimiento, y sus ánimos se elevaron.

Cuando por fin terminaron, Matilda contempló con calidez a sus dos amigos a la luz parpadeante de las lámparas. La gratitud brotó en su interior, no solo por el destello de esperanza de conservar su puesto con los Whitmore, sino por la posibilidad de que ella y James aún pudieran tener un futuro juntos.

Lady Constance, reprimiendo un bostezo, se excusó para ir a acostarse, y dejó a James y Matilda solos en el salón. El aire entre

ellos estaba cargado de emoción contenida. James cruzó la habitación con rapidez, se arrodilló junto a la silla de ella y le tomó suavemente una mano entre las suyas.

—Matilda —comenzó, con voz baja y sincera—, ¿podrás perdonarme alguna vez? Ahora está claro que esta carta es una falsificación, y lamento cada segundo que dudé de ti.

Matilda lo miró a los ojos y percibió su sinceridad.

—Está bien, James —respondió ella con voz suave—. Lo entiendo, te presentaron pruebas bastante comprometedoras. Solo agradezco que hayas tenido la diligencia de examinar la carta para que podamos explicárselo todo a Lady Whitmore.

James bajó la mirada y un destello de inquietud le cruzó el rostro. Cuando volvió a hablar, su voz estaba teñida de incertidumbre.

—Espero que esto no cambie las cosas entre nosotros, Matilda —se aventuró a decir, y las palabras quedaron suspendidas en el aire entre ellos.

Ella le sostuvo la mirada una vez más mientras el corazón se le aceleraba.

—Mis sentimientos por ti no han cambiado, James —respondió en voz baja, y un rubor le subió a las mejillas ante su propia audacia. Bajó la vista al suelo, de pronto tímida.

El regreso de Lady Constance interrumpió su incomodidad, y su presencia fue tanto un alivio como una decepción para ambos.

—Bien, vosotros dos —dijo—, creo que es hora de que todos descansemos. Mañana tenemos que hablar con mamá y papá, y estoy segura de que será un día importante.

—Sí, por supuesto, tienes razón —asintió James mientras se ponía de pie y se sacudía los pantalones—. Os veré mañana a las dos.

Le guiñó un ojo a Matilda y se marchó.

El día siguiente transcurrió con sorprendente rapidez. Lord y Lady Whitmore, tras revisar las pruebas meticulosamente recopiladas, quedaron completamente convencidos de que la carta era un fraude.

La revelación de que alguien de su propia casa albergaba intenciones tan maliciosas hacia Matilda y James los perturbó

profundamente.

Lady Whitmore no perdió tiempo en abordar la situación. Convocó a todo el personal de la casa; su habitual calidez había dado paso a un porte severo. Explicó, sin rodeos, que realizaría entrevistas individuales durante el día.

La señora Bailey, visiblemente incómoda por no haber sido informada, cumplió no obstante con las instrucciones de Lady Whitmore y fue enviando al personal uno por uno a las entrevistas.

En un rincón sombrío del salón de los sirvientes, Francis permanecía apartada de los demás. Retorcía nerviosamente el delantal entre los dedos mientras observaba a sus compañeros regresar de las entrevistas con rostros que, para su frustración, no revelaban nada.

A medida que avanzaba el día, la tensión en las dependencias del servicio se volvió palpable. Los criados intercambiaban susurros, y todos se preguntaban qué podría revelar el interrogatorio de Lady Whitmore. Francis, pálida y demacrada, era incapaz de concentrarse en sus tareas; le temblaban las manos mientras intentaba doblar la ropa blanca.

Finalmente, cuando la luz de la tarde comenzaba a desvanecerse, le llegó el turno a Francis de enfrentarse a Lady Whitmore. Entró en el estudio con aprensión; el corazón le latía tan fuerte que estaba convencida de que se oía por toda la casa.

Lady Whitmore estaba sentada tras el imponente escritorio, con expresión indescifrable.

—Por favor, siéntate, Francis —dijo, señalando la silla frente a ella.

Francis se dejó caer en el asiento con las piernas flaqueándole. Se apretó las manos con fuerza en el regazo.

—Francis —comenzó Lady Whitmore con voz serena pero firme —, estoy segura de que eres consciente del reciente... incidente relacionado con una carta falsificada.

Francis asintió en silencio, sin atreverse a hablar.

—Hemos examinado la carta detenidamente —continuó Lady Whitmore— y hemos notado algunas peculiaridades. Por ejemplo, la

caligrafía guarda un sorprendente parecido con la de Matilda, pero hay diferencias sutiles que sugieren que fue imitada, no auténtica.

Hizo una pausa y clavó los ojos en Francis.

—¿Sabes algo al respecto?

A Francis se le secó la boca y le costó articular palabra.

—Yo... no estoy segura de a qué se refiere, milady —tartamudeó —. Nunca había visto el archivo de correspondencia perdido hasta hoy.

Señaló el archivo en el borde del escritorio.

Lady Whitmore enarcó las cejas bruscamente.

—Francis, no recuerdo haber mencionado nada sobre un archivo de correspondencia perdido. ¿Cómo lo sabías?

Francis palideció al darse cuenta de su error. Abrió la boca para hablar, pero no le salieron las palabras.

Lady Whitmore no apartó la mirada.

—Francis, quiero que entiendas la gravedad de esta situación. La falsificación es un delito grave, y la intención de este acto era claramente maliciosa. Creo que ha llegado el momento de que me lo cuentes todo.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Francis oía su propia respiración acelerada, sentía el sudor que le perlaba la frente. En ese momento se dio cuenta de que el juego había terminado, y una oleada de amargura la invadió.

—¡Está bien! —escupió con la voz temblorosa de ira—. ¡Sí, fui yo! Falsifiqué la carta. ¿Y por qué no iba a hacerlo? Siempre es Matilda esto, Matilda aquello. Todos adulándola, dándole un trato especial. No es nadie, ¿y de repente es la dama de compañía de Lady Constance? ¿Y ahora también ha llamado la atención del señorito James?

La voz de Francis se elevaba con cada palabra mientras meses de rencor se desbordaban.

—¡No se merece nada de eso! Llevo años aquí, trabajando igual de duro, pero nadie me hace caso. ¡No es justo!

La expresión de Lady Whitmore se endureció mientras escuchaba el arrebato de Francis.

—Francis —dijo con voz gélida—, estoy profundamente decepcionada. Tus acciones han causado una gran angustia en esta casa, y tu falta de arrepentimiento resulta preocupante. Los celos no son excusa para semejante engaño y malicia.

Francis la miró con desafío, ya sin importarle las consecuencias.

—Me temo que tu puesto aquí ya no es viable —continuó Lady Whitmore—. Harás las maletas de inmediato y te marcharás de la casa. Te daré una carta de referencia, pero en ella constará el verdadero motivo de tu despido.

Francis se levantó de golpe y tiró la silla hacia atrás.

—Quédese con su referencia —gruñó—. No necesito nada de esta casa ni de su preciada Matilda.

Mientras se dirigía hacia la puerta, Lady Whitmore habló una vez más con un dejo de lástima en la voz:

—Francis, espero que algún día te des cuenta de que tus propias acciones, no Matilda ni nadie más, son la causa de tu infelicidad. No lo olvides en tu camino.

Con una última mirada desafiante, Francis salió del estudio y cerró de un portazo. Mientras se apresuraba a hacer las maletas, su mente era un torbellino de ira y resentimiento, y ya empezaban a bullirle pensamientos de venganza.

Cuando la noticia de la confesión y el despido de Francis se extendió por la casa, una mezcla de conmoción y alivio invadió al personal. Matilda, al enterarse, sintió un torrente de emociones: satisfacción por verse exonerada, tristeza y una extraña lástima por Francis.

Esa noche, Lord y Lady Whitmore convocaron a Matilda y James al salón. Al entrar, encontraron no solo a los señores, sino también a Lady Constance esperándolos.

—Matilda, James —comenzó Lord Whitmore con voz cálida—, os debemos una disculpa a ambos por la angustia que este incidente os ha causado. Lamentamos profundamente haber dudado de cualquiera de vosotros.

Lady Whitmore asintió.

—Nos ha impresionado cómo habéis llevado esta situación.

Hizo una pausa e intercambió una mirada con su marido antes de continuar:

—Entendemos que hay... sentimientos entre vosotros dos.

Matilda y James se sonrojaron y se lanzaron una rápida mirada.

—Si bien aprobamos vuestra relación —dijo Lord Whitmore—, tenemos algunas condiciones.

Matilda contuvo la respiración, a la espera de oír cuáles serían esas condiciones.

—James —continuó—, esperamos que completes tus estudios de medicina según lo previsto. Y Matilda, nos gustaría que continuaras tu formación para ser institutriz.

—Por supuesto —respondieron James y Matilda al unísono, con el alivio palpable en sus voces.

Lady Constance, que había permanecido callada hasta entonces, tomó la palabra:

—Estoy tan feliz por los dos —dijo con el rostro radiante—. Sois mis amigos más queridos, y no podría alegrarme más de veros juntos.

Mientras la conversación continuaba y se discutían planes para el futuro, Matilda sintió una sensación de pertenencia que no había experimentado en años. Sin embargo, incluso en aquel momento de alegría, su mente voló hacia sus hermanas. Estaba más desesperada que nunca por encontrarlas, por compartir con ellas la felicidad y la seguridad que había hallado allí.

CAPÍTULO 22



A pesar de la alegría que sentía por la bendición que ella y James habían recibido de lord y lady Whitmore, y del regreso de la calma a la casa, Matilda no conseguía quitarse de encima la culpa de que su buena fortuna no alcanzara también a sus hermanas. Cuanto más mejoraba su vida, más crecía su desesperación por encontrarlas. Sabía que ahora podía ofrecerles una vida mejor, y esa idea la consumía.

La desesperación pudo con ella, y una vez más se vio camino de Whitechapel, escuchando el traqueteo de los cascos del coche de alquiler por las sucias calles. Esperaba que la señora Parker siguiera en la casa de huéspedes, que recordara a las hermanas Bennett y quizás tuviera alguna información sobre Josephina.

Al mirar por la ventana y ver las calles conocidas, oír los gritos de los vendedores ambulantes y sentir el hedor omnipresente de verduras podridas y cuerpos sin lavar, su ansiedad fue en aumento. La miseria le parecía aún más impactante ahora que podía compararla con su nueva vida en la casa de los Whitmore.

Cuando el carruaje se detuvo frente a la casa de huéspedes, a Matilda le pareció que el tiempo se había parado. Tanto había cambiado en su vida, y sin embargo allí todo seguía exactamente igual. La calle adoquinada seguía con sus amplios canales de agua sucia a ambos lados, las pequeñas ventanas continuaban

empañadas de mugre, y los mismos dos cristales agrietados del primer piso seguían allí. Tragó saliva, nerviosa ante lo que la señora Parker pudiera contarle.

Al bajar del carruaje, notó que muchos ojos se posaban en ella. Sabía que las damas vestidas con tanta elegancia rara vez se aventuraban por aquella parte de Londres. Llamó a la puerta, que se abrió de golpe apenas unos segundos después.

Apareció la señora Parker, exactamente como Matilda la recordaba: mejillas sonrosadas y un delantal grande y gastado ceñido a su amplia cintura. La señora Parker parpadeó sorprendida al ver a una dama tan elegante en su puerta, pero enseguida recobró la compostura.

—Buenos días, señora. ¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó en su tono más educado.

Matilda la miró, buscando en su rostro algún signo de reconocimiento.

—Señora Parker, soy yo, Matty Bennett —dijo suavemente.

La señora Parker abrió la boca de par en par, sorprendida, y dejó escapar un largo silbido.

—¡Válgame Dios! ¡Casi no te reconozco, niña! Pero ahora que te miro bien, veo que eres tú, tan bonita como el día en que llegaste a esta puerta. ¡Pasa, pasa! —La hizo pasar, y Matilda arrugó la nariz al sentir los olores familiares de humedad y jabón de lejía.

—Sentémonos en el salón —dijo la señora Parker mientras la precedía—. Seguro que tienes mucho que contar.

Tras un breve intercambio de cortesías, la señora Parker fue a la cocina y volvió con dos tazas desportilladas de té y una porción de pastel de limón.

—Recuerdo que te gustaba, Matilda, ¿verdad? —dijo con una risita.

Matilda se sonrojó y aceptó agradecida el pastel de limón, cuya dulzura ácida le recordó tiempos más sencillos.

—Bueno —dijo la señora Parker, acomodándose en su silla con un crujido—, llevaba meses sin ver a ninguna hermana Bennett, y ahora he visto a dos en pocas semanas.

Matilda levantó la vista de golpe y el corazón le dio un vuelco.

—¿Ha visto a una de mis hermanas? ¿Era Kitty o Josephina?

La señora Parker asintió con los ojos brillantes por la emoción de compartir un chisme.

—Fue hace unas tres semanas. Estaba arriba limpiando cuando oí jaleo en la cocina. Bajé y me encontré a la señorita Josephina con los brazos metidos hasta los codos en mi lata de pan. Parecía tan hambrienta que no me atreví a regañarla. Agarró un par de hogazas y salió disparada por la puerta trasera en cuanto me vio.

Matilda sintió emociones encontradas. Era un alivio saber de Josephina, pero parecía que no le iba bien.

—¿Habló con ella? —preguntó Matilda con urgencia, inclinándose hacia delante.

—Como le dije, salió disparada por la puerta trasera en cuanto me vio. Ahora la cierro con llave, no porque le niegue unas hogazas, pero es que no hay mucho que repartir, ¿sabe usted?

—Por supuesto, lo entiendo. Permítame pagarle —ofreció Matilda buscando su bolso, pero la señora Parker rechazó el ofrecimiento con un gesto de la mano.

—No, no, Matilda, no lo he dicho por eso. ¿Tiene alguna idea de dónde puede estar?

—No —respondió Matilda con voz preocupada—, pero seguiré buscando.

—Bueno, sé que anda con esos chicos que se juntan en Angel Alley —dijo la señora Parker frunciendo el ceño—. Pero ese no es lugar para que lo visite una dama como usted, ni siquiera a plena luz del día.

—Gracias, señora Parker —dijo Matilda poniéndose de pie y alisándose las faldas—. Voy a acercarme en el coche al mercado callejero a preguntar por allí.

—Tenga cuidado, señorita Matty —le advirtió la señora Parker mientras Matilda volvía al coche de alquiler que la esperaba, con la cabeza dándole vueltas por la nueva información.

Con el estómago lleno de pastel de limón y té, Matilda sintió renacer la esperanza. Alguien había visto a Josephina. Subió de nuevo al coche de alquiler e indicó al conductor que la llevara al

corazón de Whitechapel, decidida a descubrir más pistas sobre el paradero de su hermana.

Poco después, Matilda estaba en las calles conocidas de Whitechapel, preguntándose si vería al señor Sharp vendiendo sus pasteles. Se recogió las faldas y se abrió paso por las calles mugrientas, mirando a un lado y a otro, examinando los rostros de los niños que pasaban corriendo.

Al acercarse al pub Ten Bells, el corazón le dio un vuelco al divisar una mata de rizos pelirrojos.

A Matilda se le revolvió el estómago. Se acercó más y sus temores se confirmaron al oír los inconfundibles tonos descarados de la señora Riley, que intentaba seducir a un caballero. A pesar de sus recelos, la desesperación por encontrar a su hermana pudo más que su reticencia a hablar con la señora Riley.

—Señora Riley —llamó, acercándose a la pareja.

La señora Riley se dio la vuelta y lanzó a Matilda una mirada irritada mientras el caballero se escabullía entre las sombras.

—¿Qué quieres? Me has espantado a un cliente —espetó. Sus ojos recorrieron la ropa elegante de Matilda—. ¿Y tú quién eres? Este no es lugar para una dama —soltó una risa burlona.

—Señora Riley, soy yo, Matilda. Matilda Bennett, de la casa de huéspedes de la señora Parker.

La señora Riley entrecerró los ojos y luego recuperó la compostura.

—Vaya, vaya, la pequeña Matilda Bennett —se burló—. Siempre te creíste mejor que las demás, y veo que lo has aprovechado bien, ¿eh?

Matilda ignoró la pulla. —Señora Riley, estoy buscando a Josephina. Me han dicho que la han visto por aquí.

Una sonrisa cruel se dibujó en el rostro de la señora Riley. —Oh, he visto a tu hermana, sí, vendiéndose por estas calles.

El rostro de Matilda se puso carmesí. —Eso no puede ser verdad —tartamudeó.

—No está a mi altura, eso sí —añadió la señora Riley con una sonrisa retorcida—. Pero se las apaña. —Se encogió de hombros con desdén—. Ahora, si me disculpas, tengo que ir a buscarme un nuevo

cliente, ¿no? —Y dicho esto, se alejó pavoneándose hacia las sombras, dejando a Matilda aturdida por lo que acababa de oír.

A Matilda le daba vueltas la cabeza, imaginando escenarios horribles. ¿Estaba Josephina realmente en una situación tan desesperada? Con el corazón en un puño, vagó por las calles, con los pensamientos desbocados. Apenas reparó en las manos extendidas de los mendigos ni en los gritos de los vendedores ambulantes mientras se adentraba en las zonas más oscuras y sombrías del mercado.

Su desesperación crecía con cada paso, y cuando cayó el crepúsculo, sintió un agotamiento abrumador. Dobló por otro callejón estrecho, donde la tenue luz apenas iluminaba el camino. Sabía que debería volver a casa, pero si Josephina estaba realmente en peligro, el tiempo apremiaba.

Al final del callejón, Matilda divisó un pequeño grupo de niños acurrucados en un portal. Se detuvo a preguntarles si habían visto a Josephina, pero no le hicieron caso y se escabulleron en la noche. Mientras seguía adelante, oyó pasos a su espalda. Creyendo que los niños habían decidido ayudarla después de todo, se dio la vuelta y se encontró frente a dos hombres: uno alto y delgado, el otro más bajo, fornido y calvo.

—¿Adónde va, señorita? ¿Está perdida? ¿Podemos ayudarla? —preguntó el alto con una sonrisa amenazadora.

A Matilda se le aceleró el pulso. —No, gracias —dijo, intentando mantener la calma—. Estoy buscando a mi hermana, pero se está haciendo tarde. Debo volver a mi coche de punto.

Cuando intentó pasar, los hombres le cortaron el paso. —Vamos, vamos, señorita, nos encantaría ayudar —dijo el más bajo—. ¿Cómo se llama su hermana?

—Josephina —respondió Matilda con la voz temblorosa—. Pero volveré mañana. Por favor, ¿puedo pasar?

—Claro que puede, cariño —se burló el más alto—, en cuanto nos entregue esos bonitos pendientes. Seguro que valen una buena pasta.

A Matilda se le aceleró el corazón cuando los recuerdos de su primer día trabajando para el señor Sharp volvieron en tropel: dos

chicos le habían robado el salario. ¿Podía estar pasándole esto de nuevo? Con las manos temblorosas, se quitó los pendientes y se los entregó.

Los hombres intercambiaron sonrisas maliciosas. —Y ahora, ¿qué más llevas encima, señorita? —preguntó el bajo.

—No tengo nada más —insistió Matilda.

—Asegurémonos —gruñó el más alto, y la empujó bruscamente contra la pared. La mano mugrienta del hombre le cubrió la boca mientras el más bajo le registraba las faldas. Matilda gritó, pero su voz quedó amortiguada. Las lágrimas le corrían por las mejillas mientras los recuerdos volvían en tropel.

Encontró el pequeño monedero y se lo metió en el bolsillo. Le arrancó los guantes de cuero y le quitó la peineta, y el cabello le cayó en cascada sobre los hombros. —Vaya, eres una preciosidad, ¿eh? —dijo el más alto, acariciándole la cara con la mano sucia.

Temiendo lo peor, Matilda reunió todas las fuerzas que tenía. Mordió con fuerza la mano que le cubría la boca y le dio una patada al más alto en las espinillas. El hombre aulló de dolor. —Vamos, tío, no vale la pena —murmuró el más bajo.

Como golpe de gracia, el más alto agarró a Matilda por los hombros y la tiró bruscamente al suelo. Cayó con fuerza sobre los adoquines, se golpeó la cabeza contra el pavimento y todo se volvió negro.

Cuando Matilda volvió en sí, el callejón estaba completamente a oscuras, tan oscuro que no podía verse ni la mano delante de la cara. Gimiendo, se incorporó hasta quedar sentada y se encogió de dolor al notar el bulto palpitante en la parte posterior de la cabeza. Poco a poco, se obligó a ponerse de pie, tambaleante, y avanzó a trompicones hacia la entrada del callejón. Hizo señas al primer coche de punto que vio y sintió un alivio inmenso cuando se detuvo.

Una vez a salvo en el carruaje, la mente de Matilda se desbocó, llena de arrepentimiento. Qué tonta había sido. Su desesperación por encontrar a su hermana le había nublado el juicio y la había llevado directamente al peligro. Pensó en James y en los Whitmore, que a esas alturas seguramente estarían frenéticos de preocupación.

La vergüenza la invadió y dejó que las lágrimas fluyeran libremente, incapaz de contenerlas por más tiempo.

Cuando el carruaje enfiló el camino de entrada de Whitmore House, la gran puerta principal se abrió de golpe. James bajó corriendo los escalones, con el rostro pálido de preocupación. El coche apenas se había detenido cuando abrió la puerta de un tirón, sin aliento y con los ojos desorbitados al ver el aspecto desaliñado de Matilda: la ropa rasgada, la sangre en las orejas. Ahogó un grito de espanto.

—Matilda, ¿qué demonios ha pasado? ¡Hemos estado preocupadísimos por ti! —Le tendió la mano con delicadeza—. Vamos, rápido, llevémosla adentro —llamó al señor Graves, que la ayudó a salir del coche.

A salvo en el salón de los Whitmore, Matilda relató los acontecimientos ante los rostros preocupados de Lady y Lord Whitmore y de James. La voz le temblaba de culpa y agotamiento.

—Lo siento mucho, James —dijo, buscándole el rostro con la mirada, temiendo haber arruinado todo con sus acciones imprudentes—. Sé que debéis de haber estado preocupados, pero en cuanto tuve alguna información sobre Josephina, simplemente... simplemente tuve que actuar. Ahora veo lo tonta que fui. —Las lágrimas le corrían por las mejillas mientras hablaba.

Lady Whitmore se sentó a su lado y le tomó la mano con delicadeza. —Matilda, entendemos lo importante que es para ti encontrar a tus hermanas. Pero, por favor, déjanos ayudarte. ¿De qué les sirves si te pones en semejante peligro? Podría haberte pasado cualquier cosa.

La voz de Lord Whitmore era amable pero firme. —Matilda, ahora formas parte de esta familia. Te prometo que usaremos todos los recursos a nuestro alcance para ayudar a encontrar a tus hermanas. Pero, por favor, manténnos informados. No podemos ayudarte si actúas sola.

—Te lo prometo —continuó—, haremos todo lo posible por reunirte con ellas.

Matilda, abrumada por su apoyo, sintió que una ola de alivio la invadía. No estaba sola en esto. Ya no tenía que cargar sola con

aquel peso. Exhausta, se dejó vencer por el agotamiento y se quedó dormida junto al fuego, reconfortada por el calor y la seguridad de la casa.

Mientras ella descansaba, James y los Whitmore continuaron su conversación hasta bien entrada la noche, debatiendo las mejores formas de ayudar a Matilda a encontrar a sus hermanas y reunir a la familia Bennett de una vez por todas.

CAPÍTULO 23



Había pasado una semana desde el drama de la visita de Matilda a Whitechapel, y le había costado retomar su rutina habitual. Pero el baile benéfico de Lady Constance, ya a la vuelta de la esquina, era una distracción bienvenida.

Dados los acontecimientos recientes, Matilda se había mostrado algo reacia a asistir, pero los dulces ánimos de James y su apoyo constante la convencieron de que sería una noche maravillosa. Agradeció los preparativos de última hora, ayudando a Lady Constance a ultimar las decoraciones y las listas de invitados. Ver cómo crecía la emoción de Lady Constance a medida que se acercaba el evento, junto con el orgullo cada vez mayor que sentía por lo bien que su amiga tenía todo organizado, le dio a Matilda algo positivo en lo que centrarse. Por fin, el día había llegado.

Sería el primer evento al que ella y James asistirían oficialmente como pareja, y Matilda estaba deseosa de dejarlo orgulloso. Contempló el vestido extendido sobre su cama y se maravilló de que ahora pudiera permitirse una prenda tan fina.

Lady Whitmore le había asegurado que el tafetán esmeralda, con sus capas de encaje en el escote, le sentaba de maravilla a su tez, aunque Matilda aún se sentía un poco cohibida con un color tan llamativo.

Mientras se vestía y se aplicaba unos polvos finos en el rostro, sus pensamientos volaron hacia Josephina y Kitty. Se preguntó si Kitty tendría ropa elegante que ponerse o si asistiría a grandes eventos como aquel con sus nuevos padres. Apartó el dejo de tristeza que acompañaba estos pensamientos, sabiendo que necesitaba concentrarse en apoyar a su amiga esa noche. Echó un vistazo al reloj y se apresuró a bajar las escaleras, sin querer hacer esperar a nadie.

Al llegar a la puerta de Lady Constance, apenas había llamado una vez cuando oyó la voz de su amiga:

—¡Entra, entra!

Cuando Matilda entró, vio a Lady Constance de pie en medio de la habitación, jugueteando nerviosa con varias hojas en braille que Matilda la había visto leer una y otra vez en los últimos días. Al percibir el nerviosismo de su amiga, Matilda cruzó la habitación y la tomó de las manos con suavidad.

—Constance, estás sensacional —dijo Matilda con calidez—. Y si lees ese discurso una vez más, vas a desgastar el papel —bromeó—. Sé que tu discurso será increíble. A todos les encantará, así que intenta no preocuparte.

Lady Constance soltó una risa nerviosa.

—¿Tan obvio es? Ay, Matilda, estoy tan nerviosa. Este es el primer evento que organizo y quiero que todo salga a la perfección.

—Y así será —le aseguró Matilda—. Has trabajado muchísimo y va a ser una noche fabulosa. Venga, la anfitriona no puede llegar tarde, ¿verdad? —sonrió, dejando que Constance se cogiera de su brazo mientras bajaban las escaleras.

Al entrar en el vestíbulo, los sirvientes estaban reunidos para desearle buena suerte a Lady Constance en su primera noche como anfitriona. James estaba entre ellos, pero solo tenía ojos para Matilda.

—Matilda —dijo con suavidad, dando un paso adelante—, sé que quizá no sea el mejor momento, pero estoy muy orgulloso de ti: por estar aquí apoyando a Lady Constance y por lo radiante que estás haciéndolo.

Matilda se sonrojó y le tomó la mano.

—Gracias, James. No habría podido hacerlo sin tu apoyo.

Él sonrió, aunque sus dedos no dejaban de juguetear nerviosos con los botones de la chaqueta.

—James, ¿estás nervioso? —preguntó Matilda, enarcando una ceja.

—No, no —respondió, forzando una risa—. Todo está bien. Todo está bien.

Ella lo miró con curiosidad, pero antes de que pudiera preguntar nada más, llegó el carruaje y era hora de marcharse.

Al llegar al salón de baile, Matilda se quedó boquiabierta. Aunque había participado en la planificación y conocía todas las ideas de Lady Constance, jamás había imaginado que quedaría tan espléndido.

Relucientes arañas de cristal colgaban del alto techo, proyectando una cálida luz dorada sobre el salón de baile, que se reflejaba con belleza en los suelos de parqué pulido. Mirara donde mirara, grandes arreglos florales de rosas, lirios y violetas llenaban elegantes jarrones.

Guirnaldas florales se desplegaban con elegancia a lo largo de las barandillas y los alféizares de las ventanas, realzando la atmósfera de lujo. Las mesas del bufé estaban cubiertas con fino lino y adornadas con bandejas de plata, cuencos de cristal y porcelana exquisita. Cerca de la entrada, una caja de donaciones bellamente grabada invitaba a los invitados a contribuir a la causa de la velada.

Matilda guió con destreza a Lady Constance por el salón de baile, deteniéndose para saludar a varios invitados mientras Constance charlaba entusiasmada sobre la organización benéfica y el trabajo que planeaban realizar.

Cada vez que Matilda se sentía un poco perdida, miraba a su alrededor y encontraba a James observándola, con los ojos llenos de serenidad y orgullo, una fuente constante de consuelo.

A medida que avanzaba la noche, Matilda empezó a relajarse. Mientras Lady Constance estaba ocupada con otro invitado, James se acercó e hizo una reverencia con fingida solemnidad.

—¿Me concede el honor de este baile, mi señora? —preguntó con una sonrisa.

Matilda se rio y le tomó la mano.

—¿Por qué no?

Mientras giraban por el salón de baile, Matilda se permitió sentirse segura y feliz en los fuertes brazos de James, y sus preocupaciones se desvanecían con cada paso.

—Matilda, estás preciosa esta noche —le murmuró James al oído. Aunque sus cumplidos se habían vuelto habituales, ella se sonrojó, todavía sin poder creer del todo que hubiera encontrado a alguien tan especial.

—Eres feliz conmigo, ¿verdad, Matilda? —preguntó él, con la voz más suave, más seria. Ella lo miró desconcertada. No era propio de él necesitar que le confirmaran sus sentimientos, y se preguntó qué tendría en mente.

—Sí, por supuesto —dijo ella—. ¿Por qué lo preguntas, James? ¿Está todo bien?

Antes de que él pudiera responder, la banda se detuvo y sonó una campana que reclamó la atención de la sala. El Dr. Armitage subió al escenario y agradeció a todos su asistencia al baile benéfico.

—Por supuesto, no puedo atribuirme el mérito de todo el arduo trabajo que hay detrás de este evento —dijo con una sonrisa—. Me gustaría dar la bienvenida al escenario a Lady Constance Whitmore, una de las miembros más recientes de nuestra junta directiva.

La sala estalló en aplausos cuando Lady Constance subió al escenario.

—Señoras y señores —comenzó, con voz clara y serena—, les estoy sinceramente agradecida por su asistencia a nuestro primer baile benéfico. Como pueden imaginar, la misión de esta organización benéfica me es muy cercana. Perdí la vista a una edad temprana, pero tuve la fortuna de contar con unos padres que me proporcionaron todos los recursos para hacer mi vida lo más fácil posible. Sé que ese es un privilegio que muchos en nuestra sociedad no comparten. Con sus generosas donaciones de esta noche, espero que podamos brindar un apoyo similar a otros que viven sin vista.

Un murmullo de aprobación recorrió el público.

—A título personal —continuó Constance—, me gustaría dar las gracias a varias personas que me han apoyado en mi nueva función

y me han ayudado a salir adelante a pesar de mis dificultades. Mis padres, lord y lady Whitmore, siempre han tenido una mentalidad muy avanzada y fueron de los primeros del país en contratar a un profesor de braille, por lo que les estoy profundamente agradecida.

—Pero también debo mencionar a alguien muy especial —dijo, con la voz más suave—. Alguien que ha sido fundamental en la organización de este baile y que me ha apoyado en las muchas dificultades con las que me topo a diario. Una persona que comparte mi amor por los libros y que ha sido una compañera maravillosa y un gran consuelo para mí estos últimos meses. Señoras y señores, mi querida acompañante, la señorita Matilda Bennett.

Matilda se removió inquieta cuando cientos de ojos se volvieron hacia ella, seguidos de una salva de aplausos. Buscó con la mirada a James, esperando encontrar su gesto tranquilizador, pero no lo vio por ninguna parte. Asintió para agradecer a los presentes, con las mejillas encendidas de bochorno.

—Y yo también quisiera sumarme al reconocimiento a la señorita Matilda Bennett —dijo una voz desde el escenario.

Matilda alzó la vista, sobresaltada, y contuvo el aliento al ver a James de pie junto a lady Constance. Un murmullo recorrió la sala ante aquel giro inesperado.

James prosiguió:

—Creo que es justo decir que, desde que Matilda llegó a la casa de los Whitmore, ha aportado una fortaleza serena y un gran ánimo a muchos de nosotros. Mis padres le tienen mucho cariño, y yo también he llegado a apreciarla enormemente.

Se aclaró la garganta, nervioso.

Matilda se puso roja como un tomate. ¿Qué estaba haciendo James? Parecía haber perdido el juicio.

—Con la bendición de mis padres —dijo James, con voz firme—, Matilda Bennett, ¿quieres casarte conmigo?

Toda la sala contuvo el aliento, y lady Constance aplaudió encantada. Una vez más, cientos de ojos se posaron en Matilda, ansiosos por conocer su respuesta. Antes de que pudiera comprender del todo lo que estaba sucediendo, lord Whitmore apareció a su lado y la guio suavemente hacia el escenario.

En un torbellino de actividad, se encontró de pie junto a James, frente a toda la concurrencia. Él la miró con los ojos llenos de esperanza.

—¿Matilda? —preguntó en voz baja.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Nunca se había atrevido a soñar con algo tan maravilloso.

Se acercó a él y le susurró al oído:

—Sí, por supuesto.

En un instante, James la levantó en brazos y la hizo girar, rebosante de alegría. La sala estalló en aplausos; muchos invitados se deleitaron con la inesperada propuesta, aunque algunos de los asistentes de más edad enarcaron las cejas ante aquella exhibición pública, que les pareció un tanto escandalosa.

Un poco más tarde, convencido de que la noche ya había dado bastantes emociones, James guio suavemente a Matilda hacia el carruaje para regresar a casa a solas.

—Matilda, esto marca el comienzo de nuestra nueva vida juntos —dijo James con voz tierna—. Pero quiero que sepas que eso no significa que tu vida anterior quede olvidada. Encontraremos a tus hermanas y las acogeremos en nuestra familia, te lo prometo. Haré cuanto esté en mi mano para hacerte feliz.

Lo miró a los ojos y no vio más que sinceridad. Por primera vez, sintió que alguien compartía de verdad su carga.